

Dep. de
4225

MARIANO A. PELLIZA

GLORIAS ARGENTINAS

BATALLAS. — PARALELOS. — BIOGRAFÍAS
CUADROS HISTÓRICOS

Precedidas de un juicio crítico por D. ANDRÉS LAMAS

QUINTA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA



BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

79 — PERÚ — 89

—
1894

Es propiedad del editor

Handwritten signature or initials

LL
1894
PEL

a
k-5
Caja 10



00089422



ARCHIVO DE LA
IMPRESA CONI

Director 1935-1954

Coni Bazán

BIBLIOTECA
DEL DOCTOR
FERNANDO A. CONI BAZÁN

GLORIAS ARGENTINAS

X

EJEMPLARES DE LUJO

—

150 ejemplares numerados á la prensa

Números 1 á 25 impresos sobre papel imperial del Japón, con encuadernación de gran lujo.

- 26 á 50 impresos sobre papel de Holanda, con encuadernación de lujo.
- 51 á 150 impresos sobre papel superior.

Imprenta de P. Coni é hijos, Perú 680

MARIANO A. PELLIZA

GLORIAS ARGENTINAS

BATALLAS. — PARALELOS. — BIOGRAFÍAS
CUADROS HISTÓRICOS

Precedidas de un juicio crítico por D. ANDRÉS LAMAS

QUINTA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA



BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

79 — PERÚ — 89

1894

Es propiedad del editor

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Biblioteca Nacional de Maestros

Coni Barán
Exp. 409-C-958
P. 20.-

Depl. del
H. 425

13X178

DEL MISMO AUTOR

<i>Dos cuestiones Económicas y un Problema Social</i>	1 tomo.
<i>Alberdi, su vida y sus escritos, con retrato</i>	1 tomo.
<i>Dorrego en la historia de los partidos unitario y federal, con retrato</i>	1 tomo.
<i>Monteagudo, su vida y sus escritos, con retrato</i>	2 tomos.
<i>Criticas y bocetos históricos</i>	1 tomo.
<i>El Estrecho de Magallanes, cuadros históricos</i>	1 tomo.
<i>Biografía del doctor Vicente López, con retrato</i>	
" del poeta José Mármol, con retrato.....	
" del general Pueyrredón, con retrato.....	
<i>Ráfagas poéticas</i>	1 tomo.
<i>Apuntes históricos sobre la fundación de San Isidro</i>	1 tomo.
<i>Elementos de Geografía general</i>	1 tomo.
<i>El Argentino</i>	1 tomo.
<i>Ejemplares. La llave de la historia</i>	1 tomo.
<i>Federación social americana</i>	1 tomo.
<i>Dorrego. Lingotes de bronce para su estatua</i>	1 tomo.
<i>El país de las Pampas</i>	1 tomo.
<i>Historia argentina</i>	3 tomos.

Anotados por el mismo:

<i>Schmidel, Viaje al Rio de la Plata</i>	1 tomo.
<i>Ruidiaz de Guzmán, La Argentina</i>	1 tomo.
<i>Rengger y Longchamp, Historia del Paraguay</i>	1 tomo.



JUICIO CRÍTICO

La historia, cualquiera que sea su forma, su método ó su escuela, es siempre la narración y el juzgamiento de hechos consumados; y como para aquilatar y juzgar los hechos, después de investigarlos, establecerlos y exponerlos honradamente, se requiere una imparcialidad que no cabe en las dotes humanas de los que en ellos intervinieron ó por ellos se apasionaron, se sigue que la historia, que, en cuanto á los sucesos y á los hombres, es el pasado, pertenece como apreciación y como juicio á los que, desinteresados y separados de ellos por el tiempo, constituyen su posteridad.

Por esto, nuestra literatura rigurosamente histórica no ha podido nacer sino después de cerrado el período de la revolución de 1810, que, emancipando los pueblos é imponiéndoles la forma orgánica resultante de la acción de sus armas ó de sus ideas sobre la sociedad colonial, ha creado las nuevas nacionalidades del Río de la Plata y las ha constituido con los elementos y en las condiciones que le eran propias, entregándoles el secreto, la preparación y la dirección de sus futuros destinos.

*
* *
*

La primera época de toda literatura histórica naciente como la nuestra, es época de investigación. Ante todo, deben conocerse bien los hechos en sí mismos, en sus causas, en sus consecuencias, en el medio en que se producen, disipando por la investigación prolija, por el examen paciente, por el raciocinio y por la deducción lógica las obscuridades en que los envuelve las reservas, los intereses y las pasiones

coetáneas; estudiar los hombres como se estudian los sucesos, relacionando la vida individual con la vida colectiva, reuniendo el individuo con la agrupación social sobre la cual influyó ó por la cual fué influido, para poder alcanzar y comprender la verdad, que siempre es compleja en los acontecimientos humanos; la verdad que es la fuente de la justicia distributiva y de las enseñanzas con que la historia, que les da á los pueblos el conocimiento y la conciencia de sí mismos, que conserva y estrecha los vínculos de las nacionalidades, levanta su nivel moral y concurre al adelantamiento de las ciencias morales y políticas.



La primera necesidad y la primera conveniencia de un pueblo que toma posesión de sus destinos es conocer su morada y, á la par de sus elementos naturales, los elementos sociales que lo han formado y constituido, porque el conocimiento del pasado es la antorcha del presente y casi la visión del porvenir.

Y esta necesidad que no podía dejar de hacerse sentir desde luego en un pueblo inteligente, es, sin duda, la que ha hecho coincidir con la unificación y la organización de los pueblos argentinos como nación constituida, la pesquisa y el estudio de los documentos de su pasado, el nacimiento de su literatura histórica y las exploraciones científicas de su vasto territorio.

Esta labor, aunque reciente, ha exhumado ya é ilustrado numerosos documentos, producido obras de largo aliento sobre la Revolución argentina, dotado de textos de historia y de geografía nacional á las Universidades y á los Colegios, y puesto al alcance del pueblo, en breves estudios monográficos, el conocimiento de algunos de los hechos y de algunos de los hombres que la redimieron ó la ilustraron.

*
* *

Entre los que realizan esta útil y benemérita labor ocupa con buenos títulos, un lugar distingui-

do don Mariano A. Pelliza, autor de los escritos coleccionados en este volumen.

Sus trabajos más importantes — el *Dorrego* y el *Monteagudo* (1), — justifican la merecida reputación de que goza como historiador y como hombre de letras, porque en esos libros revela con más amplitud que otros, su preparación, la sagacidad de sus indagaciones, el poder de sus facultades inductivas, la sanidad de su criterio moral y político.

Los juicios de Pelliza no son siempre los nuestros; pero esas disidencias provienen, sin duda, de que á él ó á nosotros nos ha acontecido que, deseando colocarnos bien, nos habremos colocado en alguna posición en que la luz que debía darnos la realidad del objeto sólo nos ha dado un miraje; y por eso, aun en los casos de la más absoluta disidencia, siempre le hemos reconocido su amor, por otra parte bien probado, á la verdad que eleva y purifica el espíritu, que ilumina y fortalece la conciencia, que impresiona y conmueve el corazón.

(1) “Dorrego es la historia de los partidos unitario y federal”. 1 tomo en 8º de 504 pág. con retrato.

“Monteagudo, su vida y sus escritos”, 2 tomos, 352 páginas, con retrato.

Este amor á la verdad, primera condición del historiador, determina la belleza del estilo que, cualquiera que sea el sello que le imprima el carácter del autor, consiste, en definitiva, en la claridad y en la propiedad con que describe el objeto ó el suceso, con que presenta la idea, con que expresa el sentimiento.

El estilo de Pelliza tiene la inspiración de la verdad, y la reproduce.

Un crítico tan ilustre como competente ha dicho, antes que nosotros; que con su estilo breve, conciso y noble, sin obscuridad y sin pretensiones, Pelliza ha escrito algunas páginas históricas verdaderamente bellas del punto de vista literario y que un soplo de vida circula en todas ellas (1).



Tales son las dotes del autor de las páginas de este libro, escritas con el propósito de popularizar

(1) El general Don Bartolomé Mitre : Juicio crítico sobre el "Dorrego" de Pelliza.

el conocimiento de las glorias del pueblo argentino y las biografías de algunos de sus hijos ilustres.

Este propósito patriótico es un verdadero servicio nacional.

Nuestros grandes estudios históricos tienen limitada circulación, por su costo y porque no está generalizado el hábito de la lectura de libros extensos de este género; y los textos de historia nacional, breves, á veces áridos como la cronología, y que son poco más que simples temas que la voz de los profesores debe ampliar y vivificar, no traspasan los muros dentro de los cuales se da esa enseñanza, ni tienen las condiciones atractivas que requiere la difusión de la lectura popular.

Entre tanto, como el conocimiento popular de la historia propia, concurre á mantener y á fortificar las nacionalidades, porque los recuerdos de las glorias y de los infortunios de la patria común vinculan y estrechan á los que pertenecen á una misma familia y nacieron en el mismo suelo, la difusión de esos recuerdos es una necesidad para todos, y muy imperiosa para pueblos poco nume-

rosos como los nuestros y destinados á recibir grandes corrientes de inmigración.

El libro en cuyas primeras páginas dejamos estas palabras, y que puede ser libro de lectura escolar, reúne, en nuestro sentir, todas las condiciones atrayentes de los destinados á popularizarse y á conservar el fuego sagrado de las tradiciones y de las glorias de la patria.

Buenos Aires, Agosto de 1884.

ANDRÉS LAMAS.

GLORIAS ARGENTINAS

LA BATALLA DE SALTA

SUS ANTECEDENTES Y SUS CONSECUENCIAS

El sol del día 20 de febrero de 1813 alumbró la espléndida victoria de las armas patriotas, en la ciudad de Salta.

Así como fué aquella una de las acciones más brillantes, pudo también ser de las más decisivas para la lucha de la independencia.

Desgraciadamente el jefe porteño que mandaba los tercios argentinos, no supo aprovechar todas las ventajas, ni sacar para el resultado final de la contienda todo el beneficio que prometía la situación desesperada de los españoles.

Sin embargo, bastaría para señalar la importancia de aquel triunfo, haber sido causa de la cobar-

de retirada de Goyeneche, que se mantenía en Potosí, y que al anuncio de la derrota y capitulación de su pariente Tristán, huyó hacia el Desaguadero, buscando interponer la distancia de trescientas leguas entre su persona y la del general Belgrano.

Para que se pueda apreciar en todo su significado dicho suceso, es preciso reseñar brevemente el carácter de la lucha que se sostenía en el Alto-Perú desde 1809, los elementos movidos por el virrey Abascal, acérrimo sostenedor de la prepotencia española, y el entusiasmo, decisión y brío con que los americanos defendían su libertad.

La guerra no se hacía en el Perú por cuenta del monarca español, ni tampoco por la Junta Central, que había tomado la dirección de los negocios públicos en la metrópoli.

Era el virrey de Lima, quien pretendiendo anexas a su gobierno las intendencias del Alto Perú, apoyado en el sometimiento y vasallaje de los gobernadores Nieto y Sanz, había puesto un numeroso ejército á las órdenes de Goyeneche.

José Manuel de Goyeneche era un peruano, hijo de padres españoles, educado en Europa, inteligente y ambicioso, y que antes de mostrar la ferocidad de su alma y la bajeza de su condición, había merecido la confianza de Bonaparte, en Madrid, y de la Junta Española en Andalucía.

Mémediante recomendaciones de los dos poderes

públicos que dominaban en la Península, le fué posible mantener algunas intrigas en el Brasil y Montevideo, y si bien fracasó su tentativa en Buenos-Aires, donde trató de halagar á Liniers con promesas del rey José, en el Perú logró el más alto predicamento, á título de amigo de la monarquía y defensor de los derechos de España en América.

La vuelta de este personaje había tenido lugar á fines de 1808; así es que cuando aconteció la insurrección de Chuquisaca, el 25 de mayo de 1809, se encontraba de presidente provisorio en el Cuzco.

A la conmoción de Chuquisaca había seguido el movimiento liberal de La Paz, en 16 de julio inmediato, creando un gobierno popular bajo la presidencia del ilustre americano Pedro Domingo Murillo.

Estos acontecimientos precursores de la revolución argentina, tenían lugar en los términos y dentro de la jurisdicción del virreinato de Buenos-Aires.

Era, pues, al gobierno de esta circunscripción que correspondía intervenir en las intendencias que agitaba la revuelta, para imponer las autoridades coloniales y castigar á sus autores.

Pero, en Buenos-Aires, pocas eran las miradas que se dirigían al interior. Desde que los franceses atravesaron los Pirineos, todos, gobernantes y gobernados, velaban con la pupila abierta, espionando

los sucesos cuyas noticias debían llegar por el Atlántico.

El virrey de Lima se encontró sólo con una revolución á sus puertas, y que su colega de Buenos-Aires no se preocupaba de sofocar, entretenido en atender á los rumores de Europa, y á las señales palpitantes de independencia que notaba en los porteños.

Con el objeto de evitar que se propagase á sus Estados aquel desorden, el virrey Abascal confirió á Goyeneche el mando de un ejército de cinco mil hombres, al frente de los cuales marchó á castigar los rebeldes de La Paz. Con tan respetable fuerza opuesta á los débiles recursos de los revolucionarios, el triunfo no era dudoso, y el general peruano tuvo ocasión de manifestar sus instintos sanguinarios, sacrificando friamente á los más esclarecidos patriotas.

En los momentos que caían anonadados por el hierro y el plomo los habitantes de La Paz, el mariscal de campo don Vicente Nieto era nombrado en Buenos-Aires por el virrey Cisneros, para presidir la Audiencia de Charcas, dándole como garantía una división que marchó bajo las órdenes del general Córdoba.

Investido de aquella autoridad y con el auxilio de la tropa que lo acompañaba, se posesionó de su destino, el 24 de diciembre de 1809.

Goyeneche se mantuvo en La Paz hasta marzo de

1810, en que se retiró para el Cuzco, dejando al coronel Ramírez de gobernador intendente de la provincia.

Así quedó vencida la primera insurrección que, iniciada en Chuquisaca, se desarrolló en La Paz con mayor energía; muriendo numerosos patriotas y quedando otros muchos en el destierro ó presos en las cárceles de Potosí, de Oruro y de la Paz.

El rol de Goyeneche, que dependía del virrey de Lima, queda explicado, y también el que simultáneamente jugó el mariscal Nieto, que obedecía á Cisneros, virrey de Buenos-Aires.

Intereses tan opuestos en apariencia, como los que representaban Nieto y Goyeneche en el Alto Perú, respondían, sin embargo, al mantenimiento de su autoridad soberana en las colonias.

Empero, la quietud de aquellos gobiernos no fué de larga duración, y muy luego, sobre las mal apagadas brasas del incendio, debían caer las proclamas de la junta revolucionaria de Buenos-Aires, declarando fenecida la autoridad de Cisneros en el Río de la Plata.

A la primera noticia de la revolución de Mayo, la esperanza de una próxima libertad conmovió á los pueblos del Alto-Perú, y los intendentes de Potosí y Charcas, Francisco de Paula Sanz y Vicente Nieto, temerosos de la expedición que se anunciaba de Buenos-Aires, oficiaron de común

acuerdo al virrey Abascal, solicitando su apoyo para resistir al ejército auxiliar que, al mando de Balcarce y bajo la dirección del vocal doctor Castelli, debía invadir aquellas jurisdicciones.

Como la protección pedida podía demorar, Nieto con algunas tropas de escasa importancia mandadas por su segundo el general Córdoba, pasó á situarse en la frontera para disputar el paso á la expedición auxiliar, confiado en que ésta, con arreglo al bando del cabildo de Buenos-Aires, sólo se compondría de quinientos hombres.

Nieto y Córdoba fueron derrotados en Suipacha el 7 de noviembre de 1810; y hecho prisioneros en compañía del intendente de Potosí F. de P. Sanz; los tres, sumariamente juzgados, murieron en la plaza de aquella ciudad, el 15 de diciembre.

Este golpe atrevido de Castelli resonó profundamente en la capital del Bajo-Perú, y el orgulloso Abascal tuvo que convencerse que el reto varonil de Cabeza del Tigre acababan de repetírselo en la frontera de sus dominios.

Con la presencia de Castelli y al amparo de las armas argentinas, empezó el levantamiento liberal de los pueblos del Alto-Perú. Todas las ciudades constituyeron Juntas, y las más entusiastas manifestaciones de adhesión fueron dirigidas al gobierno de Buenos-Aires.

Hombres, armas, dinero, todo se puso á dispo-

sición del ejército auxiliar, en medio del júbilo y de las fiestas con que lo agasajaban las poblaciones fanatizadas por el esplendor de la primera victoria.

Goyeneche, que había invadido otra vez, y se dirigía hacia Potosí con el ejército español, recibió orden de retroceder y de situarse en el Desaguadero, límite de ambos virreinos.

Desde ese instante sólo dos elementos se van á disputar el dominio del Alto-Perú : la revolución argentina que defiende la integridad de su territorio y el virrey del Perú que intenta anexar á su gobierno aquellos pueblos. Castelli y Goyeneche son los respectivos generales de los ejércitos combatientes, y de ellos ninguno es militar.

Otro personaje, llamado á jugar un papel importante, se presentó en aquellos días en la escena. Era don Juan Martín de Pueyrredón, que había sido mandado por la junta de Buenos-Aires para regir la intendencia de Charcas. Entre tanto, el doctor Castelli abría comunicaciones con el cabildo y virrey de Lima, para iniciar arreglos de paz y acomodamiento.

La necesidad de conocer á fondo las opiniones y planes ulteriores de la Junta de Buenos-Aires, hizo que se tratara de una suspensión de hostilidades entre ambos ejércitos, y se firmó en Laja el 16 de mayo un armisticio de cuarenta días, tiempo que se

consideró necesario para obtener respuesta de la Junta.

Los ejércitos debían conservar sus posiciones, sin poder aumentar sus pertrechos militares. El río Desaguadero se interponía entre los dos campos, y el puente Inca era el único paso que vadeaba su corriente.

Faltando á la fe de sus tratados y sin previa denuncia de las hostilidades, el desleal Goyeneche franqueó el paso, y de sorpresa atacó los batallones de la patria en los ingratos campos de Huaqui, derrotándolos á pesar de su noble resistencia.

Esta felonía, que tuvo lugar el 20 de junio de 1811, abatió por el momento los bríos revolucionarios. Goyeneche, como un feroz procónsul, penetró en las ciudades, inaugurando una época de terror, de luto y de sangre.

Castelli y Balcarce se retiraron á las provincias bajas, dejando á sus espaldas el desaliento y la duda para el porvenir.

Pueyrredón que había tenido la feliz idea de salvar los caudales que existían en las reales cajas de Potosí, después de cumplir heroicamente su empresa, fué nombrado por el gobierno para mandar las escasas tropas que pudieron salvar del desastre de Huaqui, y del que le siguió poco después, el 13 de agosto, en los altos de Sipe-Sipé; donde los españoles batieron al voleroso Díaz-Vélez, que había

quedado hecho cargo del ejército mientras Balcarce y Castelli marchaban á Buenos-Aires, llamados á responder de su conducta.

Durante el mando de Pueyrredón, no hubo otros sucesos de algún relieve que los combates de Nazareno y Suipacha, en el mes de enero de 1812.

Envanecido Goyeneche con tantas ventajas conseguidas á favor de la traición, viendo la retirada que Díaz-Vélez, jefe de la vanguardia patriota emprendía hacia Jujuy, resolvió expedicionar sobre Salta y Tucumán.

Al efecto, despachó su vanguardia, fuerte de 4000 hombres, á las órdenes de su pariente el mayor general don Pío Tristán; y creyendo suficiente aquella división para concluir con las reliquias del ejército de Buenos-Aires, él se puso en marcha hacia Cochabamba, con el resto de sus tropas, á fin de sofocar la violenta insurrección que sentía rugir á sus espaldas.

A tiempo que se efectuaba este doble movimiento, que separaba las fuerzas realistas en dos campos distantes, confiando en la impotencia de las armas revolucionarias, el general Belgrano se recibía en la provincia de Salta de los aniquilados batallones de la patria; y sin idea de tomar la ofensiva por entonces, se apresuró á retirarse á Tucumán, en donde un alistamiento voluntario

llenó los claros de sus filas y reverdeció las esperanzas, porque el entusiasmo no había decaído.

Resuelto á mantenerse á la defensiva, Belgrano se decidió á emprender la retirada que se había ordenado por el gobierno de la capital, quedándose en Tucumán.

Viendo Goyeneche que el general porteño suspendía su marcha y reorganizaba sus elementos de acción mediante el patriotismo de los pueblos, ordenó á su segundo Tristán que apresurase sus movimientos, para desbaratar los insurgentes.

Belgrano, por su parte, destacó algunas fuerzas al mando de oficiales expertos, para que vijilasen al enemigo. No obstante estas precauciones, y el combate ventajoso librado sobre el río de las Piedras contra la vanguardia de Tristán, consiguió éste vadear los ríos y á grandes marchas aproximarse á la ciudad de Tucumán, donde fué completamente derrotado el 24 de septiembre de 1812.

Este triunfo de los patriotas marcó un nuevo movimiento inicial que llevaría las armas argentinas al Alto-Perú en alas de la victoria, para descender otra vez abatidas por los contrastes de Vilcapujio y Ayouma.

A los dos días de la batalla de Tucumán, el ejército realista emprendió su retirada hacia la provincia de Salta, perseguido y hostilizado por algunas partidas de caballería de la vanguardia patriota.

Tristán llegó á Salta desmoralizado é impotente para renovar las operaciones, se fortificó en la ciudad, y sin confesar á Goyeneche su derrota, pidió refuerzos de armas y soldados.

Belgrano, desde Tucumán, donde reorganizaba sus tropas, retemplado ya el ánimo por el triunfo del 24, abría correspondencia con Goyeneche y le hablaba de paz, al mismo tiempo que alentaba al gobierno de Buenos-Aires, comunicándole sus esperanzas de recuperar el terreno perdido por las armas de la revolución.

En los primeros días del año 13, el general Belgrano, viendo que Tristán no pensaba atacarlo y que de un momento á otro podía recibir nuevos refuerzos, se decidió á tomar la ofensiva, llevando sus entusiastas batallones hasta las trincheras de Salta.

El 21 de enero movió su campo de Tucumán, echando un mes en cruzar la provincia y trasponer el Pasaje, en cuya margen boreal se detuvo el ejército fuerte de 3000 hombres, para jurar obediencia á la soberana Asamblea que se había instalado en Buenos-Aires el 31 de enero de 1813.

La augusta ceremonia del juramento de obediencia, que algunos escritores han confundido con el juramento de la bandera, retempló más aún los espíritus, y llenos todos de una fe patriótica en que la religión tomaba su parte, caminaron á buscar el enemigo, contando segura la victoria.

Rayó el día 20 de febrero, y las primeras luces de un sol hermoso, rompiendo los grupos de nubes que corrían sobre el horizonte, hicieron brillar las bayonetas del ejército patriota, formado en batalla enfrente de los veteranos de Tristán.

El choque fué tenaz y persistente, y durante tres horas la batalla estuvo indecisa.

Belgrano, gravemente enfermo, montado en una carretilla, mandaba la batalla y dirigía personalmente el centro de su línea; el intrépido Díaz-Vélez fué destinado para conducir el ataque al ala derecha y Martín Rodríguez la izquierda.

El mal estado de la pólvora, que había sufrido los constantes aguaceros de toda la noche y de los días precedentes, hizo que los patricios confiando más en las bayonetas y los sables, estrechasen al enemigo y lo desordenasen, obligándolo á entrar deshecho en la ciudad y á pedir capitulación.

Belgrano pudo concluir con el ejército de Tristán que constaba de 3500 soldados, y rendirlo prisionero de guerra, porque no tenía medios de resistencia; empero, satisfecho con su triunfo y el rico botín de armamento y equipaje que prometía la capitulación de aquella fuerza, no quiso apurar las amarguras del general contrario y accedió á sus deseos.

Tristán prisionero con su ejército, hubiera sido un doble triunfo para la revolución. Los tres mil

hombres que escaparon de la muerte internados sin armas hasta Córdoba, Santa-Fe y Buenos-Aires, habrían anulado el poder de los realistas y abierto las puertas del Alto-Perú á las legiones patricias con mejor resultado que el que obtuvieron.

La generosidad de Belgrano en ese acto, anuló para las ulterioridades de la contienda, el éxito fabuloso que prometían aquellas dos grandiosas victorias de Tucumán y de Salta.

El parte en que daba conocimiento al gobierno de la gloriosa acción del 20, es uno de los más bellos documentos de nuestra historia militar, lo mismo que la victoria y capitulación de Salta es el más lozano y verde de los laureles argentinos.

“El Todopoderoso, decía Belgrano, ha coronado con una completa victoria nuestras armas; arrollado con las bayonetas y los sables, el ejército al mando de don Pio Tristán, se ha rendido del modo que aparece de la adjunta capitulación; no puedo dar á V. E. una noticia exacta de sus muertos y heridos, — ni tampoco de los nuestros, lo cual haré más despacio, diciendo únicamente por lo pronto, que mi segundo, el mayor general Díaz-Vélez, ha sido atravesado en un muslo de bala de fusil, cuando ejercía sus funciones con el mayor denuedo, conduciendo el ala derecha del ejército á la victoria: su desempeño, el del coronel Rodríguez, jefe de la izquierda, y el de todos los demás co-

mandantes de la división, así de infantería como de caballería, é igualmente el de los oficiales de artillería y demás cuerpos del ejército, ha sido el más digno y propio de los americanos libres, que han jurado sostener la soberanía de las Provincias Unidas del Río de la Plata; debiendo repetir á V. E. lo que le dije en mi parte del 24 de septiembre pasado, que desde el último soldado hasta el jefe de mayor graduación, é igualmente el paisanaje, se han hecho acreedores á la atención de sus conciudadanos y á las distinciones con que no dudo V. E. sabrá premiarlos."

Indecible fué el entusiasmo que se produjo en la capital, cuando el gobierno recibió este parte de la batalla de Salta.

Mas, así como Buenos-Aires se reanimó á la noticia de tan insigne acontecimiento, el virrey de Lima, el orgulloso Abascal, tembló agobiado por el desastre de sus armas. En cuanto á sus generales, una especie de vértigo se apoderó de ellos y empezaron á fiarlo todo á la huida. El general Tacón, que acantonaba una fuerte división en Jujuy, salió de allí precipitadamente; Goyeneche, situado en Potosí, después de haber saqueado á Cochabamba, y cometido innumerables crímenes en La Plata, se puso en violenta retirada con sus tropas hacia el Desaguadero, y Ramírez hizo igual cosa dejando á su retaguardia el campo libre á los vencedores.

El virrey Abascal no vió otro camino para prevenir las consecuencias, que separar á Goyeneche y poner otro general al frente de sus ejércitos, lo que efectuó nombrando al marqués de la Pezuela.

Desde aquí comienza el segundo período de la guerra del Alto-Perú. Todos los juramentados de Salta fueron absueltos de su compromiso, por un concejo de guerra celebrado en Lima, y muchos de ellos volvieron á sus banderas, cometiendo un perjurio que reagvararon con la conducta feroz que señaló sus pasos, cuando empezó á declinar la preponderancia de las armas revolucionarias.

Si Belgrano hubiera poseído las ideas, la energía y la experiencia de Castelli, la jornada de Salta habría sido más trascendental que lo fué para la independencia, y es probable que los soldados argentinos habrían fijado definitivamente su dominación hasta el Desaguadero.

La generosidad de Belgrano comprometió el éxito de la guerra y fué causa de su impotencia para cimentar la revolución del Alto-Perú.

20 de febrero de 1879.



LA BATALLA DE CHACABUCO

(12 de febrero de 1817)

La cuesta de Chacabuco, vasto desprendimiento del Tupungato, á tres mil pies sobre el haz del Pacífico, fué el teatro de la memorable batalla que inició la restauración de Chile. Tanto la historia como la crítica militar han juzgado los hechos que precedieron á este acontecimiento, como una de las empresas más audaces que registran los anales de la guerra. San Martín, vencedor en aquella jornada, colocó á tan grande altura su genio y su valor, que sólo consideraron dignos de medirse con él en el campo de la gloria el africano Aníbal y al corso Bonaparte, únicos guerreros que en el curso de veinte siglos habían ejecutado hazañas equivalentes.

El ejército con que el guerrero argentino partió

de Mendoza no era numeroso, si bien muy escogido. Su total apenas excedía de cuatro mil hombres, pero eran éstos bien disciplinados, tenían excelente armamento, buen equipaje y municiones abundantes. Ocho mil mulas de carga y silla, mil seiscientos caballos y el auxilio de mil doscientos milicianos que no formaban parte del ejército, fueron preciso para efectuar el pasaje de la cordillera. La parte difícil que presentaba la ejecución de la empresa era el transporte de la artillería por aquellos enormes peñascales; pero San Martín que todo lo había previsto, y que para todo tenía hombres decididos, sirviéndose de un par de anclotes de que oportunamente se proveyó al parque, clavándolos en los altos picachos de la sierra, izaban después por medio de cuerdas los caños que iban ya fuera de sus cureñas y retobados en cuero para esta operación. Las ruedas y demás partes de la artillería marchaban á lomo de mula, y en los desfiladeros muy angostos empujados á brazo por hombres. La fusilería de repuesto, las municiones, y vituallas, todo caminaba en el mismo orden hasta que trasmontada la cordillera, mirando ya hacia Chile, se puso en formación la tropa de pelea, y se trató de buscar al enemigo.

Todas las partidas que simultáneamente cruzaron los Andes para vijilar y entretener á los españoles, inclusive la división de Las Heras, que ope-

raba por la senda de Uspallata, se habían distinguido, arrollando siempre y en todas partes á los soldados españoles. El comandante Cabot, partiendo desde San Juan había caído sobre la provincia de Coquimbo y derrotado las guardias españolas. El comandante Freire, desprendido con 60 hombres de infantería y granaderos á caballo, volaba hasta la ciudad de Talca y conmovía el centro de Chile. El comandante Zelada, que había salido de La Rioja en dirección á la provincia de Copiapó, la dominaba por la huida del enemigo; Manuel Rodríguez agitaba en el Sur la provincia de Colchagua; el capitán Lemos, saliendo por el paso del Portillo sorprendía las guardias de San Gabriel; y Las Heras, batiendo á los españoles desde Achupallas hasta Santa Rosa de los Andes, se ponía al habla con San Martín en San Felipe, donde se unía á la vanguardia del ejército el 8 de febrero, comunicando la serie de combates gloriosos que había librado su división.

El pueblo chileno, conmovido por esta irrupción simultánea, sentía los alborozos de la libertad, en tanto que por la misma causa el presidente Marcó, atónito y confuso no acertaba á combinar un plan de defensa, porque la acción del enemigo se hacía sentir al norte, al centro y al sur al mismo tiempo y con la misma eficacia. San Martín había conseguido su primer objeto, al dejarlo aislado en medio de sus

recursos y sin más distancia entre ambos que doce leguas. Así fué que, disponiendo el presidente de una fuerza veterana efectiva que pasaba de cinco mil quinientas plazas, sólo pudo enviar al norte, contra San Martín, tres mil doscientos soldados. El resto operaba, ó mejor dicho vijilaba los pasos del sur por donde más se temía la invasión argentina. El brigadier don Rafael Maroto, nombrado en aquellos momentos de apuro, dirigia las armas contra San Martín. Formaban, su división doscientos cincuenta artilleros con diez y seis piezas de campaña, los batallones de infantería *Chillán* y *Auxiliares de Chiloé* y tres regimientos de caballería, *Dragones de Penco*, *Carabineros de Abascal* y *Húsares de la Concordia*.

Las fuerzas de San Martín eran evidentemente superiores en número, desde que la reunión del número 11 de Las Heras, que había venido por Uspallata, le aseguraba la efectividad de sus cuatro mil combatientes. El general argentino se encontró á su descenso por la cordillera con casi todas los caballos inutilizados, á tal extremo, que sólo había podido, en los primeros momentos, disponer de doscientos jinetes regularmente montados; pero los grandes alfalfaes de aquella región y una no esperada abundancia de caballos le permitieron en pocos días proveer á todo su personal montado y dar la batalla dos días antes del plazo fijado por

él mismo. Según sus cálculos, el estado de su caballería no le permitiría combatir antes del 14, pero la feliz reposición de sus cabalgaduras apresuró el desenlace de la campaña. La desigualdad del terreno era un serio inconveniente para las maniobras rápidas; y aunque el movimiento de los distintos cuerpos del ejército argentino empezó muy temprano para tomar su colocación, no les fué posible ponerse en orden de batalla antes de las doce del día.

Apercibidos los españoles de la maniobra que se operaba á su frente, situaron sus mejores tropas en una colina fortificada en su costado izquierdo por alta y escarpada serranía. La posición dominante de aquel punto que el general San Martín llamó *el mamelón*, en su parte de la batalla, le hizo comprender que allí tendría lugar el combate y que dominado ese barranco, la victoria sería de sus armas. Resguardado un flanco por la aspereza de la sierra, y defendido su frente por un arroyuelo profundo, el titulado mamelón era un verdadero baluarte, tal vez inexpugnable, si el general argentino no compensaba con un golpe de táctica aquella indisputable ventaja de los realistas. Era evidente que los enemigos al posesionarse de la cumbre tenían intención de sostenerla con heroicidad. En esta situación, las avanzadas del ejército patriota los inquietaban por su frente desde la víspera de la batalla.

Conocida la posición y los recursos del ejército español, el general San Martín dividió su fuerza en dos alas, encargando la derecha al brigadier Soler y la izquierda al general O'Higgins, reservándose el mando de la reserva y la dirección de la jornada. Soler, con el número 1 de cazadores, compañía de granaderos y volteadores del 7 y 8, el número 11, siete piezas de artillería, la escolta y el 4º escuadrón de granaderos á caballo después de una marcha sigilosa, debía caer sobre el enemigo atacarlo de flanco y envolverlo. Este ataque iniciaría la batalla, y simultáneamente el general O'Higgins con los batallones 7 y 8, tres escuadrones y dos piezas cargaría por el frente para aturdirlo y deshacerlo.

La fragosidad de la sierra no permitió á Soler efectuar su evolución de flanco con la rapidez que demandaba la empresa. De aquí resultó que, siendo mucho más débil la división de O'Higgins, tuvo ésta que iniciar el combate por el frente sin saber si el ataque de flanco se efectuaría oportunamente.

El general chileno, bravo y audaz, contrariando las disposiciones de San Martín, comprometió la batalla, lanzándose con el mayor denuedo, al frente de sus infanterías, sobre el extenso campo que coronaban los soldados españoles. Nada era capaz de sostener este formidable asalto, y de seguro la

altura habría sido ocupada á vivo fuego y á hierro, si el pequeño arroyo que discurría al pie del barranco no hubiera detenido el paso á sus soldados. Contenida la tropa de O'Higgins por este serio tropiezo, tuvo que retirarse en relativo desorden bajo el fuego de los infantes españoles y el ataque de su caballería, que cargó recia sobre los patriotas para impedir su reorganización.

Este fué el primer aspecto con que se presentó la batalla de Chacabuco, debido según unos á la demora de Soler, y según otros á la precipitación indiscreta de O'Higgins, que inició el ataque sin saber si sería ó no secundado por el ala derecha. Puede decirse que con Soler estaba casi todo el ejército: al menos disponía del mayor número, de más artillería y de los mejores oficiales. Las Heras, Alvarado, Mansilla, Necochea, Lavalle estaban con él. Viendo San Martín que la precipitación de O'Higgins, anticipando el ataque, había puesto en peligro el éxito de la batalla, y que la carga impetuosa de la caballería española podría disolver y aniquilar los batallones 7 y 8 que mandaba dicho jefe, y sin saber qué era de su ala derecha, no vió más recurso para impedir el inminente desastre de su ala izquierda, que ponerse al frente de los tres escuadrones de granaderos que mandaba Zapiola, y desenvainando su espada cayó como un rayo sobre la caballería enemiga, y la rechazó á

sablazos sacándola gran trecho del campo de batalla, dando tiempo así para que se repusiera O'Higgins. La infantería española, fuerte de 1500 hombres, viéndose desamparada de los jinetes que protegían uno de sus flancos, trató de formar cuadro, pero ya no era tiempo. Soler, atraído por el ruido del cañón, había lanzado sus tropas por entre los desfiladeros y se presentaba á la acción en el momento de mayor peligro. Los españoles sorprendidos por la presencia inesperada de los patriotas que dominaban las cumbres, vieron tornarse en desastre la efímera ventaja que habían obtenido sobre O'Higgins. La resistencia que opusieron fué vigorosa y tenaz, dice el parte del general vencedor; se empenó desde luego un fuego horroso, y disputaron por más de una hora la victoria. Sin embargo, el momento decisivo se acercaba.

El bravo general O'Higgins reúne sus dos batallones mandados por Cramer y Conde; forman columnas cerradas de ataque y cargan á la bayoneta sobre la izquierda enemiga. El coronel Zapio-la, al frente de tres escuadrones de caballería con sus comandantes Melián y Medina, rompe su derecha, y el general Soler caía al mismo tiempo sobre la altura que apoyaba su posición: esta posición formaba un mamelón en su extremo; el enemigo había destacado 200 hombres para defenderlo: el

comandante Alvarado llega con sus cazadores, destaca dos compañías al mando del capitán Salvadores, y, atacar la altura, arrollar los enemigos y pasarlos á bayonetazos fué obra de un instante. Entre tanto, los escuadrones mandados por sus intrépidos comandantes y oficiales cargaban del modo más bravo y distinguido, rompiendo y destrozando al enemigo por todas partes.

El comandante Necochea, con el 4º escuadrón de granaderos y la escolta del general, haciendo un rodeo más extenso que las infanterías, entraba al combate por el costado derecho y cerraba el cuadro de hierro y fuego en que sucumbieron después de larga y gloriosa lucha los aguerridos soldados de España. Seiscientos de tropa y 32 jefes y oficiales quedaron prisioneros: toda su artillería, parque y almacenes con más la bandera del regimiento de Chiloé, fueron los primeros trofeos de esta gloriosa jornada.

Maroto escapó de los primeros cuando vió perdida la batalla, y se refugió en un buque de la armada española en el puerto de Valparaiso. El presidente Marcó, en medio del terror y confusión que produjo la derrota, abandonó la capital la misma noche del 12, y corriendo hacia la costa con ánimo de embarcarse, fué tomado por una partida de San Martín mandada por el capitán Aldao, y conducido al cuartel general. A las 48 horas de la

batalla de Chacabuco el general vencedor, seguido del ejército de los Andes, entró en la capital de Chile, habiendo realizado en 24 días la campaña más gloriosa de toda la guerra de la independencia americana.



LA BATALLA DE MAIPO

(5 de abril de 1818)

El general San Martín había triunfado de los españoles en la memorable acción de Chacabuco el 12 de febrero de 1817.

Por este suceso la ciudad de Santiago, capital de Chile, quedó franca al paso de los vencedores, y no tardaron en ocuparla, restableciendo el gobierno patrio que tres años antes, la anarquía, más que el valor enemigo, había sepultado en las calles de Rancagua.

Reorganizado el poder nacional bajo los auspicios de tan espléndida victoria, las tropas realistas rechazadas por las armas y la opinión de los pueblos, se habían alejado al sur fortificándose en Talcahuano, situación que sin arrancarlos del suelo de Arauco, los tenía con un pie en el mar y con an-

cha puerta para recibir auxilios militares desde el Perú.

La derrota de Maroto, y la captura del presidente Marcó unidas á la presencia del ejército de los Andes en Chile, plegaron las alas del virrey Pezuela, que miró perdidos sin remedio todos sus planes de dominio sobre estas florecientes comarcas.

No obstante, movido por las exigencias del brigadier Ordóñez, que se sostenía bizarramente en la defensa de Talcahuano, confió un nuevo ejército al orgulloso general don Mariano Osorio, para que reconquistase el reino de Chile, y si era posible devolviese tan hermosa perla á la corona de España.

Unida la división de Osorio con los defensores de la plaza sitiada, pudo contar con un total de cinco mil hombres, ante cuya fuerza respetable cedió la tenacidad de los sitiadores que, levantando el campo, se replegaron hacia la ciudad de Concepción, capital de la provincia; pasaron el río Maule y siguieron sin detenerse la vía de Talca, en cuya dirección deberían encontrar al general San Martín que avanzaba desde Santiago.

En vista de la retirada que emprendía el ejército argentino-chileno, fuerte de nueve mil hombres, el general español puso en movimiento sus tropas, y cruzando el mismo río Maule vinieron á chocarse en la proximidad de Talca el 18 de marzo de 1818, sobre el campo denominado Cancha-Rayada; nom-

bre que le venía por ser una extensa pradera destinada por los talqueños para las carreras de caballos, y donde tenían marcados con zanja los espacios consagrados á esa interesante diversión.

Fué allí donde, según el testimonio del general Brayer, un error del general San Martín, que ya se había puesto al frente del ejército, comprometió momentáneamente la causa revolucionaria, dejando que Osorio tomase una posición ventajosa en la mañana del 19, y que los patriotas siendo casi dobles en número hicieran sólo una estéril agresión, disparando algunos cañonazos, mientras que el coronel Balcarce dirigía, sin resultado, por una quebrada inaccesible, dos escuadrones de caballería.

Si bien la posición de las fuerzas españolas era ventajosa, la superioridad numérica de los patriotas equilibraba aquella diferencia, dejando comprender que, tan pronto como se apercibiera San Martín de su error, las probabilidades del triunfo serían para el ejército independiente.

En esta situación, Osorio reunió su consejo de guerra, y por opinión de Ordóñez y de Beza, que mandaba el real de Burgos, se convino en atacar al ejército contrario á favor de las tinieblas.

La sorpresa tuvo lugar entre ocho y nueve de la noche; y aunque los patriotas no dormían y velaban sobre sus armas, el hecho de ser agredidos en sus posiciones, el tumulto que se formó en las sombras,

la disparada de los caballos y la ninguna disposición preventiva para este caso, hicieron más recio el desastre, y en los primeros momentos se creyó todo perdido. Así hubiera pasado sin la varonil entereza del coronel Las Heras, que consiguió salvar casi intacta su división, sacándola del campo sin preocuparse de otra cosa que de la conservación de sus valientes compañeros.

Allí en Cancha-Rayada se ocultó, bajo una nube sombría, la estrella de la libertad chilena. El director supremo, el valeroso O'Higgins había sido herido, y al general San Martín se le creyó muerto. La artillería, bagajes, el material de guerra de aquel valiente ejército quedaba casi intacto en poder de los vencedores.

Empero, cuando todo se creía perdido, cuando todos desmayaban en la capital, entregándose á la desesperación, se supo que sobre el núcleo poderoso de la división Las Heras se agrupaban los oficiales y soldados dispersos, y que dentro de poco un nuevo ejército se opondría á la marcha triunfante de los realistas.

O'Higgins llegó á Santiago el 24 de marzo y reasumió el mando, resuelto á desplegar toda la energía y actividad que tan imperiosa situación reclamaba. El director no venía desalentado. Tres días antes había visitado con San Martín, en las cercanías de Rancagua el nuevo ejército que se formaba, teniendo

como basé casi toda la división Las Heras y la artillería chilena salvada por este jefe intrépido de entre el estrago y desolación de Cancha-Rayada.

Mas, aquella arrogante seguridad que resplandecía en el rostro sereno del Director, no se comunicaba á la población de Santiago, porque la ausencia de San Martín era un vacío tan inmenso, que ningún otro caudillo inspiraba confianza, ni podía reemplazarlo en el concepto de la multitud.

Se deseaba ver al héroe de Chacabuco antes de orientar las esperanzas ó el desaliento en un rumbo cualquiera. Los temores de que hubiese muerto en la sorpresa no estaban disipados á pesar de las seguridades y protestas del Director. Se creía que era sólo en el interés de que no se abatiesen los ánimos que se aseguraba su existencia.

Así es que cuando en la noche del 25 se circuló en la población que el general San Martín se dirigía á la capital para arbitrar los recursos necesarios en aquel conflicto, el pueblo, numeroso y compacto, se agolpó en la plaza para interrogar con su silencio elocuente, cuál era el porvenir que le esperaba...

El galope acentuado y firme de un caballo de guerra se dejó percibir por varios minutos; después la silueta de un gallardo jinete se delineó en la penumbra, y recogiendo la brida, el general detuvo su caballo cubierto de sudor y polvo, en medio de

aquella multitud, y comprendiendo lo que quería expresar aquel mutismo pavoroso, le habló así :

“ ¡ Chilenos !

“ Una de aquellas casualidades que no es dado al hombre evitar, hizo sufrir un contraste á nuestro ejército. Era natural que un golpe que jamás esperabais y la incertidumbre, os hiciese vacilar. Pero ya es tiempo que volvais sobre vosotros mismos y observeis que el ejército de la patria se sostiene con gloria al frente del enemigo ; que vuestros compañeros de armas se reunen apresuradamente, y que son inagotables los recursos de vuestro patriotismo.

“ Al mismo tiempo que los tiranos no han avanzado un punto de sus atrincheramientos, yo dejo en el cuartel general una fuerza de más de cuatro mil hombres sin contar las milicias. Me presento á aseguraros del estado ventajoso de vuestra suerte ; y regresando muy en breve al cuartel general, tendré la felicidad de concurrir á dar un día más de gloria á la América del Sur. ”

San Martín vivo ; San Martín en el seno de Santiago y hablando de una próxima victoria, tranquilo y seguro sobre su destino, produjo en el espíritu enervado de los chilenos el efecto que las brisas de la pampa ejercen sobre las nubes que obscurecen nuestro cielo,— despejó todas las sombras,

hizo renacer la confianza, y el deseo de salvar la patria agitó al unísono todas las almas.

Un consejo de guerra convocado inmediatamente por indicación del general, reunió los principales jefes y ciudadanos en el salón del gobierno.

San Martín, con su ropa militar, que no se había quitado desde la aciaga noche del 19, sin haber reposado una hora tranquilo, y después de cruzar á caballo las ochenta leguas que separan la capital de Chile de la ciudad de Talca, estaba allí en aquella reunión tan sereno, tan firme en su noble actitud como lúcido y fértil su rico pensamiento.

Venía á restablecer el equilibrio moral del pueblo que, ignorante y sencillo, no conocía su fuerza y se entregaba al desaliento ; ahora iba allí, en el consejo, á combinar esas fuerzas para que desarrolladas por los músculos potentes de una nación joven, se consumase la libertad de Chile, haciendo que su hermosa estrella brillara sobre el cuadrante azul de su bandera.

“ La conferencia se abrió, dice el general Espejo en la biografía inédita del comandante Bertrand, exponiendo algunos el cuadro de las circunstancias con los vivos colores que no habría sido prudente ocultar, y el general San Martín, que graduaba como el mejor lo supremo de la situación, deseando descubrir el espíritu dominante, aunque en su imagina-

ción ya tendría resuelto el punto, hizo al consejo las dos siguientes proposiciones :

“ ¿ Conviene reunir el ejército en la capital y defenderla á todo trance, ó continuar la retirada al valle de Aconcagua para reorganizar las fuerzas y esperar la oportunidad de desafiar al enemigo á una batalla ? ”

Después de un breve intervalo que siguió á esta pregunta, uno de los vocales dijo que antes de tomar cualquiera resolución convenía saber cuál era el estado del parque y con qué recursos se contaba.

Avisado el comandante Bertrand, jefe de ese departamento, de que su presencia era solicitada por el consejo se presentó inmediatamente.

San Martín, después de intruirlo de las dos proposiciones que acababa de hacer, terminó diciéndole: — “ Los señores de la junta desean saber de usted cómo estamos de municiones ”. A lo que Bertrand respondió resueltamente y levantando el brazo derecho para dar más energía á su palabra: — “ ¡ Hasta los techos, señor ! ”

En consecuencia la junta sin oír más resolvió por unanimidad la defensa de la plaza ; y el ejército llamado á la capital acampó en la llanura de Maipo para completar su equipo, municionarse y mejorar su instrucción.

Desde aquel momento la ciudad y el ejército se

vincularon en la solidaridad del peligro y en la convicción del triunfo.

El gobierno y el pueblo se aunaron para defender la patria; porque la suerte de Chile, la libertad quizá de la América del Sur, se debía jugar al azar de una batalla.

La solemnidad de los momentos había calmado todas las ambiciones: morir ó salvar aquella naciente República era el deseo unánime, y con un afán y perseverancia dignos del mejor éxito cada ciudadano en su esfera contribuía á robustecer los elementos de acción.

En el parque, en los talleres improvisados, en los convoyes que transportaban el material de guerra al ejército, en todas partes, en fin, se notaba una actividad llena de ardor, de fe y de entusiasmo.

Los hornillos encendidos de día y de noche caldeaban el hierro de donde salía la bruñida lanza para enastarse en la flexible tacuara, todavía verde y extraída del vecino bosque. La pesada cureña arrastrada por mujeres y niños recibía el cañón antiguo, que por muchos años durmió en el blando lecho de la paz, y el arrogante potro sólo acostumbrado á batir con plateada herradura las frondosas calles de la alameda, se mostraba ahora orgulloso llevando en su fornido lomo al valiente granadero de los Andes.

Mientras todo en la capital se preparaba para re-

cibir al enemigo, que se hacía bajar hasta el campo inculto de Maipo la infantería y artillería, y se daba instrucciones á los jefes de la caballería para que observasen los movimientos de Osorio, en el cuartel de los españoles, todo era vacilación, dudas y perplejidad.

Osorio, que carecía del arrojo y entereza de Ordóñez, no era un general capaz de medirse con San Martín. Lerdo en sus movimientos, vacilante en sus resoluciones, y sin contar con el espíritu favorable de la tropa, toda su campaña desde que salió de Talca fué un cúmulo de desaciertos que debían forzosamente conducirlo á la derrota.

Gastados los resortes de la disciplina por las rivalidades que viciaban la dirección superior, y sin ninguna esperanza de vencer, porque notaba el entusiasmo de los enemigos y el pronunciamiento en masa contra la dominación española, Osorio se aproximó vacilante al sitio donde le esperaban los defensores de la independencia americana.

El que en 1814 había destrozado en Rancagua las reliquias del patriotismo chileno, para que no se alzase otra vez aquella víctima de sus legiones incendiarias, comprendía mejor que nadie la importancia de las armas y la nulidad del rigor para someter ese espíritu indomable á la vieja coyunda española.

Sin embargo, no siendo dueño de entretener la

contienda ni de demorar las operaciones porque Ordóñez su segundo, Primo de Rivera jefe de Estado Mayor, y otros veteranos arrogantes lo impedían á la batalla, se dirigió á Santiago después de emplear diez y siete días en recorrer las ochenta leguas que median entre el lugar de la sorpresa y las llanuras de Maipo, donde tomó posiciones con su ejército eligiendo campo para el combate en la tarde del 4 de abril de 1818.

El general argentino que desde días antes disciplinaba sus tropas en aquel vasto escenario, tenía estudiado prolijamente el terreno y sus condiciones estratégicas. Así es que, después de practicar un reconocimiento de las posiciones enemigas, en la madrugada del memorable día 5 de abril, satisfecho de la desventaja de su rival, exclamó dirigiéndose á sus ayudantes: "El sol que asoma en la cumbre de los Andes, va á ser testigo del triunfo de nuestras armas. ¡ Osorio es mucho más torpe que lo que yo creía !

Hacia las doce del día los dos ejércitos se aproximaron resueltos á combatir. Los españoles eran cinco mil doscientos, y sólo cuatro mil novecientos los argentinos y chilenos; y si contaban los primeros con jefes de alta reputación como el brigadier Ordóñez, el coronel Beza, Morgado, Primo de Rivera y otros de valor y pericia, los patriotas tenían á su frente las primeras espadas de la América del

Sur: Las Heras, Balcarce, Quintana, Freire, Cruz, Zapiola, dirigían las columnas de la libertad en la senda del honor y de la gloria.

La primer maniobra de los españoles fué extender sus líneas con el propósito de cortar la retirada al ejército unido, que la tenía expedita hacia el valle de Aconcagua, y asegurarse por su parte un camino libre en la ruta de Valparaíso.

San Martín, que adivinó el intento de Osorio, trató de desbaratar su plan atacándolo de frente y precisándolo á combatir.

Toda la responsabilidad de esta gran jornada reposaba sobre los jefes argentinos.

Las Heras había sido encargado de la derecha, Alvarado de la izquierda, y Quintana de la reserva. Balcarce mandaba toda la infantería, Zapiola las caballerías de la derecha, y sólo el bravo coronel Freire, que dirigía las caballerías de la izquierda, era chileno.

Después de seis horas de fuego en que la táctica del general San Martín y la bizarría de sus tropas neutralizaron todos los esfuerzos de los soldados realistas, y durante las cuales corrió á torrentes la sangre americana mezclada con la española, la victoria se pronunció por la causa de los libres.

Osorio había huido acompañado de algunos jinetes buscando la salvación en la fuga. Dos mil cadáveres quedaban sobre el campo de batalla; tres

mil soldados y ciento noventa jefes y oficiales prisioneros ; toda la artillería, parque, hospitales y la caja militar del enemigo eran trofeos del vencedor.

En dos líneas del más espartano laconismo, encerró el general argentino el primer parte de tan señalado triunfo, dirigido al director de Chile : — “ Acabamos de ganar completamente la acción. Un pequeño resto huye : nuestra caballería lo persigue hasta concluirlo. ¡ La patria es libre ! SAN MARTIN. ”

O'Higgins, herido como estaba, se trasladó al campo de batalla y tuvo ocasión de presenciar la última carga dada por el batallón Coquimbo sobre la artillería española, que tomó á la bayoneta bajo una lluvia de hierro.

Allí se abrazaron con San Martín, y si la historia no ha recogido esas lágrimas silenciosas derramadas en la efusión de la gloria, porque los héroes también son hombres, sabe cuánto fué el júbilo del pueblo santiaguino cuando las ochenta campanas de la ciudad se echaron á vuelo, y las primeras dianas del ejército resonaron en los valles empapados de sangre y cubiertos con los inmensos despojos del vencido...

¿ Qué nos resta hoy de tanta grandeza, de tantos héroes ?

Pronto, muy pronto no tendremos sino el recuerdo. No obstante, algunos sobreviven todavía de aquella

generación de bronce ; casi todos han caído en tan largo sendero vencidos por los años, y han bajado á dormir en su tumba de laureles ; muchos de ellos sin otro cortejo que la ingratitude y el olvido.

A los vencedores en Maipo debió Chile su emancipación, el Perú su pronta independencia, y la República Argentina su más bello trofeo militar.

Commemorar los grandes aniversarios, engolfarnos algunos momentos en las corrientes de la historia; beber en el raudal de las tradiciones gloriosas es acercarnos siquiera con el pensamiento á las ilustres figuras del pasado.

5 de abril de 1878.



LA BATALLA DE ITUZAINGÓ

(26 de febrero de 1827)

El atrevido pasaje de los 33 orientales en abril de 1825, había precipitado los acontecimientos. Después del acto heroico del general Lavalleja, la guerra entre el Imperio y la República se hizo inevitable.

Así lo comprendió el gobierno argentino que tiró denodadamente de la espada y lanzó sus escuadrones de valerosos jinetes á la reconquista de territorios ocupados por el Brasil desde 1816.

Organizado el ejército nacional bajo la conducta del general D. Carlos María de Alvear, dándole el carácter homogéneo de un cuerpo de tropas regulares ; pertrechado de los elementos necesarios para llevar la ofensiva, se internó á principios de

enero de 1827, en el territorio enemigo, posesionándose de Vallés, donde encontró abundantes recursos para mantenerse algún tiempo.

Las avanzadas de la división imperialista del general Bentos Manuel se avistaban diariamente con las guardias del ejército republicano.

El día 13 de febrero, un regimiento de caballería argentina mandado por el coronel Lavalle se encontró con la división enemiga sobre las márgenes del Bacacay, y la batió completamente. El 14 fué destacado el general Mansilla con algunas tropas para llevar un ataque más decidido á los brasileros, y encontrándolos en la mañana del 15 en el Ombú, después de un combate vigoroso consiguió dispersarlos matándoles cuarenta hombres y perdiendo algunos de su parte. El día 16 se reunió á la de Bentos Manuel, la división del general Abreu y también las tropas alemanas mercenarias que mandaba el general Braun, poniéndose las tres divisiones bajo las órdenes del marqués de Barbacena que mandaba en jefe.

Así reforzado el ejército imperial, efectuó varios movimientos estratégicos esquivando un encuentro decisivo á que lo provocaba el general republicano, cuya desigualdad de fuerzas compensaba el temple de sus tropas y su excelente caballería. Al rayar el 19 se vieron los dos ejércitos. El enemigo caminaba en la dirección misma del republicano, que

continuó tranquilamente su marcha campando sobre el paso del Rosario, río de poca importancia, á las doce del día. Barbacena siguiendo su movimiento se detuvo á dos leguas del mismo.

Desde las doce del día á las 5 de la tarde, Alvear se ocupó en preparar sus tropas para la batalla; y al ponerse el sol, marchaba al campo de Ituzaingó, posición que se había reconocido en la marcha y que debía atravesar el enemigo, pues á las diez de la noche campó á media legua de allí.

En esta situación el combate de los ejércitos era ya ineludible. Aquel choque constantemente esquivado por los brasileros tratando de debilitar el ejército argentino por la privación de recursos en el país, no podía dilatarse. El general argentino maniobrando con habilidad había conseguido que sus contrarios abandonasen las breñas donde no era posible atacarlos por la escasez relativa de su infantería.

El objeto de las marchas y contramarchas no había sido otro; y una vez conseguido por la intermediación en que se hallaban, era preciso desconcertarlos mostrando la decisión del ejército y el entusiasmo con que la sostenía. En esta disposición amaneció el día 20 de febrero, y apenas el sol arrojaba sus primeras luces se encontraron los

dos ejércitos. El general republicano recorrió sus líneas arengándolas con la vehemente arrogancia de su carácter, disponiéndolo todo para la batalla que no tardó en empeñarse con buen suceso.

Si alguna vez el soldado argentino demostró su bravura, búsquese en el llano ensangrentado de Ituzaingó el inmortal trofeo de aquella temeraria emulación. Todo fué admirablemente heroico en esa jornada por parte de los argentinos; y al decir heroico, reconocemos justicieros el valor demostrado por los imperiales, pues no habría heroicidad en vencer gente cobarde ó mal avenida con su bandera.

La serenidad de Alvear en el momento crítico era una esperanza de que la victoria no envolvería en crespones las bayonetas republicanas. La lucha fué reñida y sangrienta, pero decisiva para la cuestión de soberanía que se debatía con el Imperio.

Proclamadas las divisiones y puestas en línea de batalla, el general en jefe ordenó el ataque, destinando al general Lavalleja para que con el primer cuerpo cargase sable en mano sobre la izquierda enemiga para envolverla y desbaratarla.

La división Zufriategui, compuesta de los regimientos 8 y 16 de lanceros, mandados por el coronel Olavarría, y el escuadrón Coraceros con su comandante Medina, iba en seguida para sostener

el primer cuerpo. El 3, á las órdenes del general Soler, se formó sobre unas alturas que se ligaban á la posición del primero : las divisiones de Brandzen y Paz del 2º, quedaron en reserva un poco á retaguardia entre el 1º y el 3º; la división del coronel Lavalle fué destinada á la izquierda de ésta.

En tal disposición, y á pesar del vivo ataque del primer cuerpo, el enemigo se dirigió de un modo formidable sobre el tercero : tres batallones, entre ellos el de alemanes, sostenidos por dos mil caballos y seis piezas eran los que iban sobre él. Un fuerte cañoneo se hizo sentir entonces en toda la línea, y el combate se empeñó por ambas partes con igual tenacidad. Las cargas de caballería fueron rápidas, bien sostenidas y con alternados sucesos, distinguiéndose el coronel Lavalle, que con sus escuadrones había arrollado por la izquierda toda la caballería que se hallaba á su frente, sableándola y arrojándola á legua y media del campo de batalla.

A pesar de este hecho brillante, la acción no estaba decidida ; las fuerzas principales del enemigo cargando sobre la derecha y el centro de los republicanos trataban de envolverlos. En tales circunstancias se dejó sólo en reserva el 3º de caballería, echando mano de las divisiones de Paz y Brandzen. Con esta fuerza en acción ya el todo de ambos

ejércitos estaba empeñado en el combate ; y fué entonces que el intrépido coronel Brandzen, destinado á romper una masa de infantería, quedó gloriosamente en el campo de batalla.

El batallón 5, al mando del coronel Olazábal, había roto sus fuegos; el 2º, del coronel Alegre, atacado por una fuerza de caballería que traía á su frente los lanceros alemanes, los abrazó y obligó á dejar el campo. El coronel Olivera con la división de Maldonado y el 1º de caballería acuchillaron esta fuerza en su retirada, y fué dispersa y puesta fuera de combate.

Por la derecha se disputaban la gloria los comandantes Gómez y Medina. Cargaron una columna fuerte de caballería obligándola á refugiarse bajo los fuegos de un batallón que estaba parapetado en unos árboles. El ardor de los jefes llevó hasta allí la tropa, que un fuego abrasador hizo retroceder algún tanto. La masa de caballería se lanzó entonces sobre ellos en el instante: el regimiento 16 recibió orden de sostener á sus compañeros de armas: los coraceros y dragones se corrieron por derecha é izquierda poniéndose á sus flancos; los bravos lanceros, maniobrando como en un día de parada sobre un campo cubierto ya de cadáveres, cargaron, rompieron al enemigo, lo lancearon hasta una batería de tres piezas que también tomaron. El regimiento número 8 sostenía esta carga que fué deci-

siva. El coronel Olavarría sostuvo en ella la reputación que adquirió en Junín y en Ayacucho.

La caballería enemiga había sido obligada á ceder terreno, siguiendo su infantería perseguida por los cuatro batallones argentinos ; tres posiciones intentó tomar y fué arrojada en el momento de todas.

Los generales Soler, Lavalleja y Laguna, por el acierto de sus disposiciones y por su bravura en la jornada, se cubrieron de gloria. El coronel Paz á la cabeza de su división, después de prestar servicios distinguidos, dió la última carga á la caballería enemiga que se mostraba en el campo, y obligó al ejército imperial á precipitar su retirada. El coronel Iriarte, con su regimiento de artillería ligera, mereció los elogios del general en jefe y de todo el ejército republicano.

La serenidad de sus artilleros y el acierto de sus punterías, especialmente los tiros asestados sobre la infantería alemana, que intentó cortar el ejército deslizándose por una hondonada, aterraron al enemigo : todos los jefes de este cuerpo y los capitanes Chilavert, Arengrein y Pirán se distinguieron de un modo singular.

Los coroneles Olazábal, Oribe, Gárzon y Correa y los comandantes Arenas y Medina sostuvieron su reputación ; como el primero y segundo jefes del estado mayor, general Mansilla y coronel Deheza,

igualmente que los ayudantes del general en jefe y el distinguido cuerpo de ingenieros.

El ejército imperialista mandado por el marqués de Barbacena, que había empeñado la batalla fuerte de 8500 hombres de las tres armas, contra 7500 que contaba el republicano, después de seis horas de fuego con las peripecias que hemos narrado, abandonó el campo de Ituzaingó dejando 1209 cadáveres, entre ellos varios jefes, oficiales y el general Abreu, gran número de prisioneros y armamento. Todo su parque y bagajes, dos banderas, diez piezas de artillería y la imprenta fueron trofeos del ejército argentino.

Las pérdidas de éste no llegaron á 500 hombres entre heridos y muertos, siendo de notar entre éstos el intrépido coronel Brandzen y el decidido y valiente comandante Bezares, caídos ambos al frente de los suyos.

La comportación de las tropas republicanas no pudo ser más heroica, y sobre el mismo campo de batalla merecieron una entusiasta proclama de su general en jefe.

Esta campaña fué un resplandor de las grandes jornadas de la independencia. El pabellón argentino flotaba victorioso como en Chacabuco, como en Maipo, como en Salta, cuyo aniversario era ese día, sobre las abrasadas arenas del trópico.

La redención de un pueblo hermano sellábase

con sangre de valientes; el pendón de la conquista portuguesa se rasgó al filo de los sables de la caballería republicana, y el sol radiante de la bandera uruguaya brilló sin sombras en los espacios del cielo americano.

20 de febrero de 1883.



SAN MARTÍN Y ALVEAR

Vieron la luz en la misma zona de la América meridional, con pocos grados de diferencia hacia el trópico, donde la vegetación de las selvas primitivas se desarrolla espléndida y hermosa.

Ese territorio llamado de las Misiones, era argentino y formaba parte del virreinato del Río de la Plata.

San Martín nació en el pueblo de los Reyes, conocido también bajo el nombre de Yapeyú; y Alvear en Santo Ángel de la Guardia, última fundación de los jesuitas en el Alto Uruguay.

Es una coincidencia curiosa, que nadie ha hecho notar hasta hoy, llamarse pueblo de los Reyes la cuna de San Martín, y llamarse ciudad de los Reyes la capital del Perú, donde detuvo sus legiones victoriosas, para proclamar la independencia de los hijos del sol.

La casualidad destinó para los dos la misma aurora en la vida, pero San Martín que había nacido en 1778 era ya un niño fuerte y estudiaba en el colegio de nobles de Madrid, cuando Alvear nació en 1789 y como más próxima la cuna de éste al volcán revolucionario de 1810, asimiló en su sangre más efluvios de aquella lava social que debía iluminar el continente al inflamarse.

Llevándole San Martín tan marcada lejanía en los años, lo aventajaba asimismo en experiencia, en firmeza de carácter y en conocimientos militares, cuando tuvieron ocasión de conocerse en Europa.

En cuanto al valor que no viene con los años sino con la sangre, los dos eran bravos en el combate y templados en el mismo yunque para la fatiga.

Juntos llegaron á Buenos-Aires, con procedencia de Londres, el 9 de marzo de 1812.

San Martín traía sus despachos de teniente coronel de caballería, y Alvear los suyos de alférez de carabineros reales, título honroso, que atestiguaba nobleza.

La influencia de estos dos oficiales debía ser trascendental en la historia de la revolución y de la independencia americana.

El primer paso que dieron fué ofrecer sus servicios al gobierno, que los aceptó, dispensándolos

les la consideración á que se hacían acreedores por sus manifestaciones en favor de la patria.

San Martín y Alvear, afiliados en las sociedades secretas establecidas en Europa por el general Miranda, para trabajar por la independencia de América, traían la misión de fundar una logia en Buenos Aires, que propagase la fórmula definitiva que debía ser : independencia absoluta de la monarquía.

Ambos eran hombres de inteligencia no común ; valientes ; expertos en los negocios del mundo y que habían hecho su papel en el gran teatro de la guerra napoleónica ; escuela muy aparente para formar elevados caracteres políticos ó militares.

Empero, si bien las mismas lecciones y pruebas semejantes habían ilustrado su vida, una disparidad entre ambas naturalezas, les constituía un contraste moral.

Alvear era un joven arrogante, más avezado al lujo de las cortes y costumbres palaciegas que á la ruda disciplina de los campamentos. San Martín, formado en la escuela de las ordenanzas militares, sólo sabía mandar como superior y obedecer como subalterno : hombre de talento creador y muy estudioso, era pintor hábil, y matemático excelente. Perseverante por naturaleza, no se doblegaba ante el infortunio, y los reveses eran un crisol para su espíritu levantado y gallardo. Todas estas cualidades se envolvían en la densa opacidad de una

modestia casi huraña, pero sincera y constante. Esta modestia que rayaba en humildad, nunca la ostentó más que en el día de los grandes favores de la fortuna: puede decirse, que la luz de su propia gloria le ofuscaba, y él que sabía encumbrar su talla sobre el nivel de los más fuertes en la hora de la desgracia, carecía de coraje para afrontar los aplausos; su cabeza que no doblegó la derrota de Cancha-Rayada, no la creyó bastante segura para soportar la corona de Maipo.

Predominaba en San Martín la calma reposada del hombre reflexivo, cuya marcha no se precipita sin cálculo y que obedece siempre en sus actos á los impulsos de una voluntad deliberada.

En Alvear, ya fuese por extremo de juventud, ó bien por un temperamento febril, la actividad lozana de su sangre marcaba un sello de audacia, de vigor y de talento que seducía imponiéndose.

Brillante, generoso, de buen porte, podría llamarse el galán joven del drama revolucionario: pera estas cualidades que salían resplandecientes al encuentro del observador, no eran indelebles, y en una repetida confrontación menguaban sus ventajas aparentes, á medida que la crítica sometía á su examen el valor positivo de aquellas dos individualidades.

San Martín descollaba sin contrapeso, porque, posesionado de su alto destino en el movimiento

regenerador, no dejaba espacio en su alma para las ambiciones personales. Él no dividía su acción entre la patria y su propia gloria ; y á trueque de conservar íntegra su idea de emancipación americana, hacia prescindencia de sí, en tanto que Alvear lanzado en tan vasta escena sin convicciones profundas, sin propósitos maduros, sediento de gloria y poderío, perdió muchas veces de vista la causa de la independencia, para entregarse á especulación de provecho personal.

Los dos han dejado rastros marciales en el continente de América. Sus espadas invencibles trazaron el círculo de la epopeya argentina. La gloria los vistió siempre que lidiaron por la independencia y por la libertad ; pero los sucesos que presidió San Martín tuvieron más relieve y un realce más positivo y duradero en la historia. Alvear se cubrió de laureles en la conquista de Montevideo cuando apenas contaba 25 años, pero los resultados de ese acontecimiento no correspondieron á los sacrificios, ni adelantaron un paso la causa de la revolución.

Los triunfos de San Martín todos fueron decisivos. Chacabuco, abre las puertas de la capital de Chile ; Maipo asegura su independencia ; lo mismo que la batalla de Pasco, dada por sus tropas, precipita la caída de Lima.

Como hombre de gobierno, Alvear no era capaz de fundar nada estable, ni asociarse á hombres de

meditación y sabiduría que le ayudasen á organizar la administración y constituir el país.

En este sentido, San Martín lo aventajaba ; sabía administrar y elegir los colaboradores de su política. Tenía el especial tacto de buscar opuestos caracteres, para encontrar en el choque lógico de dos naturalezas diferentes, la luz radiante de la verdad. El fogoso Monteagudo y el prudente García del Río fueron sus mejores auxiliares en el gobierno del Perú ; como fueron sus mejores diplomáticos el entusiasta Alvarado y el discreto é insinuante Guido.

Alvear no era hombre de Estado ; carecía de cualidades sólidas para establecer gobierno en el seno de la libertad ; sólo sabía dirigir un ejército, más que por las reglas convencionales de la táctica, por su mirada rápida, y por una audacia sin ejemplo en las combinaciones estratégicas de la guerra. En Ituzaingó se condujo hábilmente ; atrajo á los enemigos, á su pesar, hasta el sitio que le convenía, les dió la batalla cuando los brasileros no querían batirse, y los derrotó por el esfuerzo del ejército á sus órdenes, alentado y sostenido por su palabra y por su dirección.

En las batallas de San Martín había más precaución que genio. Todo estaba calculado de antemano. La victoria y la derrota eran soluciones igualmente probables y por eso igualmente previstas en su consejo.

Alvear lo fiaba todo á su buena estrella, á su bravura y á su espada. San Martín, á la organización, á la prudencia, al valor sereno.

La historia consagra nutridas páginas á estos dos beneméritos hijos de la República Argentina ; sin embargo, un criterio imparcial debe dejar trazado el mérito de cada uno en la medida del éxito y de la influencia ulterior de sus actos.

Bajo este aspecto, único que es permitido para resolver esta clase de problemas, diremos : que Alvear es el más brillante de los generales de su época ; pero San Martín, es el más grande hombre de la América del Sur.

El primero, comprometió repetidas veces la suerte de la revolución, subordinando á sus deseos el porvenir de todos los argentinos ; el segundo, no quiso terciar en las contiendas civiles, y llegó hasta desobedecer á su gobierno, antes que apuntar con sus fusiles sobre el pecho de sus hermanos. Esta acción vituperable en el absurdo de los rencores domésticos, salva á San Martín ante el juicio de la posteridad, y lo exhibe sin sombras en la historia.



RIVADAVIA Y DORREGO

I

Don Bernardino Rivadavia nació en Buenos-Aires el 20 de mayo de 1780; se educó en las escuelas de esta ciudad, donde no pasó de los estudios filosóficos, seguidos en la cátedra que dictaba el doctor don Valentín Gómez, hasta el año 1799.

Ningún acto suyo de esos tiempos revela dotes culminantes de inteligencia, y sólo llamaba la atención de sus amigos por el sello grave de su fisonomía, y por la marcada seriedad de sus acciones. No era expansivo; puede decirse que Rivadavia no reía nunca, ni bromeaba: parecía haber nacido con una misión más solemne que los otros hombres.

Tomó servicio militar y contribuyó a la defensa de Buenos-Aires contra los ingleses en 1807. En el cabildo abierto el 22 de mayo de 1810 fué uno de

los que votaron contra el virrey Cisneros. Él hacía la revolución contra la regencia española, pero no se pronunciaba contra el monarca.

Llegó á ocupar la secretaría de gobierno en el primer Triunvirato, que gobernaba á nombre de Fernando VII, y se debió á su energía la represión de los patricios amotinados el 7 de diciembre de 1811. Más tarde, en junio de 1812, descubre la conspiración de D. Martín de Álzaga y manda al cadalso treinta y ocho de sus cómplices. En esta ocasión su denuedo salva la patria.

La revolución de 8 de octubre siguiente, encabezada por San Martín y Monteagudo, lo arranca del poder y deja de figurar hasta 1814, en que sale con destino á Europa, encargado por el director Posadas de una comisión diplomática.

II

Don Manuel Dorrego nació en esta misma ciudad el día 11 de junio de 1788, y es singular coincidencia su venida al mundo el día aniversario de la fundación de Buenos-Aires.

Hizo sus primeros estudios en el colegio San Carlos, y mereció las más distinguidas clasificaciones por su talento.

Aprovechando las buenas prendas que manifes-

taba, sus padres lo enviaron á Chile para completar su carrera de abogado.

La revolución de Mayo lo encontró en aquella Universidad, y cuando los patriotas de este país se levantaron contra el gobierno de la metrópoli, Dorrego fué uno de los colaboradores más decididos.

Vino á Buenos-Aires en 1811, y en seguida pasó á las provincias formando parte de los ejércitos de la patria. Se batió con no vista valentía en Suipacha y Nazareto, donde fué herido.

Peleó bizarramente en Tucumán el 24 de setiembre de 1812, y en Salta el 29 de febrero de 1813. En estas dos victorias el general Belgrano atribuye gran parte del éxito al coronel Dorrego.

Mandando en jefe el ejército de la Banda Oriental, fué derrotado el 10 de enero de 1815, y de regreso en Buenos-Aires á fines de 1816, se hizo opositor á la política de Pueyrredón; escribió contra el gobierno en la *Crónica Argentina*, y fué desterrado.

III

Difícil es señalar en qué momento se pusieron en choque estas dos fuerzas, y desde cuándo se destacaron como jefes de partido para encabezar y dirigir la lucha de principios que ha señalado su paso de una manera indeleble en las tradiciones argentinas.

En el mes de enero de 1820 Rivadavia estaba en Europa y Dorrego en la América del Norte. El primero había ido como representante de las Provincias Unidas, á buscar la alianza, la protección ó tal vez un vástago de sangre real para fundar una monarquía en el Rio de la Plata, y de eso se ocupaba; el segundo, arrojado de su país por un acto directorial de expatriación vitalicia, después de mil aventuras tan sombrías como dramáticas, su estrella lo había conducido á la Gran República.

Rivadavia, gozando en aquellos días de todas las ventajas de una misión diplomática, estudiaba las instituciones inglesas, en seguida de haber estudiado el sistema imperial de Napoleón aplicado á la Francia. Dorrego, en medio de las grandes penurias de su destierro, y no obstante la relativa obscuridad de su posición, observaba atentamente las instituciones del Norte.

Ambos pensaban en su patria: Rivadavia para fundar en ella un gobierno unido y fuerte, con una centralización compacta en el poder; Dorrego, para plantear el sistema democrático federal como la última expresión de la ciencia política.

Hasta ese momento no se habían tratado aquellos dos argentinos, que debían chocar más tarde en la escena animada y ardiente de su patria.

IV

El derrumbe del directorio en febrero de 1820, ocasionado por el triunfo de Ramírez en la Cañada de Cepeda, quitaba á don Bernardino Rivadavia sus credenciales diplomáticas y lo conducía poco después á Buenos-Aires sin aureola y sin prestigio; casi al mismo tiempo y por la misma causa, se abrían para el coronel Dorrego las puertas de la patria.

Mientras que Rivadavia, en medio del desquicio del año 20, se obscurece en la vida privada, Dorrego rehabilitado, se levanta sobre las olas de la anarquía. Electo gobernador de la provincia, serena con su palabra las turbulencias domésticas y destroza con su espada la madriguera ambulante de los caudillos rapaces. Doma su soberbia, restablece la paz, y cuando sus paisanos agradecidos quieren echar sobre sus hombros los entorchados de general, los rehusa diciendo: "Yo no acepto grados en guerra civil".

¡Qué rudo pero qué grande es Dorrego en este acto!

Llega el año 21 y la estrella de Dorrego se descolora en un nuevo destierro impuesto á su popularidad. ¡Hay épocas en que es peligroso ser popular!

En estos momentos, cuando Dorrego está au-

sente, Rivadavia aparece en la superficie de los negocios, como ministro de Martín Rodríguez, y poco después la ley de olvido reconcentraba en Buenos-Aires á todos los desterrados políticos y entre ellos Dorrego.

Hélos ahí que se acercan estos dos hombres destinados fatalmente á chocarse.

¿Se conocían? ¿Eran amigos? ¿Eran enemigos? Nada sabemos con certeza.

Rivadavia era omnipotente ministro de gobierno, el gran reformista, el iniciador y fundador de todo un plan administrativo; el creador, en fin, del sistema constitucional, á la inglesa, sin constitución escrita, sin teoría, pero con ejecución práctica en la sucesión de la primera magistratura.

Dorrego fué electo representante del pueblo. Desde que entró en la legislatura de 1823 se hizo opositor al ministerio.

Rivadavia era el jefe de una fracción de la cámara sostenedora del gobierno representativo unitario; Dorrego fué á su vez el jefe de los que querían el gobierno representativo por el sistema de federación.

Desde que se revelaron estas dos tendencias se consideraron adversarias.

V

Una noche de marzo, á los gritos de *¡viva la reli-*

gión! ¡mueran los herejes! un populacho turbulento y numeroso, movido desde las sombras por el siniestro doctor Tagle, hacia peligrar, con la existencia del gobierno, la vida del primer ministro.

Aquellas turbas armadas llevaban en las tinieblas un recio choque sobre el fuerte; y cuando todos creían que el coronel Dorrego no era extraño á este sedicioso movimiento, Dorrego, embozado en su capa, cruza por entre las turbas, llega hasta donde está Rivadavia, se descubre, le dice que ha reunido los *abastecedores* y los *carreros*, y que va á pedirle la escolta del gobierno para correr y castigar aquellos grupos de foragidos.

Rivadavia, ni sospecha siquiera de Dorrego, pone á sus órdenes la escolta, le entrega las llaves de la fortaleza y manda echar el puente levadizo por donde pasan los jinetes á sus órdenes.

Á las veinticuatro horas, el sillón ministerial de Rivadavia quedó más firme que nunca, y el valiente defensor de la autoridad constituida, ocupaba poco después una butaca parlamentaria, para continuar defendiendo los intereses del pueblo contra los avances del ministerio.

Chocaron siempre en la lucha de las ideas; pero en la hora del peligro, la espada del guerrero estuvo siempre desnuda para defender el pecho del estadista.

Era Dorrego el guardián armado de la libertad

pública; jamás dejó pasar en silencio ningún avance del poder; pero, al mismo tiempo, era el más celoso defensor de la autoridad, y ante su prestigio deponía todas sus pasiones de hombre de partido.

VI

Durante un año Rivadavia y Dorrego mantuvieron el más sistemado debate, sin poder armonizar sus teorías políticas, que de fuentes tan opuestas habían recogido. Al fin, la ascensión del general Las Heras al gobierno de Buenos-Aires, los apartó.

Rivadavia fué comisionado para negociar el tratado con Inglaterra, y Dorrego pasó á Bolivia con una empresa mercantil.

Vuelven á encontrarse otra vez en 1826. Rivadavia es presidente de la República; Dorrego, diputado por Santiago al congreso que debe dictar la constitución. Rivadavia es el mismo, austero hasta la fatuidad; inflexible y tenaz como una esfinge, marcha sin perturbarse por la senda que se ha trazado desde el fondo de sus especulaciones: quiere una constitución unitaria, y sus amigos del congreso la presentan,— se discute. Allí está Dorrego, el viejo adalid, acaudillando los federales. Se opone y combate el proyecto. No basta su palabra en la cámara y funda *El Tribuno*. Rivadavia lo vence, porque tiene mayoría organizada para dar esta ba-

talla. La constitución se dicta en el seno del congreso, pero Dorrego levanta la voluntad de las provincias contra aquel código y la constitución muere. Agita el espíritu autonómico de Buenos-Aires, y Rivadavia cae anonadado por la opinión que levanta en sus robustos brazos el caudillo federal.

Dorrego va al gobierno de su provincia, y desde ese puesto despliega un lujo tal de clemencia y de blandura con los vencidos, que los confunde en la opinión, por el efecto contrario de la conducta que usaron con él.

Promulga la gran ley de imprenta; protege la vida y el honor de todos los argentinos; da garantías al capital; desarrolla la industria; hace cultivar los campos; deroga el curso forzoso del papel moneda; da la paz a todas las provincias, y pacta con el imperio del Brasil la independencia de la Banda Oriental.

Rivadavia en tanto que este movimiento transformador cambia la faz de la República, se mantiene taciturno y huraño: y sólo se levanta airado y amargo como una ironía del destino cuando aquel rival generoso cae envuelto en su sangre.

Si cabía en el alma de Rivadavia la abstención política, no cabía ni el odio ni la envidia; y si algún argentino deploró la muerte de Dorrego como un infortunio nacional, ese argentino fué D. Bernardino Rivadavia.

SÍNTESIS

Estas dos figuras descollantes se presentan en la historia como dos modelos plásticos de la estatuaría política.

La controversia de ideas sobre gobierno los divide: la oposición de principios los exhibe ora luchando en la prensa, ora discutiendo en el parlamento, pero siempre en el campo decoroso de la libertad. Siempre dispuestos á olvidarlo todo por la patria.

Ambos se respetan, ambos se temen, porque los dos son fuertes.

Los dos estaban preparados en la medida de su tiempo, para debatir las grandes cuestiones de organización política. Los dos tenían amigos numerosos de su lado.

Rivadavia contaba de su parte el poder, la renta pública, el ejército de línea y el Congreso. Dorrego tenía de la suya, la opinión.

La opinión lo llevó al poder; la fuerza le quitó la vida. La opinión era el pueblo, la fuerza era el ejército.



SAN MARTÍN Y RIVADAVIA

Buenos Aires, septiembre 6 de 1880.

Señor Dr. José F. López

Belgrano.

Estimado amigo:

He leído su libro; porque es un libro su escrito sobre Rivadavia y San Martín. Aplaudivo su estudio, la profundidad de sus juicios, el acierto de sus vistas generales y el dominio que manifiesta para abarcar el conjunto de los grandes hechos de nuestra vida democrática y de nuestra vida revolucionaria.

Sin embargo, así como en lo tocante á San Martín no encuentro nada reprochable á mi criterio histórico y filosófico, en lo pertinente á Rivadavia no suscribiré sin observación, á todas sus opiniones.

Para juzgar al hombre de sable, parte Vd. de los hechos históricos, y obra su inteligencia sobre lo

tangible de esos hechos ; pero para apreciar filosóficamente la influencia de Rivadavia, funda Vd. sus deducciones sobre un mérito hipotético y de partido. Hace Vd. crítica mirando la medalla por su anverso y donde la pasión política da relieve á la figura, agrupando sus mejores tonos, y deja en la obscuridad su lado opaco, porque ni la estatuaría ni la numismática tienen allí nada que hacer.

San Martín era un héroe modesto en su grandeza, y humilde aun en las regiones de la gloria. Rivadavia no conocía esas inflexiones generosas del espíritu que agrandan aun á los grandes ; no admitía consejos de nadie, mientras que San Martín no hacía nada sin consejo.

Por eso Rivadavia se equivocó casi siempre : no escuchaba á sus amigos ni quiso escuchar la opinión de sus adversarios, y se gastó infructuosamente para su propia gloria y para su patria.

Diez años después de haber bajado del gobierno bajó la luz á su inteligencia. Estaba ya en el desierto donde en sus horas sombrías leía la *Democracia en América*. Cuando acabó de leer y admirar este libro, le dijo á su amigo Florencio Varela : “ ¡ Cuánto mal hemos hecho á nuestro país por no haber conocido la belleza de las instituciones federales ! Vd. es joven, Florencio, reaccione, mire que el porvenir de nuestra patria está en cambiar de sistema”.

Yo lo veo más grande á Rivadavia en este acto de arrepentimiento, que en toda esa grandeza un tanto artificial é hiperbólica con que un círculo de apasionados póstumos ha embellecido su sepulcro.

Respeto su memoria ; creo que fué un patriota de corazón americano ; pero los grandes aciertos que se le atribuyen exclusivamente, no le pertenecen del todo y muchos de los actos de la administración del año 22, se iniciaron por otras inspiraciones tan altas y tal vez más liberales que la suya.

No es una carta tela bastante ancha para decir á Vd. todo lo que quisiera, sobre el falso criterio que aún subsiste respecto de Rivadavia y otros hombres, que la pasión ha erigido en héroes, pero que la historia futura, apartándose de la atmósfera donde hoy se distribuye la gloria, les dará su verdadera importancia, estudiando los monumentos que les sobrevivan.

En este sentido, San Martín está fuera de discusión, porque eternamente le sobrevivirá la independencia de tres Repúblicas que fundó con su espada, y la historia de sus hechos está escrita sobre el suelo de América en esa serie de grandes capítulos que se llaman : San Lorenzo, Chacabuco, Maipo, Pasco, Lima.

No así Rivadavia que tiene que asentar su gloria sobre la excelencia de las instituciones, y de instituciones que contrariaban la opinión de pue-

blos y gobiernos refractarios á todo otro sistema que no fuera el federativo.

Empero, le sobrevivirá por muchos años la organización administrativa que dió á la provincia de Buenos-Aires, pero también le han de sobrevivir, para sombra de tan modestos títulos de gloria, los sensibles errores de sus actos diplomáticos anteriores al año 20, y los sistemados desaciertos con que inauguró y terminó su histórica presidencia.

Uniendo mi aplauso, al aplauso con que los hombres inteligentes saludan esta nueva producción de Vd., tengo la satisfacción de suscribirme su amigo affmo.



LA PLUMA Y LA ESPADA

En la historia argentina ocuparán siempre un lugar prominente el doctor don Mariano Moreno y el general don José de San Martín.

Moreno, considerado como filósofo, como estadista, como jurisconsulto y como escritor.

San Martín como militar y como político.

Los dos como patriotas eminentes, como hombres de abnegación y de probada austeridad en su hogar y el ejercicio de sus funciones públicas.

Ni el juego que corrompe, ni el vicio que embrutece; ninguna de las pasiones que deprimen la moral humana los dominó jamás. Poseían las virtudes y las cualidades de su raza.

Moreno y San Martín no se conocieron en la tierra.

La juventud de estos argentinos se deslizó en los extremos opuestos del mundo. Moreno, formándose

en la Universidad de Chuquisaca, estudia las leyes y la ciencia del gobierno ; San Martín se adiestra para el arte de la guerra en un colegio de la Corte de España.

Uno es la pluma ; otro es la espada.

Para Moreno, la idea era la palanca de la fuerza ; para San Martín, la fuerza era la palanca de la idea.

En la revolución no aparecieron simultáneamente : Moreno la precedió asistiendo á la incubación y siendo actor en el primer acto del drama. Moreno sobresalía por su talento, y como escritor no se le conoce rival entre sus contemporáneos del Plata.

Su pluma, que fray Cayetano Rodríguez llamó de fuego, era la más vigorosa, la más incisiva, la más gallarda y la más docta.

Perfectamente preparado ; con estudios completos en jurisprudencia, en historia, en economía ; joven bien quisto, de palabra elocuente, de aspecto serio, de rostro hermoso y de gentil ademán, Moreno descollaba en la primera junta de que era secretario. Se distinguía también por cierto énfasis caballeresco y doctoral que sostenía siempre con aplomo y con denuedo.

De los revolucionarios de Mayo, fué quizá el único que comprendió el problema y lo resolvió *a priori*. Él no trepida, y desde el primer momento hace salir la revolución de los bancos del Cabildo y

de los bastiones de la fortaleza, para hacerla cruzar la mitad del continente señalando sus jornadas con calzados justicieros ó con victorias.

La junta se amilana, trepida, fluctúa ante las consecuencias que prevé el apocado espíritu de algunos vocales; Moreno responde á las previsiones del miedo apresurando la reunión del primer Congreso.

Aquí no se sabía lo que era un Congreso, y el secretario Moreno convierte en cátedra la *Gaceta de Buenos-Aires*, para señalar á los diputados el camino de su deber.

¡ Un congreso que declarase la independencia y diera una constitución al país ! ¡ Y esto en noviembre de 1810 !

Los diputados temblaron ante la osadía de aquel joven. No se creyeron capaces de semejante desacato. La figura divina del rey los avasallaba y les imponía silencio desde su cautiverio. Pero el gran ministro había tomado en sus manos el mapa de América y con pásmoso atrevimiento deslindaba las Intendencias, y de la regia hijuela de Fernando hacía gobiernos independientes y sembraba el Nuevo mundo de banderas y de naciones.

El héroe de la idea se anticipaba en sus proyectos, al héroe de la fuerza.

La independencia de las colonias era un hecho fatal y necesario. Debía llegar por el orden conse-

cuente con que llega para el hombre la hora que lo emancipa. Él vió esa hora para su patria, porque la esperaba; pero todos sus contemporáneos no la vieron. A los pocos que como él pensaron, la mayoría conservadora los calificó de hombres peligrosos. La muerte que hería bien pronto al doctor Moreno y á su amigo el vocal de la junta doctor Castelli, vino á dejar la causa de la libertad en manos débiles y en inteligencias mediocres.

El genio que presidía las elucubraciones de aquel craneo fecundo se envolvió en sombras á su muerte.

Moreno, arrojado por la anarquía de su país, sobre la onda procelosa del mar, murió el 4 de marzo de 1811 en los 28 grados Sur de la línea; y el 4 de marzo de 1812, la vela que conducía al general San Martín, cruzaba las mismas latitudes hacia las playas de Buenos-Aires.

Quizá el numen de Moreno flotando en la atmósfera salobre acariciaba á su paso la tostada frente del caudillo, imprimiéndole las altas ideas con que el ilustre patriota había descendido al seno de las aguas.

Á Moreno únicamente podía continuar y complementarlo San Martín, porque sólo su inteligencia y su fuerza podía abrazar el pensamiento de aquel coloso.

La revolución que era una idea enunciada por

el labio profético de Moreno discurría sin base por todos los ámbitos de la América : San Martín debía convertirla en un hecho con su influjo y con su espada.

Moreno había escrito el dogma ; San Martín lo impuso.

Moreno tuvo el mérito de sentar el problema ; San Martín la gloria de resolverlo.

Uno abre, y el otro cierra el período de la revolución.

El arma del primero es la pluma ; la del segundo es una espada.

Uno es la fuerza inicial, otro la gravitación lógica de los acontecimientos que se acentúan.

Moreno dice á los pueblos,— que no deben permanecer esclavos,— San Martín les devuelve la libertad.

El uno piensa, es el filósofo ; el otro ejecuta, es el soldado.

Moreno, desde que aparece en la escena de la revolución, habla y escribe. San Martín, desde que llega á Buenos-Aires, organiza y combate. Los dos con un solo objeto : la independencia.

Moreno hace temblar con sus escritos al virrey Abascal en 1810 ; San Martín derriba con su espada en 1820, al virrey Pezuela.— Ambos defienden los mismos derechos ; los derechos del pueblo americano.

Moreno ha trazado en páginas inmortales la huella brillante de su pluma; San Martín ha escrito su vida con victorias y ha rectificado la geografía del Nuevo mundo con la punta de su sable.

La diferencia de caracteres y de profesiones no interrumpe el orden admirable de continuidad que liga en la historia estas dos fuerzas. Su asociación habría sido tal vez estéril por la naturaleza imperativa de ambos; pero, colocados sucesivamente, se completan en provecho de la idea que los armó, á uno con la pluma del pensador, al otro con la espada del guerrero.



VICENTE LÓPEZ Y PLANES

Bautizado por los peligros en la religión de la gloria, la gloria estará siempre desvelada sobre su tumba.

(J. M. G.)

Don Vicente López y Planes, hijo de don Domingo López, asturiano, y de doña Catalina Planes, porteña, nació en la ciudad de Buenos-Aires el 3 de mayo de 1785, recibiendo del cielo las dotes más cumplidas para el cultivo de las letras, las ciencias y todos aquellos ejercicios del espíritu, que tanto debían señalarle en el concepto de sus contemporáneos.

A las naturales disposiciones que los libros y su propia observación desarrollaron en él reunía López la entereza varonil del hombre dispuesto para las nobles hazañas.

Nacido en una colonia en donde la libertad era apenas una esperanza en los devaneos de la razón emancipada; entregado á la contemplación platónica de los sistemas filosóficos; sin otras luchas que las controversias teológicas del claustro, sin vocación por la vida del criollo sibarita, la existencia del joven López se deslizaba sin estímulos, en la mansa corriente impresa por la corona de España á sus vastos dominios de América.

Así lo vemos, niño aún, estudiando filosofía en unión de don Bernardino Rivadavia y otros jóvenes porteños, en el curso que de esta materia dictara el doctor don Valentín Gómez, por los años de 1799 á 1801.

En las dos invasiones inglesas que tuvieron lugar en Buenos-Aires en 1806 y 1807, don Vicente López con el grado de capitán de patricios y al frente de su compañía, fué uno de los que más se distinguieron. En aquellas jornadas donde el heroísmo de los nativos dejó asombrados á los valientes veteranos de Albión, López se mostró digno y esforzado; y fueron aquellos rasgos de marcial denuedo que contempló, una especie de revelación de su porvenir, y de los futuros destinos de la patria.

Pasadas las fatigas de la defensa, da vado al entusiasmo que le domina, y cambiando la lira por la espada canta *el triunfo argentino* en aquellos memorables combates.

En épico romance, con el estro numeroso del bardo cantor de Trafalgar eterniza la gloria de su pueblo y se coloca entre los buenos poetas de la nación cuya frente corona más tarde, con inmarcesibles lauros.

Vicente López, como toda la juventud argentina de su tiempo, se apercibe en el secreto de los conciliábulos para la revolución; empero, en la senda de sus estudios le es preciso pasar a la universidad de Chuquisaca, en el Alto Perú, donde las insignias de maestro en leyes le fueron colocadas sobre el uniforme de capitán de patricios que vestía, regresando a Buenos-Aires con su diploma refrendado en el primer establecimiento científico del virreinato.

La revolución de Mayo se produce al fin; López es uno de sus campeones y colaborador decidido, marcha a campaña con las primeras huestes patriotas, que se destacan por la Junta para expedicionar al interior, propagando ideas liberales, desde las riberas del Plata hasta las márgenes del Desaguadero.

Desde ese momento se entrega por completo al servicio del país; su acción se reparte, durante varios años, entre el afán militar en distintos rangos y comisiones, y sus empleos civiles; revelando siempre su inteligencia característica y la espartana austeridad de sus costumbres.

Enrolado en el partido democrático que apareciera en la escena á principios de 1811, fué más tarde cuando la *Sociedad Patriótica* se confundió con la *Logia de Lautaro*, uno de sus miembros influyentes. Ligado con San Martín, Alvear y Montegudo en sus relaciones políticas, y unido á don Valentín Gómez y fray Cayetano Rodríguez por la naturaleza de sus estudios filosóficos y literarios, don Vicente López se hallaba asociado en todos los centros donde la idea de la independenciam era motivo de preocupación, ó un tema para sus meditaciones.

Él estudiaba subjetiva y positivamente la marcha de la revolución; consolidábala en su mente; hacía la triunfar en los delirios poéticos del numen; y como si la musa querida de los hijos del Sol encendiera la antorcha de su genio, López soñaba la inmortalidad para su lira, al mismo tiempo que, hombre práctico, veía la brecha desmantelada y la causa de la emancipación comprometida por el error, la intriga y las ambiciones.

Después de los sacudimientos más ó menos enérgicos que agitaron la marcha del gobierno revolucionario, llegó el día fastuoso en que reunidos los representantes de las provincias, instalaron la Soberana Asamblea de 1813.

Fué elegido entonces el doctor López con don Valentín Gómez, D. Hipólito Vieytes y don Julián

Pérez, para representar la Provincia de Buenos-Aires.

En el progreso de sus sesiones, este cuerpo deliberante, encargó á varios de sus miembros y entre ellos á fray Cayetano Rodríguez, poeta dulcísimo, la composición de un himno guerrero destinado á celebrar los triunfos de la revolución. Estaba á punto de aceptarse el trabajo presentado por el vate seráfico, cuando llegó á la asamblea un rumor popular que aplaudía unas estrofas compuestas por el diputado López. Ese pueblo de las plazas que hiciera la revolución de Mayo, sabía ya de memoria y recitaba con entusiasmo aquel sublime esfuerzo de la inspiración: aquel inmenso grito de patriotismo enseñando al mundo las trozadas cadenas de la servidumbre, al león de Castilla rendido, y las palmas de la victoria sobre la frente juvenil de la *nueva y gloriosa nación*.

La Asamblea se constituyó en intérprete de aquella espléndida epopeya del valor argentino; y la obra inmortal del doctor López quedó aclamada *canción nacional*.

La existencia de la Asamblea fué fugaz, y con ella se hundió la política personal del directorio. La revolución de abril de 1815 produjo aquella caída, y la subsiguiente del año 16 llevó á las regiones del poder al general don Antonio G. Balcarce, con el título de Director interino del Estado.

El nuevo electo que conocía las aptitudes y el patriotismo de López, lo nombra su secretario; y el general Pueyrredón, que por el voto del Congreso de Tucumán se recibió de aquel alto puesto el 29 de julio inmediato, al organizar definitivamente su ministerio, le encarga también de la cartera de gobierno y contribuye á establecer sobre bases un tanto seguras, la intermitente acción de los poderes públicos.

Sin embargo, antes de concluir un año, y en el mes de marzo de 1817, renunció aquel destino para aceptar la diputación de su provincia, que lo nombró representante al congreso.

Este cuerpo constituyente que se trasladó á Buenos-Aires después de proclamar la independencia el 9 de Julio de 1816, en la ciudad de San Miguel de Tucumán, gobernado en la capital por pasiones é intereses que menoscababan su libre acción, tuvo que disolverse luego de haber visto insurreccionados los ejércitos de la patria, y vencedora la montonera de los caudillos que hicieron piafar sus potros indomados en la misma plaza de la Victoria.

Rotos los vínculos nacionales, Rivadavia es llamado al ministerio por el general Martín Rodríguez, que obtiene los sufragios para gobernador de la provincia.

Por decreto de 8 de febrero de 1822, el doctor

López queda nombrado catedrático de economía política en la universidad de Buenos-Aires, empleo á que no puede concurrir porque su tiempo era absorbido, casi exclusivamente, en la preparación de los materiales del registro estadístico, que debía empezarse á publicar bien pronto y que duró hasta 1825.

La academia de medicina que se fundó en marzo de 1822, quiso solemnizar el 25 de Mayo de aquel año, con un banquete, que presidiera el ministro Rivadavia, y en el que figuraba también entre los convidados, el doctor López.

Muchos y felices brindis se pronunciaron en aquella fiesta patriótica, y el doctor López fué coronado de aplausos cuando, empinada la copa y radiante la pupila, dijo:

“Por el gran día en que ascendió sobre el horizonte del mundo político, la brillante constelación del Rio de la Plata.”

Los esfuerzos que hacia Buenos-Aires desde 1821 para reunir un Congreso, le contaron siempre por colaborador: él no era ni federal ni unitario; y su papel conspicuo de autor del himno nacional, le prescribía la imparcialidad más acendrada, y para honor de su nombre supo siempre mantenerse en el perfecto equilibrio que le trazaba su propia gloria.

Imposibilitado para gobernar, don Bernardino

Rivadavia que había obtenido la presidencia constitucional de la República, en un país que no quería ser unitario, renuncia las altas funciones de aquella magistratura, y el doctor Vicente López es designado por el congreso para reemplazarle interinamente, en 5 de julio de 1827.

Pero la resistencia que oponían los pueblos á la constitución unitaria, no era cuestión de personas. Los cabildos organizados en provincias no querían perder su autonomía, y de ahí que la constitución del año 26 como su gemela del año 19 fueran sólo un elemento de disolución y el germen más fecundo de la anarquía.

La impotencia de la autoridad nacional llega á su colmo, y la provincia de Buenos-Aires reorganiza de nuevo su gobierno propio, nombrando al coronel Dorrego, figura espectable y el ídolo del partido federal,

Dorrego, á su vez, designa al doctor López para su ministro, bien penetrado de la sabiduría, la independencia y acrisolada rectitud de sus consejos.

No le seguiremos más que hasta aquí en su carrera de servicios y honores recibidos. Su vida entera estuvo consagrada al bien, á la enseñanza, á los negocios públicos. Todas las virtudes tenían asiento en su alma cristiana y resignada: varón de índole suave y generosa, fué querido de todos y de

todos respetado. Jamás se le conocieron enemigos al doctor López; y en muchos corazones, al remover las cenizas de otro tiempo, hemos encontrado altares erigidos á su memoria; pilas donde el fuego de los recuerdos aún no se ha extinguido.

Después de la sombría dictadura que paseara sus alas de plomo sobre el recinto de la patria, aparece fulgurante la luz de la libertad.

Rosas ha caído. Las miradas del vencedor se fijan sobre la única persona que ofrece garantías al orden, á la propiedad y á la vida en medio del caos producido por un sistema que se hunde con todos sus bastardos elementos de sangre y de oprobio.

Don Vicente López es nombrado gobernador provisorio de Buenos-Aires, el 4 de febrero de 1852, hasta tanto se reunía la Legislatura de la provincia.

En ese carácter, concurre, en 31 de mayo, al acuerdo de gobernadores congregados en San Nicolás de los Arroyos, y contribuye á echar los fundamentos de la constitución federal argentina.

Los sucesos que se producen, por las resistencias creadas en Buenos-Aires contra aquel pacto de unión, lo alejan entristecido de sus lares amados; empero, regresa poco después cuando se han serenado las pasiones, y muere en paz el 10 de octubre de 1856. Sus restos son conducidos al cementerio de la Recoleta el domingo 11, aniversario feliz

del día en que el continente de América se reveló á las atónitas miradas de su *segundo Padre*, según la bella expresión del poeta. Sobre su tumba se dijeron por varios señores, sentidas y elocuentes frases; pronunciándose por el doctor Gutiérrez, su discípulo y su amigo, una de las inspiraciones más patéticas con que puede arrullarse el último sueño de un grande hombre.

Buenos Aires, 3 de mayo de 1877.



JOSÉ MÁRMOL

Al poeta Olegario V. Andrade.

La muerte de un hombre que deja en la humanidad la huella de su paso, no importa ese eclipse eterno y sombrío detrás del cual desaparece una existencia.

(B. MITRE.)

Frescas están las adelfas arrojadas sobre el sepulcro de José Mármol, muerto en la mañana del 9 de agosto de 1871.

Hasta hoy ni la crítica analizó prolijamente la herencia de su talento, ni la curiosidad de los escritores hizo diligente examen de su dramático paso por el mundo; y apenas, si se ha publicado alguna página de su vida, es estudiándola en el rol de poeta militante y sin abordar en la esfera de las investigaciones el conjunto moral del individuo.

Tal vez no fuera oportuno hacerlo todavía. Vallas tiene la senda del biógrafo que no impune-

mente han de salvarse, si se quiere respetar el secreto de los vivos, que no debe ser divulgado á pretexto de escribir la historia de los muertos.

La merecida fama literaria que rodea el nombre de Mármol es demasiado extensa y activa para que la muerte apague los resplandores de su aureola, envolviendo en el sudario del olvido el prestigio de sus obras.

Hay glorias á que la posteridad comentadora y fría como un cálculo, no se aproxima; y el tiempo brega impotente para alejar de la conciencia pública los rasgos indelebles de esas figuras culminantes.

En las naturalezas donde el dualismo de lo finito y lo perdurable se consume, la carne precede a se arruina y fallece; empero, el espíritu vaciado en las creaciones del genio sobrevive y se immortaliza en la piedra, en el lienzo y en las armonías del poeta, y su destino es no morir jamás: por eso no ha muerto Fidias, ni el Ticiano, ni morirá el Dante.

*
* *

Don José Mármol, hijo de don Juan Mármol y de doña Josefa Zavaleta, nació en Buenos-Aires el 2 de diciembre de 1818, y educándose en los centros más cultos adquirió fácilmente aquel exquisito y ameno trato que tanto lo distinguía.

Contaba 20 años y era estudiante de derecho en la universidad de esta capital, cuando un día al retirarse del aula fué asaltado por agentes del dictador, en las oficinas del correo, y conducido preso.

Nada se le dijo respecto á la causa de su arresto, y sin procedimiento alguno judicial lo dejaron libre algún tiempo después. Durante su clausura escribió con carbón en las paredes del calabozo, varias estrofas de que se ha conservado la siguiente:

Muestra á mis ojos espantosa muerte,
Mis miembros todos en cadenas pon;
¡Bárbaro! nunca matarás el alma
¡Ni pondrás grillos á mi mente, no!

Luego que dejara aquel encierro se levantó en su memoria, como una amenaza, el recuerdo de sus versos, y temió ser aprisionado culpable, y vuelto al calabozo de donde acababa de salir inocente.

Acalorada su imaginación predispuesta á las emociones fuertes por la delicadeza de su temperamento nervioso, y creyéndose perseguido, se arroja también en la senda trillada por miles de argentinos, que buscando auras de libertad desertaban los hogares de la patria huyendo de los pontones, la *crujía* y el degüello; medios singulares de propaganda con que Rosas trataba de hacer *simpático* su famoso *Sistema americano*.

Por eso toda una generación briosa, juvenil, in-

teligente desfilaba entristecida hacia las playas extranjeras; y Alsina, Frías, Alberdi, Tejedor, Gutiérrez, López eran soldados de la idea que con la pluma ó la espada combatían al déspota desde el destierro.

*
* *

Resuelto á emigrar, en 1840, Mármol se dirige presuroso á Montevideo: ¿qué iba á ser de él en aquella ciudad, destituido de recursos en medio de un pueblo entregado completamente á las resistencias contra la dictadura argentina?

Sin profesión ni oficio de que vivir, tuvo que acercarse á los emigrados que le habían precedido y buscar en ellos la protección que necesitaba.

Tal era la estrechez en que vivía, que casi no concurre al certámen poético de mayo, en 1841, por carecer de vestido conveniente y propio de tan atilada ceremonia.

Sabida esta circunstancia por varios compañeros se consiguió reunir seis onzas de oro que le fueron discretamente ofrecidas, y pudo así presentarse en la fiesta y recoger los elogios tributados á la hermosa poesía que se leyera en la justa literaria.

La corona del triunfo fué discernida al eminente poeta y crítico Juan María Gutiérrez; pero la obra de Mármol arrancó también aplausos calurosos, y muy capaces de poner la simiente de los celos en

el laurel de su amigo, si éste pudiera tenerlos de aquel muchacho que miraba como una esperanza llena de promesas para la literatura de su patria.

Este casi triunfo de Mármol, le hizo avanzar muchos grados en la opinión del pueblo, y se abrieron desde ese día horizontes más límpidos para su porvenir.

Las observaciones del jurado, presidido por el doctor Florencio Varela, las acogió religiosamente, y fiándose menos en su entusiasmo y fértil vena, se dedica á cultivar el arte de la poesía; mas no en los estrechos senderos de Martínez de la Rosa y otros pálidos versificadores que señalan menguados ámbitos para la imaginación, y en cuyos círculos languidece y marchita el más lozano pensamiento, se agota y enerva la inteligencia más gallarda.

Byron era su modelo desde entonces, y Florencio Varela su mentor; si bien no pudo éste lisonjearse de haber moderado siempre aquel impetuoso raudal, que tal fácilmente desbordaba.

Las reglas, las formas, el genio debe darlas y no enredarse en ellas, decía Mármol; y el atrevimiento de sus concepciones, el vuelo impetuoso de sus ideas trazaba nuevas líneas sobre los pesados contornos del arte clásico: vibraban en su lira las armonías de una alma sensible á los encantos de la naturaleza, en cuyo centro había colocado la forma

ideal de la mujer engalanada con los dones de su fantasía.

Mármol atesoraba un corazón sensible, dispuesto para las pasiones del mundo. Así, amó y fué amado con vehemencia; muchas de sus composiciones revelan íntimamente la vida del poeta; sus sueños, sus dolores, sus alegrías; porque todo lo ha cantado; y semejante á un trovador antiguo, las congojas de su pecho las confiaba á su laud.

*
* *

La libertad y el tirano de la patria eran tema constante de los escritos de Mármol. Varias de sus poesías y la preciosa novela de costumbres argentina, *Amalia*, están consagradas á combatir el sistema político y la persona del dictador.

Amalia es un romance que por su plan corresponde á la escuela francesa, y por su objeto es más que libro de costumbres, una obra de crítica destinada al exámen de un período extraordinario en la civilización del Plata.

Mármol escribió dos dramas, *El Poeta* y *El Cruzado*.

De bastante mérito el primero, se representó varias veces; el segundo, excelente por la belleza literaria carece de interés por lo exótico del asunto.

Publicó en 1843 el *Canto á Rosas*, que se estima

como la mejor de sus poesías líricas: si se juzga por la estructura, no es merecedora de tan elevado concepto, pero si se atiende á las ideas, hay que reconocer que pocas veces se han emitido con tanta facilidad, pensamientos más nobles ni pintado con pinceladas más vigorosas la siniestra figura de aquel tirano.

El Peregrino, poema descriptivo y drama en que el mismo poeta es protagonista, bella imitación del *Child Harold*, fué pensado, y escrito su mayor parte, en el viaje que emprendiera su autor, del Janeiro á Chile, á bordo del buque *Rumania*, que no consiguió doblar el cabo, viéndose obligado por los temporales á regresar al punto de salida.

No queriendo renovar tan peligrosa aventura, deja las comodidades que le ofrecía su huesped en la corte imperial, y pasa nuevamente á Montevideo, sitiada á la sazón por las tropas de Oribe: allí presentó á sus amigos los *Cantos del Peregrino*, mereciendo que el doctor Varela le dedicara en las columnas del *Comercio del Plata* un juicio crítico que estableció decididamente la reputación del joven poeta.

El general Pacheco y Obes, nombrado jefe de la plaza en 1846, llamó á Mármol á su lado en la categoría de secretario. Desde aquella fecha se dedica por completo á la literatura y á la propaganda política contra Rosas, empezando á escribir la

Amalia, de que publicó una parte, terminándola en Buenos-Aires después de la caída del tirano.

La batalla de Caseros abrió las puertas de la patria á todos los emigrados argentinos, y Mármol volvió á ella conducido por la mano victoriosa del general Urquiza.

En el destierro contrajo matrimonio con la señorita de Vidal, y ésta que falleció á poco de su venida, le acompañaba al regreso.

Llega á Buenos-Aires apenas derrocada la tiranía, y en marzo de 1852 se le nombra encargado de negocios cerca de los gobiernos de Chile y Bolivia, misión que sus propios asuntos no le permitieron cumplir.

Poco después era electo miembro del Senado de la provincia, donde con Nicolás Calvo, distinguido publicista y tribuno, llevaba la oposición al gobierno de Obligado.

Convencional en 1860, asiste á los debates de la reforma de la constitución entre los primeros oradores del país y descuella por la brillantez de su lenguaje, por la oportunidad de sus réplicas y la profunda convicción de sus ideas políticas.

Denunciado el pacto de noviembre, por las autoridades de Buenos-Aires y rotas las relaciones con el gobierno del Paraná, Mármol se embarcaba en 16 de junio de 1861 en el carácter de ministro confidencial, con el objeto de explorar las opiniones

del gabinete brasileiro, para el caso eventual de que la provincia llevara adelante su propósito de declararse estado independiente.

La victoria de Pavón hizo inútiles los trabajos diplomáticos del enviado porteño, y regresó á la capital para entrar inmediatamente como representante de su provincia en el parlamento argentino.

Á fines de 1865 volvió al Janeiro como enviado extraordinario, con el propósito de arreglar la cuestión de límites, retirándose á los seis meses sin haber conseguido el resultado que se buscaba.

Poco después obtenía la dirección de la biblioteca pública, empleo que con la diputación al Congreso, conservó hasta el fin de sus días.

Mármol se casó en esta ciudad en segundas nupcias con la señorita Amalia Rubio, á quien peridió de *fiebre amarilla*, y á la que se supone consagrada la novela de ese nombre.

Falto de vista en los últimos años de su vida: ciego como Milton y Homero, agobiado por una melancolía inveterada, se reconcentra el poeta en la región ideal de los recuerdos.

*
* *

Como escritor, son variados y numerosos los trabajos que le pertenecen. En 1835 y 36, estando de paseo en la vecina capital, colaboró en *El Estan-*

darle, redactado por Laserre. En 1841 publicó allí mismo el *Album*.

En 1844, viviendo en Janeiro, escribía notables artículos de colaboración en el *Ostensor Brasileiro*. Dió á luz también, en esa corte, la hoja suelta titulada *El Puñal*, predicando qué era acción santa matar á Rosas; y sobre cuyo tema escribió por el mismo tiempo Rivera Indarte, y fué motivo de discusión entre ambos la prioridad de la idea.

Estando ya establecido en Montevideo, publicó en 1847 y 48 *El Conservador*, papel político de circunstancias; y en 1851 y 52 *La Semana*, periódico literario que cesó por la vuelta de Mármol al seno de la patria.

Además de sus *Armonías* y *Dramas*, editados en tres tomos, y de la *Amalia* en ocho volúmenes, publicó la monografía de *Manuela Rosas*, varios folletos políticos y entre éstos el titulado *Navegación de los afluentes del Plata*, que corre anónimo. En 1852 redactó *El Paraná* y en 1855 *El Uruguay*, hojas de actualidad, de no larga duración pero de gran significado en esos momentos.

Mármol, considerado como el más popular de los poetas sud-americanos, tiene entre nosotros una especie de culto. No hay cabeza de 20 años que no lea mil veces sus poesías amorosas; y comparte juntamente con Espronceda el dominio de la juventud.

El medio en que se formara no le permitió completar su educación literaria, ni elevarse demasiado para no depender en sus concepciones de las obras ajenas. No siempre original, pero siempre interesante, derramaba una prodigiosa lozanía en todas las producciones de su pluma. Su prosa, en ocasiones afectada, es correcta, llena de imágenes y poblada de esos prestigios que son del dominio de los que cultivan el arte de la palabra, descuidando muchas veces la propiedad de las locuciones y la solidez del raciocinio.

Así, pues, Mármol está juzgado como poeta lírico de primer orden; buen novelista; escritor público, inteligente y patriota, también tribuno elocuente, de palabra fácil y de dicción castiza. En resumen, es una de las glorias de la literatura nacional, y el conjunto de sus producciones forma un legado de inestimable valor para la historia de las letras argentinas.

Sin embargo, como legislador no ha fundado nada importante; como diplomático no ligó su nombre á ningún pacto notable, y como bibliotecario, su acción no se perpetúa en ninguna útil reforma.

Han escrito en elogio suyo Echeverría, Varela, Alberdi, Guido, Gutiérrez, Domínguez, Mitre, Rivera Indarte, Torres Caicedo y muchos otros literatos de América y de Europa.



JUAN MARTÍN DE PUEYRREDÓN.

Al historiador argentino B. Mitre.

Aquí el bravo Pueyrredón
Lleno de valor se apresta,
Y sin temor de la muerte
Embiste, corre, atropella,
Y un carro de municiones
Hace generosa presa ;
Mátanle el brioso caballo
Pero con gran ligereza
En ancas de otro montando,
Sin daño escapa, ni ofensa.

(RIVAROLA.)

Cuando el biógrafo exhuma de su lecho de polvo los hombres del pasado, y hace surgir de la nada en que yacen sus contornos morales, evocados por el sentimiento de la justicia reparadora, cumple una misión augusta.

Hoy venimos á levantar la losa donde, sobre las cenizas de un campeón ilustre de la independencia, se agruparon sin concierto los elogios y el vitupe-

rio, y á combatir la indiferencia que tan fácilmente se apodera del ánimo, preparando el naufragio de los recuerdos en el torbellino de la vida.

Poco queda ya en la memoria del pueblo, de los viejos patriotas del año diez. Pronto las nuevas generaciones desviadas de su origen por la mezcla de razas distintas en su desarrollo, dejarán de tener veneración por seres que nada dicen á sus recuerdos; ni se anudan en la tradición legendaria de sus abuelos.



El nombre de Pueyrredón está asociado á los hechos más distinguidos de la revolución argentina.

Actor unas veces, en otra colabora ó participa influyendo en los acontecimientos.

Hijo de don Juan Martín Pueyrredón, francés, y de doña Rita Dogan, natural de Buenos-Aires, nació en esta ciudad el 18 de diciembre de 1776.

Independiente por su fortuna, ilustrado por su educación en Europa, donde pasó la primera juventud, la conquista de Buenos-Aires por tropas de S. M. británica en 1806, lo convierte en revolucionario y en soldado.

En el combate de Perdriel cosecha sus primeros laureles, llevando una carga temeraria al centro mismo de las filas inglesas.

Tendido su caballo por una bala de cañón, estaba á punto de perecer, cuando uno de sus jinetes acercando el anca del suyo, recibe al intrépido joven, que de un salto toma la grupa, y desaparecen impávidos.

Así se mostraba en su cuna, brava y gentil, bautizada por el fuego, la después famosa caballería gaucha del Río de la Plata.



El 12 de agosto, día de la reconquista, Pueyrredón se bate en las calles de Buenos-Aires y desemboca el primero en la plaza de la Victoria, seguido de sus valientes húsares, alcanzando á quitar una banderola enemiga, en momentos de correr al Fuerte Berresford y los suyos.

La influencia europea que simbolizaba Liniers en ese combate brazo á brazo, se encontró á un mismo nivel con la influencia criolla encarnada en Pueyrredón.

El cabildo premió la conducta de este último con un escudo de honor, enviándolo en seguida como su diputado á la corte de Madrid. En tal carácter hizo inútiles reclamaciones para mejorar la condición de sus paisanos de América, sin obtener otra cosa que la confirmación de Liniers en el mando y la célebre respuesta del ministro Caballero, *de que*

*Buenos-Aires tenía bastante con la minería, la pastora-
ría y la teología.*

Invadida la España, en 1808, por el ejército de Bonaparte, el enviado porteño vuela con peligro de su existencia hacia su patria; mas, antes de conseguirlo, es capturado en Montevideo y remitido á Madrid por el gobernador Elio. Se escapa en el Brasil y parte directamente á Buenos-Aires, donde llega á principios del año nueve.

Afiliado con los patriotas que trabajaban en favor de la independencia, se hace sospechoso, y un emisario del virrey Cisneros lo prende y encierra en el cuartel de patricios.

Su remisión á España estaba resuelta por aquel funcionario, cuando debió su inesperada fuga á los auxilios de Orma, Belgrano y Rodríguez Peña. Un buque preparado por estos últimos lo condujo al Janeiro, llevando cartas é instrucciones para tratar de la emancipación, con la princesa Carlota, esposa de don Juan VI.

Reclamada su persona en esa corte por el representante español, encuentra resistencia en el monarca á condición de que el joven patricio, poniéndose á la cabeza de doce mil portugueses, se presente cual otro Coriolano á las puertas de su patria.

Una negativa categórica defrauda las intenciones del rey, y se convierte en desconfianza la benevolencia que le dispensaba.

Este cambio le hace dudar de su seguridad, y resuelve alejarse prontamente.

Las cartas de Buenos-Aires le daban cuenta, al mismo tiempo, de los preparativos que se hacían contra Cisneros.

Juzgando maduro el proyecto, se embarca secretamente á fines de mayo de 1810, y toma tierra el 9 de junio siguiente, en la costa sud de la provincia.

Allí fué sorprendido, nos dice él mismo, con la nueva de la instalación del primer gobierno patrio. ¡Que calcule su jubilo ante aquella noticia, el que sea capaz de figurarse lo amargo de sus fatigas en pro de tan solemne acontecimiento!

*
* *

Pueyrredón llega á Buenos-Aires y encuentra el problema resuelto. Aunque no tomara parte directa en el establecimiento de la nueva autoridad, su cooperación había sido eficaz por la insistencia con que en el año nueve sostuvo la necesidad de comprometer los pueblos en el proyecto que se meditaba; porque, á su juicio, sin esa base todo plan revolucionario sería infructuoso.

Las provincias, tocadas por emisarios fieles, respondieron satisfactoriamente, y una vibración unisona se sintió al primer estallido del sentimiento liberal contra el despotismo.



Á los pocos días de su arribo, Pueyrredón pasa á encargarse del gobierno de Córdoba, pero no bien se ha instalado, la Junta lo destina á la presidencia de Charcas.

El desastre de las legiones de Huaqui, el 20 de junio de 1811, entrega la hermosa región del Alto-Perú á la saña del vencedor. Los caudales depositados en la casa de moneda de Potosí, habrían sido el mejor trofeo de Goyeneche, si el intrépido presidente de Charcas no se apodera de aquellos valores y los salva conduciéndolos á Tucumán, después de sostener con la escasa tropa que le acompañaba, reñidos combates en los desfiladeros del tránsito, ocupados por el enemigo.

Este suceso, donde tanto brilla el atrevimiento como el patriotismo, le merecen del gobierno, con los más cumplidos elogios, el nombramiento de general en jefe de las reliquias del ejército del Perú.

Sin comprometer acción formal, mientras llegan refuerzos, entretiene á Goyeneche iniciando una correspondencia sobre los sucesos en que son actores.

El 27 de marzo de 1812, el general Belgrano, nombrado para reemplazarlo, se recibe del ejército en

la provincia de Salta, y Pueyrredón emprende viaje á la capital, donde le espera un asiento en el triunvirato, para el que fué unánimemente nombrado por la asamblea reunida en Buenos-Aires el 4 de abril.

Durante su preseneia en el gobierno tiene lugar la conjuración de Álzaga, en que se mostró débil, mientras Rivadavia hacía estremecer el país con sus ejecuciones. Esta flojedad de Pueyrredón le enajenó las simpatías del partido exaltado, y la revolución de 8 de octubre siguiente lo alejó de los negocios públicos hasta 1815.



Reunido el Congreso de Tucumán en este año, Pueyrredón era nombrado director supremo de las Provincias Unidas, al mismo tiempo que se le extendía el despacho de general. Se pone en marcha; sociega á su paso los desórdenes de Salta, conferencia en Córdoba con el general San Martín, quedando resuelta la expedición á Chile, y llega á Buenos-Aires el 29 de julio, donde se le recibe en medio de las manifestaciones públicas más ardorosas.

Su arribo parecía consumir el grandioso acontecimiento de la independencía: el pueblo corría á su encuentro, como en los tiempos de la opulenta

Roma, para llenar de flores el camino del triunfador.

Se hallaba entonces en la plenitud de la vida. Pronto tendría 40 años: hermoso de rostro, de gallarda figura, de trato y de instrucción no vulgar; avezado á las prácticas del gobierno, y con marcadas inclinaciones al absolutismo, Pueyrredón venía á fijar en el poder la estampa vigorosa de su personalidad.

Rodeado de enemigos por todas partes, tenía que contemporizar con la estrafalaria política del Congreso, que iniciaba la restauración de los Incas, y con el cabildo de Buenos-Aires, que se hacía eco de tales delirios; al mismo tiempo que San Martín pedía armas y dinero para su empresa; que los portugueses se apoderaban de la provincia oriental; que el intrigante José Miguel Carrera pretendía dirigirse á Chile para disputar el mando á los reconquistadores, y que un partido de oposición, titulado federal, le combatía en los clubs y en la prensa.

Pueyrredón no se arredra por tanto embate; aborda resuelto los escollos y los deshace con audacia.

En tal situación se vé obligado á desplegar una política ambigua en las exterioridades, pero llena de nervio en el proceso. Mediante su concurso, San Martín triunfa en Chile; por sus indicaciones, el

Congreso abandona el plan de restauración; empero, los portugueses se han hecho dueños de una provincia hermana, y la oposición le abrumba con sus ataques. Su primer acto de absolutismo recae sobre el coronel Dorrego, á quien deporta en noviembre de 1816. En febrero del año siguiente, un grupo de argentinos salía desterrado para Norte-América, sin que hubieran sido previamente sometidos á juicio.

Ante estos actos, la opinión se le torna desfavorable: el Congreso llamado á Buenos-Aires se empeña en sostenerlo dándole el apoyo de una constitución que sanciona en 1819, estableciendo el sistema unitario; mas, nada basta ya á detener el movimiento reaccionario que de todos los ángulos de la República se pronuncia contra el Directorio. Pueyrredón desciende no sin brillo, pues le ha cabido la suerte de ligar su nombre á la erección de los primeros establecimientos científicos de que se honrará siempre Buenos-Aires.

No obstante, los misterios de su política han deslizado la duda en el ánimo de los escritores, y la pureza de sus actos flota aún en los ardientes espacios de la controversia. Empero la injusticia que se cierne sobre su memoria debe tener un límite, cuando nada se ha probado; y si su administración puso diques á la monarquía por medios abusivos, reprochemos sus violencias, pero no sus in-

tenciones. Él amaba la patria, y por servirla mejor, deja en problema su gloria personal, entregándose desarmado á la censura de sus enemigos.

Su gobierno despertó en Europa la más viva curiosidad, y los primeros estadistas y pensadores del Viejo Mundo consagraron páginas elocuentes al período brillante que cruzaban estas comarcas después de declarada la independencia.



Pueyrredón baja del poder cuando ha sentido crugir las mal unidas tablas del pavimento político. La constitución dictada por el Congreso subleva los ejércitos de la patria en Arequito y San Juan, y la marcha tortuosa de aquel cuerpo que medita en el sigilo fundar la monarquía en el Plata, conmueve la montonera bravía de los caudillos pastores, que cabalgando con sus lanzas desde el fondo de las selvas, vienen como el rey de los Hunos á pisotear el solio de las leyes.

Después de la retirada de Pueyrredón, en junio del año 19, todo se hunde en el caos del año 20, y él toma la senda del destierro. Desde entonces su figura colosal se achica, y del soberbio político y atrevido conspirador sólo queda el ciudadano, el perfecto caballero y el amigo generoso.

Reaparece en la escena diez años más tarde, for-

mando parte del consejo de gobierno, en la administración que sucedió á la muerte de Dorrego. Algún tiempo después se dirigió á Europa con el objeto de educar á su hijo. Regresó en 1850, y su muerte tuvo lugar el 14 de marzo del mismo año, en su chacra de San Isidro.

Rosas era su enemigo y no consintió se le hicieran las exequias debidas á su rango.



La época en que figuró Pueyrredón era de lucha y turbulencia, y en esas épocas los hombres se gastan con facilidad. En pos de él hemos visto fracasar, postrado por los mismos elementos, á Rivadavia : víctimas ambos de una democracia ingobernable, que sedienta de una franca independencia, rechazaba toda centralización y la combatía sin tregua.

Pero siempre los argentinos reconocerán con orgullo sus nobles servicios ; y si no fué gran general, ni consumado político, bajo su administración se conquistaron los más hermosos laureles que ostenta la corona de la patria. Chacabuco y Maipo fueron también glorias suyas, y la placa de la *Legión de mérito* de Chile brillaba sobre su pecho.

Por eso dijo con mucha oportunidad el anotador de LA LIRA ARGENTINA, refiriéndose á Pueyrredón : “ el gobierno que inventa los recursos, y elige y sostiene á los generales, se baña en el esplendor de las victorias ”.



SAN MARTÍN

APOTEOSIS

El 25 de febrero de 1878 se cumplieron cien años del día feliz en que viniera al mundo don José de San Martín. Este hombre ilustre cuyos destinos debían ser tan gloriosos en la redención del pueblo americano, nació en Yapeyú, una de las misiones argentinas del alto Uruguay. El calor de los trópicos tostó su cara y fecundó su corazón el sentimiento de la patria.

Conducido á Europa por sus padres, de edad de ocho años, estudia en el colegio de nobles de Madrid, y á los 14 sale ya destinado para el ejército. Durante 18 años lidia gloriosamente contra las aguerridas tropas del emperador de los franceses. — Después que ha consagrado tan largo tiempo á defender el pabellón de sus mayores, quiere dedi-

car su existencia á la emancipación de la América del Sur, y dejando el servicio de España se dirige á Londres, donde se pone en contacto con otros jóvenes americanos que como él sienten bullir en su cerebro las ideas de independencia.

En los primeros días del año 1812, toda aquella valiente juventud que se congrega en la capital de Inglaterra á la sombra del veterano Miranda, se esparcía en el mar buscando la dirección de sus respectivas colonias. San Martín, acompañado de Alvear, de Zapiola y otros, arribó á la ciudad de Buenos-Aires el 9 de marzo de aquel año, á bordo del buque inglés *Jorge Canning*.

La revolución de Mayo que había quemado sus naves en Cabeza de Tigre, poniendo un dique de sangre entre el despotismo y la libertad, había también perdido en Mariano Moreno la primera inteligencia que guiara aquel célebre movimiento.

Un gobierno sin cohesión, sin ideas, había sucedido á la primera Junta revolucionaria. Alterado el orden en los negocios, todo flotaba en la anarquía más turbulenta, presagiando la ruina y el deshonor para los insurrectos, cuando la presencia de San Martín y sus compañeros vino á dar tono al espíritu amortiguado de la independencia.

Lo primero que trató á su llegada fué el establecimiento de una logia política destinada á llevar á término los propósitos liberales, consumando

cuanto antes los proyectos de independencia que á todos preocupaba, pero que ninguno era capaz de dirigir.

Allí se reunió lo más distinguido de la sociedad, y el pensamiento revolucionario difundido por la elocuente palabra de Monteagudo, que conmovía la multitud; hacía descender el 8 de octubre á los hombres del gobierno, para entregar los destinos de la revolución á ciudadanos de otro temple y otra energía.

El plan de San Martín era vasto y encerraba en sus detalles la emancipación de tres soberanías: Chile, las Provincias Unidas y el Perú.

Para tan inmenso proyecto, débiles eran los recursos que á su alcance presentaba la situación, y, en fuerza material, sólo era dueño de algunos reclutas llegados de Mendoza para servir de base al regimiento de granaderos á caballo.

Con esta pequeña fuerza es destacado por el gobierno, en observación de las costas del Paraná, donde merodeaba la escuadrilla española. No bien ha recogido los laureles de esta primera campaña batiendo al enemigo en San Lorenzo, la urgencia de la situación en el alto Perú, donde el desastre de Ayouma ha envuelto en crespones la bandera de Belgrano, lo fuerzan á dirigirse presuroso para encargarse del ejército del Norte, puesto por las autoridades bajo la protección de su espada.

En la posta Yatasto, abraza á Belgrano y se recibe del ejército.

Desde ese momento los destinos de la revolución, en su parte más importante, quedaron bajo la responsabilidad del nuevo jefe. Consagrado San Martín á la reorganización de aquellas quebrantadas huestes, se reconcentra en Tucumán: desde allí al mismo tiempo que moraliza el soldado é instruye al oficial en el secreto de la guerra, practica prolijos reconocimientos en las sierras del Alto Perú, y se convence, que no es aquella la vía por donde sus corceles de batalla han de ir á abreviar en las aguas del Rimac.

Chile, que amenaza caer nuevamente en poder de la España, por la guerra civil que devora á sus hijos más ilustres, le avisa que al pie de la cordillera dond  debe velar el soldado argentino, ora para repeler una agresión del enemigo por aquel lado, ora para volar presuroso á su defensa. Nombrado gobernador intendente de Mendoza á mediados del año 14, su previsión no tardó en verse cumplida, y en el mes de octubre siguiente los patriotas chilenos, derrotados en Rancagua por los españoles, bajaban la vertiente oriental de los Andes y se acogían á su benevolencia.

Sometido nuevamente el suelo de Arauco, el círculo de la revolución se deprimía, y encerrado entre los Andes chilenos y peruanos el pensamiento

de Mayo, necesitaba retemplarse como el gigante hijo de la tierra, para con nuevos bríos llevar la espada victoriosa hasta la ciudad de los Reyes. La grandeza moral de San Martín se refleja como una aureola en la sublime concepción, en el audaz proyecto que en la soledad del gabinete concibe y á la luz esplendente de los cielos ejecuta. Para apreciar la importancia de la expedición que meditaba al través de la cordillera, es preciso tener en cuenta la situación difícil del país. Montevideo arrebatado á los españoles habían caído en poder de Artigas que dominaba también las provincias de Corrientes, Entre-Ríos y Santa-Fe. El Paraguay hostile é independiente, Salta y los pueblos del alto Perú en poder de los ejércitos enemigos. El virreinato de Lima intacto, y la presidencia de Chile bajo el dominio del orgulloso Marcó.

Buenos-Aires entregado á las facciones no gozaba una hora de reposo, y perdido de vista el interés de la independencia, puede decirse que todo era favorable á España, en los momentos que San Martín congregaba en cabildo abierto á los ciudadanos de Mendoza, y con la elocuencia viril del patricio y del soldado hacía un llamamiento en favor de la causa americana.

Si la provincia de Tucumán organizó en 1812 los bravos escuadrones de gauchos que aseguraron el triunfo de las armas argentinas, la provincia de

Cuyo, apiadada de las tribulaciones de la patria, le brindó á San Martín sus tesoros, reunió sus valientes milicianos y convertidos caballos, mulas y metales en artículos de guerra, bien pronto un cuadro de tres mil hombres se ofreció al director Pueyrredón como base del futuro ejército de los Andes.

En aquel campo de instrucción situado cerca de la capital de Cuyo se reveló más que en otra parte el genio organizador y la facultad creadora de San Martín.

Allí se fundieron cañones bajo su diestra dirección, y las espadas de la mayor parte de los oficiales forjolas el poeta Luca.

Mientras se avituallaba, y la misma tropa construía su armamento y equipo, las ilustres mendocinas recamaban de oro y piedras el sol de la bandera patria destinada á flamear triunfante en la cuesta de Chacabuco.

Cuando se supo en Europa la homérica hazaña de San Martín, y la prensa divulgó que al frente de 5000 soldados había cruzado los Andes con artillería y bagajes, con un tren de guerra completo para asegurar el éxito de la empresa, se dijo que Napoleón tenía un émulo en el Nuevo mundo; y que Aníbal, inmortalizado en la historia por su paso de los Alpes no era el solo digno de la trompa épica.

No con más terror vió el Senado de Roma acercarse al vencedor de Cannas, que las autoridades españolas de la capital de Chile al vencedor de Chacabuco.

Aquel triunfo obtenido el 12 de febrero de 1817, le entregó la capital sin resistencia, y después de aquella jornada pudo exclamar alborozado: *¡ya es libre Chile!* La nueva nación organiza sus poderes públicos en medio de los más plácidos transportes: empero, la causa española reacciona, y un fuerte ejército al mando de los generales Osorio y Ordóñez es encargado de tomar la revancha.

Una dura prueba debía aquilatar aún el acerado temple de San Martín. En la noche del 19 de marzo de 1818, su ejército es sorprendido en Cancha-Rayada, y en medio del horror de las tinieblas, acuchillado y envuelto por el enemigo. Sin la sólida organización de sus valientes, todo habría concluido para la patria en aquella triste noche; mas, la moral, la disciplina y el denuedo hicieron menos penoso el descalabro.

Escaso fué y bien negativo el fruto que el español alcanzara en aquel suceso. Apenas eran pasados quince días, y ya las armas patriotas se coronaban con los lauros de la victoria, sobre las verdes llanuras de Maipo.

Libre y en vía de constituirse Chile, las miradas

de aquel genio rival de los cóndores que volaban amedrentados á su paso, se dilatan sobre las quietas olas del mar Pacífico, buscando un punto en el horizonte: ¡Lima! — Allí, detrás de esa cortina de nieblas, estaba la ciudad opulenta y un pueblo que le llamaba.

La guerra civil de su país entorpece y casi arruina todos los proyectos del libertador de Chile. Allanadas las dificultades y convenida finalmente la expedición se hace á la vela del puerto de Valparaíso el 20 de agosto de 1820, y va á desembarcar con sus tropas en las arenosas playas de Pisco. Subleva las poblaciones hasta el corazón del Perú, y una división del ejército á las órdenes del bravo general Arenales triunfa en el cerro de Pasco, en tanto que San Martín electrizando la población limeña por medio de proclamas, desbarata la *omnipotente* autoridad del virrey, haciéndose entregar la plaza sin disparar un cañonazo.

¡Ya está en Lima! El estandarte de Pizarro cae en sus manos y aquel símbolo de la conquista es el trofeo mas clásico de la misión redentora de San Martín.

Cortejado por la fortuna, hizo las dos campañas más célebres por sus grandes resultados. Chile y el Perú le deben su libertad. Sin embargo, no le fué dado consagrarse á radicar las instituciones liberales en esos pueblos.

La emulación de la gloria arrojó á su paso el águila altanera de Colombia: ¡ Bolívar! — Bolívar que creía se le usurpaba un derecho, cuando otro guerrero triunfaba de los españoles. Bolívar, que hallaba estrecho el ámbito de la América para que resonara el ruido de sus victorias, le dijo un día en Guayaquil: ¡ Los dos no cabemos en América! — Sí, le contestó San Martín, cabemos si nos colocamos bien: sea usted primero, general Bolívar, yo seré el segundo. — ¡ Quiero ser sólo! repuso el orgulloso colombiano. — Bien, sea, dijo el héroe argentino, jamás me ocupé de mi mismo: he luchado por la independenciam de América y he vencido hasta aquí; concluya usted la jugada, yo me voy.

San Martín reúne el Congreso peruano, y renunciando el alto puesto de Protector Supremo, sin decir una palabra á sus amigos, se aleja para siempre de las costas del Perú.

La envidia y la calumnia se apoderaron de la página de oro en que la musa de la historia escribió sus hazañas.

Á la austeridad de su carácter se le llamó hipocresía; á la grandiosidad de sus proyectos, dirección extraña de hombres medianos; á sus victorias sucesos casuales sin ningún mérito militar; á las instituciones con que preparaba la instalación de los gobiernos libres, rasgos de despotismo y pro-

pensión a la tiranía. Él despreció la envidia y guardó el más noble silencio ante la calumnia.

El juicio imparcial de la posteridad le ha vengado. San Martín es una gloria de América, en tanto que sus enemigos son apenas el polvo que se deposita al pie de sus estatuas.

San Martín no es ya un hombre, un militar, un político. Es el mesías de la libertad. Consagrado a una idea, la propagaba por la palabra en los clubs y en los parlamentos, y por la espada en los campos de batalla, y cuando el éxito corona sus desvelos deja las nacionalidades que emancipa, libres de la peligrosa influencia de un militar afortunado.

Los pueblos que saben honrar los varones esclarecidos no han degenerado. La virilidad de las naciones tienen su barómetro en el entusiasmo con que los ciudadanos se consagran al culto de los héroes.



EL CORONEL DORREGO

(1828, 13 de Diciembre, 1878)

ANIVERSARIO 5º DE SU MUERTE

Nació el coronel don Manuel Dorrego en Buenos-Aires, el 11 de Junio de 1787, y corrió su niñez en la molicie de la existencia colonial, educándose en el colegio de San Carlos, donde sus recomendables aptitudes revelaron pronto su inteligencia, siendo elegido, al terminar sus estudios de humanidades, para defender conclusiones de filosofía; encargo que siempre se daba en aquellas aulas al joven más distinguido.

Dedicado á la carrera del foro, y no teniendo haberes que le permitieran sostener dignamente el tren estudiantil que se ostentaba en la Universidad de Chuquisaca, se dirigió á la más modesta de

Santiago de Chile, para doctorarse, efectuando su viaje a principios de 1809.

Bien pronto los acontecimientos políticos que convulsionaron la América española, debían interrumpir las tareas preparatorias del joven Dorrego; y electrizado, seducido por el sentimiento de la independencia, buscó en una escena diferente los secretos de su fuerza y los recursos del genio, para contribuir á la libertad de su patria.

La noticia de la revolución operada el 25 de mayo de 1810 en la capital del virreinato del Río de la Plata, desarrolló en Chile el germen latente de independencia. El emisario don Gregorio Gómez, enviado en junio por la Junta revolucionaria, encontró bien dispuesto el partido patriota y muy rebajada la autoridad del presidente Carrasco. Algunas prisiones arbitrarias cometidas por este gobernante dieron pie para subrogarle el mando el 11 de julio, corriendo el país una suerte indecisa, hasta el 18 de septiembre en que se estableció decididamente el gobierno patrio.

Dorrego había sido uno de los más activos revolucionarios, y con el brío de la juventud y la impetuosa energía del que no medita las consecuencias, se hizo admirar por su bizarra conducta; y la primera sangre española que tiñó el suelo de Arauco, en el periodo revolucionario, fué vertida por la espada de aquel estudiante.

Tan señalados servicios no debían quedar sin un galardón que dignificando el esfuerzo, fuera recompensa del patriotismo.

Así es que la primera asamblea congregada en aquel país, le condecoró con escudo especial, cuyo lema es:

CHILE, Á SU PRIMER DEFENSOR

Cortada su carrera de abogado, se dedica enteramente á la de las armas. Decidido sin vacilación por la causa americana no descansa un instante. Encargado por el gobierno de Chile, que ha contribuido á fundar, pasa la cordillera de los Andes, al frente de un cuerpo de tropas auxiliares, enviado por aquel país amigo, para engrosar las filas del ejército que operaba en el alto Perú.

Concluida esta comisión, regresa á Chile, donde nuevos servicios prestados al gobierno le hacen acreedor á las más señaladas distinciones.

Al promediar el año de 1811, Dorrego vuelve á Buenos-Aires, y en el mes de Agosto se dirige á la provincia de Salta, acompañando al presidente Saavedra.

Desterrado éste á Mendoza, Dorrego se incorpora al coronel Pueyrredón, que había tomado el

mando del ejército del Perú, después del desastre de Huaqui,

En la batalla de Tucumán, en cuya vega pintoresca se jugó el porvenir de la revolución argentina — 24 de septiembre de 1812 — Dorrego mandaba la reserva y el glorioso triunfo de las armas de la patria es atribuido en mucha parte, por el mismo general en jefe á la bravura y la inteligencia de aquél.

En la jornada de Salta — 20 de febrero de 1813, — no es menos arrogante ni menos real su denuedo; y en la serie de combates que contuvieron la agresión y postraron la resistencia española en los ásperos desfiladeros de la región andina, el puesto de mayor peligro era siempre el suyo; por eso los laureles de vencedor recibieron muchas veces el rocío generoso de su sangre.

La ausencia de Dorrego, en los días de batalla, era pronóstico desgraciado. Así, aseguraba el noble Belgrano que los desastres de Vilcapujio y Ayouma habrían sido tal vez victorias, si aquel denodado jefe se hubiera encontrado en el ejército. Desgraciadamente, Dorrego se hallaba entonces confinado en Jujuy por ocurrencias de un duelo entre dos oficiales.

Cuando el general San Martín se recibió del ejército del Norte, Dorrego, por causas que ignoraba él mismo, fué desterrado de la provincia de Santiago del Estero.

El vencedor en San Lorenzo no consentía émulos á su lado, y Dorrego, orgulloso de su mérito, con una foja de servicios tallada en su propio busto por las bayonetas enemigas, no era extraño que dejase conocer su importancia y aspiraciones, y que no del todo se amoldase al rol pasivo del campo de instrucción, establecido por San Martín en Tucumán.

Á solicitud del mismo San Martín, el Director Posadas llamó á Dorrego, mandándole á servir en el ejército que, á las órdenes del General Alvear, ocupaba la plaza de Montevideo.

Artigas y sus tenientes Vera, Otórguez y Rivera habían levantado el pendón de la guerra civil y desobedecían á la central autoridad de Buenos-Aires. Después de repetidas conferencias para armonizar los intereses públicos de aquella provincia, Alvear resolvió concluir por las armas, lo que pacíficamente no era posible.

Al finalizar el mes de septiembre de 1814 se embarcó ostensiblemente para Buenos-Aires, con varios cuerpos de tropa dirigiéndose á la Colonia, en tanto que Dorrego salía combinadamente de Montevideo, mandando una columna de 600 hombres.

La guerra entre los soldados del gobierno y los grupos colectivos de la montonera, se encendió vigorosa aunque con las alternativas propias de la escasez de medios con que se peleaba.

El 6 de octubre el coronel Dorrego batió completamente, apoderándose de todo su tren de guerra, al célebre Otórguez, que corrió á refugiarse en territorio brasileiro.

Después de varios contrastes, Artigas puso al mando de Rivera sus mejores elementos, y, encontrándose con las tropas del gobierno, el 10 de enero de 1815, en la costa del arroyo Guayabo, se dió una batalla campal, que duró más de cuatro horas, peleando con igual bravura los dos ejércitos. Habiendo sido funesto el resultado para las armas legales, Dorrego, que mandaba en jefe, se retiró deshecho hasta el arroyo de la China, quedando desde entonces la provincia oriental entregada á la influencia de Artigas.

En seguida de estos sucesos, Dorrego pasa al ejército de observación situado en la frontera de Santa-Fe; y al recibirse el general Pueyrredón de la silla directorial, el 29 de julio de 1816, se hallaba en aquel punto, al frente del batallón número 8.

Los sucesos desarrollados vertiginosamente en el torbellino revolucionario, habían cambiado del todo la faz externa de los negocios. Con la proclamación de la independencia, se acentuaron los partidos locales; y con el triunfo de Artigas y el aislamiento á que llevó su provincia, se produjo el escándalo de la invasión portuguesa, que llegó á ocu-

par tranquilamente la ciudad de Montevideo y parte de su campaña.

Dorrego se afilió en la oposición que combatía la política centralista del Directorio; y habiendo publicado algunos escritos, atacando la actitud del gobierno en presencia de la agresión de los portugueses, fué deportado el 17 de noviembre de 1816, de la manera más irregular y violenta, á la insalubre colonia de Haití.

Son increíbles las penurias á que se vió expuesto aquel valiente oficial, en tanto no le fué posible dirigirse á los Estados-Unidos. Allí publicó, en dos cartas notables la historia de los sucesos relativos á su deportación; manteniéndose alejado de su patria, hasta el mes de abril de 1820, en que regresó á Buenos-Aires.

El gobierno de Sarratea rehabilitó al coronel Dorrego en su rango, y bien pronto los sucesos lo llevaron á las regiones del poder.

La época de su vuelta al suelo natal, era la más extraordinaria que había cruzado el país desde su emancipación. La anarquía, el desorden, la disgregación de todos los resortes que armonizaban el gobierno de las Provincias Unidas, presentaban su turbulenta y brava semblanza en todos los centros y en todas las esferas de la actividad política.

Los caudillos José Miguel Carrera, Estanislao López y otros aventureros políticos, después de

batir, el 28 de junio de 1820, en la Cañada de la Cruz al gobernador Soler, se habían agrupado sobre la ciudad de Buenos-Aires, con las intenciones más perversas y criminales.

En esta situación, el coronel Dorrego es nombrado gobernador interino de la provincia, y emprende una activa persecución contra los montoneros. El 2 de agosto, los alcanza y derrota en las inmediaciones de San Nicolás de los Arroyos; continúa la persecución, y diez días más tarde obtiene un segundo y completo triunfo en la margen del arroyo Pavón, dentro ya del territorio santafesino.

La capital respira, la campaña assolada por las depredaciones del caudillaje reacciona; y cuando toda la provincia se prestaba para confirmar en su puesto de gobernador al coronel Dorrego, un contraste sufrido no lejos del lugar de su reciente triunfo, le enajena los votos de los representantes, y el brigadier Rodríguez recibe los sufragios para aquel puesto.

Dorrego acata y sostiene la nueva autoridad, contribuye á la paz, que se firma con el gobernador de Santa-Fe, y regresa á Buenos-Aires.

El gobierno de Martín Rodríguez fué impopular en sus principios, y la influencia de Dorrego, á cuyo rededor se agrupaban los descontentos, tenía en zozobra al poder; así se resolvió desterrarlo por seis meses; no por algún crimen ó falta grave co-

metida; era simplemente sacrificado á la tranquilidad de los que mandaban.

Obligado á cumplir la orden de destierro, partió para las provincias de Cuyo el 1º de marzo de 1821, y desde entonces su acción se ejercita en disponer el espíritu de los hombres instruidos del interior, en pró del sistema federal.

Miembro del congreso constituyente de 1826, combate con lucidez y energía la tendencia del gabinete argentino en favor del unitarismo. Rivadavia es el grande obstáculo que se opone á la corriente impetuosa de su propaganda, sostenida con igual vigor en la prensa que en el parlamento.

Dorrego lucha, se multiplica, ataca y se defiende; se inclina para pedir un voto al que vacila en sus opiniones, ó se levanta imponente, asombrando al congreso y al país con sus apóstrofes al ministerio. Con sus terribles filípicas anonada á sus contrarios, que se retuercen impotentes bajo los fulminantes rayos de su elocuencia; empero, todo aquel sublime esfuerzo, todas aquellas brillantes ideas, se deshacen al fin aplastadas por la mayoría inconsciente que acaudilla Rivadavia.

Se dió la constitución unitaria en 1826, y las provincias donde el espíritu de Dorrego medraba, la rechazaron tan pronto como fué sometida al examen de los poderes locales.

La resistencia que opusieron los pueblos á la

Constitución, no le permitió á Rivadavia consolidarse en el gobierno; y no habiendo tenido la suficiente habilidad para sacar todas las ventajas que la victoria de Ituzaingó prometía, hizo renuncia del puesto, sucediéndole interinamente el doctor don Vicente López, el 7 de julio de 1827.

El desquicio del año 20, fruto de la constitución unitaria del año 19, se reprodujo en las provincias; y habiendo caducado de hecho la de 1826, terminó la presidencia de López el 12 de agosto de 1827.

Á causa de aquel acontecimiento, el coronel Dorrego fué nombrado gobernador de la provincia de Buenos-Aires, investido con todas las facultades nacionales, por delegación de las provincias. Él subió al poder animado de los mejores deseos de paz con el Brasil, y al mismo tiempo, resuelto á continuar la guerra. Uno de los primeros actos de su gobierno, fué celebrar un tratado secreto, con un comisionado especial de las tropas alemanas al servicio del Brasil y acantonadas en Santa-Catalina, para que, sublevadas éstas, proclamasen la independencia de aquella provincia, bajo la protección del gobierno argentino.

Este convenio, fechado el 3 de noviembre de 1827, se suscribió por el gobernador Dorrego, su ministro de guerra Balcarce, y el comisionado F. Bauer; quedando sin efecto por los tratados de paz iniciados con mejor suceso que Rivadavia, y can-

jeados en Montevideo, el 4 de octubre de 1828.

Con dolor nos acercamos al momento terrible en que el benemérito Dorrego, sucumbe en la flor de la vida y en el goce de los más altos honores, sacrificado á los mezquinos intereses de una política personal.

Firmada la paz con el Brasil, las tropas argentinas regresaron al suelo de la patria. Los jefes que mandaban aquellas divisiones eran en parte adictos al gobierno de Rivadaria y enemigos de Dorrego. El plan de establecer el ascendiente de las ideas unitarias, se había urdido por algunos de ellos, especialmente entre Paz y Lavalle.

El primero debía dirigirse á las provincias, para hacer una corrida de caudillos, y el segundo, cambiaría la situación de la provincia de Buenos-Aires, derrocando á su gobernador. El motín militar del 1º de diciembre fué la explosión de aquel complot. Lavalle, al frente de su división, se presentó en la plaza de la Victoria declarando fenecida la primera autoridad del país. Dorrego, á quien no habrían faltado elementos para resistir, no quiso ensangrentar la ciudad con un choque, y se retiró á la campaña. Allí reunió una masa considerable de milicias, pero antes que pudiera organizarlas, Lavalle al frente de la tropa de línea, lo alcanzó el día 9 en las cercanías del pueblo de Navarro, batiéndolo completamente.

Dorrego salvó ileso de aquel desastre, mas, rebelado contra su autoridad el jefe de una división, que creía serle fiel fué preso y entregado como un criminal á la malevolencia de su terrible competidor.

El 13 de diciembre llegó al campo de Lavalle, que no se había movido de Navarro, y éste le hizo intimar en el acto de su llegada, que se preparase para morir.

Una hora se le concedió para disponerse, escribiendo en tan estrecho plazo muchas y sentidas cartas á su familia y amigos, mostrando en todo este trance la firmeza del héroe y la serenidad del justo.

Así pasó á la posteridad aquel apóstol de los buenos principios, aquella víctima inocente del furor irreflexible de los partidos.

La hora de la reparación póstuma ha empezado para el ilustre coronel Dorrego; y al consagrar á su memoria este breve ensayo de su vida, arrimamos nuestro grano de arena al pedestal de su fama.

13 de diciembre de 1878.



EL GENERAL PAZ

BOCETO BIOGRÁFICO

Este benemérito argentino nació en la ciudad de Córdoba el 9 de septiembre de 1791. Fueron sus padres don José Paz, natural de Buenos-Aires, y doña Tiburcia Haedo, hija de aquel pueblo.

Cursaba tercer año de jurisprudencia el joven José María, que aún no tenía cumplidos diez y nueve de edad, cuando estalló la revolución de Mayo en la capital del virreinato. Córdoba fué el foco de la reacción española iniciada por Allende, Concha y Liniers; y por esta reacción que paralizaba el espíritu patriótico, la juventud no pudo manifestar sus ideas hasta la llegada del intendente Pueyrredón, que preparó el alistamiento de las milicias provinciales, en cuyo cuerpo obtuvo Paz, el 24 de octubre de 1810, su despacho de capitán.

Á solicitud del mismo Pueyrredón, en época que mandaba el ejército del Perú, este despacho le fué cambiado el 10 de abril de 1812, por el de teniente de húsares de la patria, y así entró á servir en la caballería de línea.

Habiéndose presentado el barón de Holmberg en aquel ejército, pasó Paz, por algún tiempo, á servir bajo sus órdenes en la artillería; pero los ascensos que obtuvo, se le dieron siempre, á pedido suyo, en el arma ecuestre.

El 25 de mayo de 1813 fué nombrado ayudante mayor del regimiento 6 de línea del Perú, y capitán del mismo en 15 de octubre de 1815. En igual mes de 1816 obtiene las presillas de sargento mayor de dragones y en agosto de 1817 los despachos de teniente coronel.

Sirvió á las órdenes de Pueyrredón en los sucesos que siguieron al desastre de Huaqui; con Belgrano, en las campañas de Tucumán y Salta; con San Martín, mientras estuvo en el campo de la Ciudadela, continuando con Rondeau hasta 1816, en que Belgrano, por nombramiento del Congreso, vuelve á tomar el mando de aquella heroica legión, destinada á estréllarse impotente ante la naturaleza y el destino funesto de las armas revolucionarias en el Alto Perú.

Después de la sublevación de Arequito, enero de 1820, el general Bustos, jefe de aquella conspi-

ración, le acordó el grado de coronel, cuya efectividad obtuvo en Buenos-Aires, antes de pasar al ejército que se organizaba contra el imperio del Brasil.

Su conducta distinguida en la jornada de Ituzaingó, le vale ser aclamado general sobre el campo de batalla. Allí puso de manifiesto su serenidad, su bravura y las altas dotes militares que debían hacer histórico su nombre en los fastos de la milicia argentina.

Hasta entonces el general Paz había sido un oficial subordinado, inteligente y lleno de virtudes privadas : su participación en el escándalo de Arequito, fué más efecto de obediencia y disciplina, que no de un espíritu ambicioso ó anárquico.

Á consecuencia de sucesos posteriores á la victoria de Ituzaingó, en cuya memorable campaña hizo amistad con el general Lavalle, la separación de Aivear lo dejó al frente del ejército republicano que, por el tratado preliminar de paz con el Brasil, debía restituirse á sus hogares.

Es desde aquí que la figura del general Paz empieza á destacarse en los acontecimientos políticos de su país, en los cuales su influencia ha sido notoria y muchas veces decisiva.

Un hombre que ha escrito cuatro grandes volúmenes para narrar los sucesos en que fué actor por

más de cuarenta años, es muy difícil estudiarlo con acierto en límites tan reducidos como los de esta biografía.

Empero, una existencia tan variada como la suya tiene momentos descollantes que forman por sí una personalidad superior: un sujeto moral distinto del sujeto ordinario en conjunto, si tomamos por términos de comparación — su vida entera con sus detalles y pequeñeces, sus pasiones y debilidades, — contra los hechos levantados de esa misma vida y que componen el verdadero material en un trabajo como el presente.

Sólo por este criterio pueden amoldarse en tan mezquino troquel esas figuras del pasado, que como los dioses griegos, decoran las grandes vías por donde la musa de la historia coronada de espigas y de laureles ha trazado su camino.

*
* *

La República Argentina, tan fecunda en hombres eminentes, no había tenido más que dos grandes tácticos, y apenas un estratégico notable. San Martín reunía aquellas dos cualidades—el general Paz poseía la primera; aquella que se reduce á conseguir la victoria más por el secreto y resorte de los movimientos, que por el arrojo temerario de

ataque. La mayor parte de nuestros valientes oficiales han conquistado sus glorias por medio de esas brillantes cargas de caballería, ante las cuales ni el cañón, ni la bayoneta fueron valla poderosa á contenerlos.

El mérito de Paz consistía más que en esos arranques de fogoso denuedo donde se prodiga la sangre de los soldados, en el estudio pasivo de las evoluciones al frente del competidor. Para él, vencer era no ser deshecho, quedar dueño del campo oponiendo todas las ventajas de la organización y disciplina contra la impetuosidad de las cargas del contrario.

Por eso en la historia de nuestras armas tiene Paz un alto papel, considerado como militar de escuela, que puso siempre al servicio de sus principios políticos la táctica moderna de la guerra; táctica muchas veces negativa ante la bravura ingénita de las turbas armadas, pero constantemente útil á los intereses que defendió, y también al país, porque era un modelo digno de imitarse; y ha contribuido á que los generales del Río de la Plata se preocuparan un poco por emulación y mucho por necesidad, de seguir su austera disciplina y rígida ordenanza.

Así como poseía el arte reglamentario de las armas y el genio experto de las maniobras rápidas y felices en el momento del combate, carecía de

los sólidos recursos de la estrategia; de las combinaciones matemáticas que trazan el itinerario de los ejércitos, señalan de antemano los campos de batalla y la ruta que seguirán las legiones después de la victoria. Tenía mucho de Federico II, pero muy poco de Napoleón. Por eso siempre que el enemigo fué á chocar con sus cuadros como en la Tablada y en Oncativo donde la pujanza de Quiroga se dobló impotente, el triunfo estuvo de su parte; siendo varias veces desgraciado en los combates donde no le fué permitido elegir el campo para la acción.



Después de ratificada la convención con el Imperio y en los primeros días de enero de 1828, el general Paz llegó á Buenos-Aires comandando la segunda división del ejército argentino.

Había ya muerto el coronel Dorrego fusilado en Navarro, y el general Lavalle, autor de aquel crimen sin ejemplo en la guerra doméstica, dueño del gobierno con el apoyo del ejército de línea, era el árbitro de la situación.

El general Paz solicitó y obtuvo una división de aquel ejército, para invadir la provincia de Córdoba y librarla del caudillo que la dominaba.

Aquel acto cuya crítica pertenece á la historia, se

consumó el 22 de abril de 1829 en los campos de San Roque, donde el general Bustos dejó en manos del general Paz el bastón de gobernador.

No obstante la facilidad con que destruyó el mando vitalicio de su antiguo jefe, le fué imposible entregarse á las tareas administrativas. El fusilamiento del gobernador de Buenos-Aires tenía sublevadas las provincias. Santa-Fe se había armado contra Lavalle, y Quiroga, comandante general de milicias de la Rioja, al frente de cinco mil llaneros se precipitó contra la división victoriosa del general Paz.

El intrépido caudillo que debía ser más tarde el prototipo del caudillaje en la República Argentina, fué dos veces vencido en la Tablada de Córdoba en los días 22 y 23 de junio de 1829.

Quiroga, deshecho, vuelve á Mendoza y arma un nuevo ejército en los pueblos de Cuyo, se pone en marcha para buscar á Paz, y chocan en los campos de Oncativo, para sufrir un último y formidable revés que destruye todas sus esperanzas.

Batido Quiroga, se presentó en la liza el general Estanislao López invadiendo con su ejército la provincia de Córdoba. Paz que ocupaba ya el gobierno, se pone en campaña para repeler esta nueva agresión, pero, aquí debía sucumbir sin pelear, haciendo estériles todos los sacrificios que costaba al país su intervención armada en las provincias.

Una partida de los soldados de López lo sorprendió en circunstancias que practicaba un reconocimiento sobre las tropas de Santa-Fe; le bolearon el caballo y lo llevaron prisionero al cuartel general.



La derrota de Lavalle en el Puente de Márquez y la captura de Paz por los santafecinos concluyeron por el momento con todos los recursos del partido unitario. Lavalle, que había entregado la provincia á Rosas por el tratado de agosto, marchó al destierro, y el general Paz, cautivo en Santa-Fe, ó en la cárcel de Luján, vió correr en la inacción los ocho años mejores de su vida.

Mientras tanto la dictadura de Rosas se fortificaba por el concurso de los más perniciosos elementos aplicados á sostenerla. Se perseguía la enseñanza y se traía á los puestos públicos los hombres más conceptuados entre la plebe por su odio á todo lo que era culto y honesto.

Para combatir este orden de cosas subversivo de todo progreso, se había formado en Montevideo un campo de oposición dirigido por los principales emigrados del partido de Rivadavia.

Allí se trasladó también el general Paz en abril de 1840, así que pudo burlar la vigilancia de Rosas,

que le había dado por cárcel la ciudad de Buenos-Aires.

Llegado á Montevideo, fué requerido por el presidente Rivera para sostener la resistencia contra el general Lavalle, que, en esos días, peleaba en Entre-Rios contra los ejércitos de Buenos-Aires. El general Paz se negó á sustentar semejante proyecto, y uniéndose á los libertadores aceptaba poco después los ofrecimientos de Corrientes para formar en esa provincia un ejército de reserva que diese apoyo moral, cuando menos, á la nueva agresión que consuma con el auxilio de los franceses.

Sucesos imprevistos, giros inesperados en los planes que se desarrollaban bajo las inspiraciones del general Lavalle dieron por desenlace á él la muerte, y á Rosas el triunfo completo de su sistema.

Paz se había separado del ejército correntino en 1842, para volver á Montevideo, llevando por única recompensa de sus fatigas los despachos de brigadier general con que le honrara la provincia de Corrientes.

El presidente Rivera, ante la amenaza de una próxima invasión del general Oribe, se vió en el caso de pasar el Uruguay con sus tropas pagando así con estos peligros, su abstención y hostilidad contra los argentinos en 1839.

La batalla del Arroyo Grande dada el 6 de di-

ciembre de aquel año deshizo todos los elementos militares del presidente Rivera, y puso la campaña oriental bajo el poder absoluto de Rosas.

Oribe se acercaba á Montevideo, seguro de su conquista y sediento de venganza. Rivera atónito por su derrota no pensaba en defenderse, cuando los argentinos y orientales de su partido lo precisaron á confiar este acto al general Paz.

Paz se mostró esta vez tan hábil como prudente general. Improvisó un ejército de ciudadanos y organizó la defensa. Aquella ciudad inerme se transformó en baluarte inexpugnable para los soldados de Oribe, que durante nueve años se vieron quemados por los cañones de la plaza.

Sin embargo la política de aquel gobierno, original por sí mismo, extraordinario por las circunstancias, no dejó á Paz dirigir la defensa hasta la conclusión de la guerra. En Julio de 1844 se embarcaba para el Brasil munido de una credencial diplomática cerca del gobierno paraguayo, pero con el plan reservado de llegar hasta Corrientes por tierra y formar un nuevo ejército contra Rosas.

Este paso produjo en 1846 la unión del Paraguay con aquella provincia bajo la dirección militar del general Paz, pero no dió resultado por la invasión del gobernador de Entre-Ríos y las maniobras de los jefes correntinos que la hostilizaron desde su llegada.

Desalentado por el mal suceso de la empresa, volvió á la Asunción y desde allí por tierra hasta el Brasil, fijando su residencia en Rio Janeiro.



Caido Rosas en Caseros, Paz regresó á Montevideo, y vino á Buenos-Aires en 1852, después de la revolución de Septiembre.

Dirigió la defensa de esta capital en el asedio que estableció sobre ella el coronel don Hilario Lagos el 7 de diciembre del citado año, en cuyo período desempeñó por varios meses el ministerio de la guerra. Hizo su renuncia el 18 de octubre de 1853, y desde entonces hasta su fallecimiento, que tuvo lugar en Buenos-Aires el 22 de igual mes de 1854, se conservó alejado de la política, de la cual, durante su vida, sólo había cosechado frutos de amargura.

Su muerte acaeció cuando Buenos-Aires separada de la Confederación se mantenía en guerra contra el poder de las provincias. Sin embargo, esta situación anormal no debilitó las simpatías del ilustre Paz en ninguno de ambos gobiernos; y así como el de Buenos-Aires hizo en su homenaje las exequias debidas á su alta categoría, el del Paraná, regido á la sazón por el presidente Urquiza

le decretó los honores debidos á su rango y mérito personal.

Paz, hombre de un físico distinguido, fué militar austero, lleno de honor, de probidad y patriotismo ; se equivocó muchas veces en política, pero no manchó jamás su gloria militar con ningún atentado. Escritor sencillo y pulcro, correcto en la pintura de los caracteres, ha dejado muchas páginas admirables en las memorias que escribió sobre su vida y los hombres de su época.



MARTIN RODRIGUEZ

El brigadier general don Martin Rodriguez nació en Buenos-Aires el 4 de julio de 1781, donde recibió la escasa ilustración que el atraso de la colonia permitía.

Con marcadas inclinaciones por la carrera militar, durante la guerra con los ingleses en los años 1806 y 1807, se distinguió por su moralidad y decisión al frente de un escuadrón de húsares del rey.

Consta de los más honoríficos testimonios que pagó de su bolsillo y sostuvo á su costa muchos soldados voluntarios durante la reconquista y defensa, comprometiéndose repetidas veces, personalmente, en arriesgados lances contra el enemigo.

Reducida á capitular en las calles de Buenos-Aires la columna invasora, anonadada por el denuedo

de los defensores, Martín Rodríguez se ofreció para ir á Montevideo con el objeto de guarnecer la plaza, después que la evacuaron los ingleses, sacrificados, en aquella contienda, á la impericia del general Witelocke.

Allí supo comportarse tan juiciosamente que obtuvo los más cumplidos elogios del gobernador de Montevideo y comandante general de su campaña don Javier Elio.



La revolución de Mayo debía abrir un teatro más extenso á las aspiraciones de la juventud argentina. Martín Rodríguez en su calidad de nativo se entregó á ella con toda resolución; un poco por aversión á Cisneros que ocupaba el puesto de virrey en menoscabo de su amigo Liniers, y mucho por arribar á un cambio de autoridades donde los hijos del país tuvieran aquella parte que era propia en la dirección de los negocios.

Como el éxito, sabía él, depende casi siempre de la audacia, se mostró desde los primeros momentos uno de los más osados revolucionarios; y en unión del ardoroso Castelli fué diputado, en la noche del 20 de mayo de 1810, para recabar del virrey la autorización necesaria á fin de reunir al

pueblo en cabildo abierto. La arrogancia de Rodríguez más que el aplomo de Castelli intimó al pusilánime Cisneros, consiguiendo el permiso que buscaban. Merced á este acto de temeridad, la idea revolucionaria se encontró expedita para vencer, sin efusión de sangre.

La posición de Rodríguez al frente de los húsares de Pueyrredón, le hacía compartir con Saavedra la influencia que el mando les daba, pues eran los comandantes de la tropa quienes tenían posibilidades de triunfar en el caso de hacerse indispensable la lucha.

En el memorable cabildo abierto celebrado el 22 de mayo, fué Rodríguez uno de los más decididos en votar por la cesación del virrey y elección popular de una junta de gobierno presidida por el síndico procurador del ayuntamiento, doctor don Julián de Leiva, que era su amigo, y americano muy distinguido.

Su participación en todos los acontecimientos revolucionarios, los colocó entre los primeros hombres del movimiento liberal; y marchando al ejército de operaciones, supo siempre conservar con brillo las dotes morales que lo distinguieron, como el valor que fué patrimonio común de aquella ilustre generación.

Pero estas cualidades de su carácter no se asociaban al genio militar, y por esto su destino no

le llevó á las altas cumbres de la gloria en las batallas.



Juzgando nuestros hombres públicos con más entusiasmo que discreción, se ha preferido en ellos el estrépito de las hazañas marciales al mérito modesto que se consagra al bien y la felicidad de los pueblos.

El general Martín Rodríguez que como militar no fué de la talla de San Martín, de Alvear ó de Balcarce, como magistrado al frente de la provincia de su nacimiento, se ha conquistado una de las glorias más legítimas y un título imperecedero á la gratitud de sus paisanos.

La época en que fué llamado á regir los destinos de la provincia, era aquella aciaga y turbulenta en que rotos los vínculos nacionales y propagado el incendio de la discordia civil, el orden había desaparecido por completo en el gobierno y en la sociedad de Buenos-Aires.

El poder, asaltado por aspirantes de todo género que surgían de los motines y conspiraciones, se abandonaba precipitadamente á los competidores que esperaban en fila su turno de gobernar; haciendo que tan distinguido favor se conceptuara

el premio del más fuerte, y no el galardón de la virtud, del talento y servicios á la patria.

Cruzaba el país la luctuosa época del año.

Al general Rondeau, que gobernaba á principios de ese año toda la nación, había sucedido el alcalde de primer voto don Juan P. Aguirre con mando sólo en la capital. Disuelto el Congreso por el triunfo de Ramírez en la Cañada de Cepeda, el Cabildo delega las armas en Soler, y el gobierno civil en Irigoyen, pero la montonera quiere un gobernante libremente elegido, y en este caso, una junta electoral que se reúne nombra con calidad de provisorio á don Manuel de Sarratea. Marcha éste al pueblo del Pilar para conferenciar con los invasores y delega en Quintana, el 20 de febrero. El 6 de marzo Juan Ramón Balcarce se apodera del gobierno y arroja á Sarratea. Ramírez á su vez despacha el día 11 al intruso Balcarce y repone al legítimo magistrado; el 26 á la madrugada, Alvear compromete la posición de Sarratea apoderándose de las armas y es vencido por el cabildo. Carrera, el chileno, con 600 hombres, quiere intervenir; empero, requerido por el Ayuntamiento, promete conservarse neutral.

El pueblo se fastidia del gobernador Sarratea que se ha sostenido más de dos meses, y sube Ramos Mejía el 2 de Mayo para ser reemplazado por Soler el 23 de Junio.

Soler divide el gobierno con Dorrego, y llevando los papeles del despacho en un carguero, sale á pelear con Carrera y López. Derrotado por los caudillos en la Cañada de la Cruz, emigra del país el día 30.

La junta electoral eleva interinamente á Dorrego el 3 de julio. Parte luego á la campaña sustituyendo el mando en Marcos Balcarce; derrota á los montoneros en San Nicolás y en Pavón, y pierde en seguida la batalla del *Gamonal*.

En todo este movimiento vertiginoso de gobiernos imposibles y absurdos, el país ha ido perdiendo terreno moral y materialmente. Todo se había desquiciado, nada ni nadie presentaba garantías al orden cuando reunida la junta electoral el 28 de septiembre nombró al general don Martín Rodríguez gobernador interino de la provincia.

El 1º de octubre se levantaron los tercios cívicos que dependían del Cabildo, protestando la elección hecha por los representantes. Rodríguez huyó del Fuerte y salió á la campaña buscando el auxilio del comandante Rosas, que acudió al frente de una poderosa columna de caballería miliciana y sometió á los rebeldes. El general Quintana que los mandaba emigró á Montevideo; pero Dorrego en obsequio de quien se había hecho la revolución sin que él lo supiera, acató al nuevo gobernante, quedando por entonces la paz interna restablecida.

*
* *

Martín Rodríguez delegaba el poder en el mismo que había sustituido á su antecesor, se dirige al norte donde se une al coronel Dorrego que mandaba el ejército de la provincia. Reforzado con las milicias del sud que acaudillaba el comandante Rosas, se aproxima á Santa-Fe y entabla negociaciones de paz con el gobernador López. Mediante la intervención de aquel hombre nuevo en la escena pública de su patria, se hace el tratado de noviembre de 1820.

La paz obtenida devuelve á Martín Rodríguez el aprecio de los recalcitrantes vecinos de Buenos-Aires ; pero él sin alagarse, se contrae á restablecer por todas partes la confianza y seguridad que anuncia ya un periodo tranquilo.

Para esto era preciso el apoyo y la ilustración de hombres competentes en el gobierno. Los militares sólo servían para dar pávulo á las agitaciones, sin acertar con la ruta que debiera imprimirse á los asuntos públicos, para desalojarlos del vicioso círculo en que todo se encontraba.

En abril de 1821 la junta de representantes lo nombró gobernador propietario por tres años.

Después de los primeros meses de su administración solicitó de la legislatura, separase los mi-

nisterios de hacienda y gobierno que corrían unidos. En consecuencia de esta nueva organización de las secretarías, le fué posible traer á su gabinete dos personas ilustradas y capaces. Don Bernardino Rivadavia se encargó de la cartera de gobierno el 19 de julio de 1821, y el Dr. Manuel José García de la de hacienda, el 7 de agosto inmediato.

Rivadavia y García estaban oscurecidos en la opinión. Sobre el primero gravitaba el cargo de sus propósitos monarquistas y decidido empeño de traer desde Europa un rey para coronar en el Rio de la Plata. García no era menos desafecto desde que se supo el giro que en 1816 había dado á nuestras relaciones con el Brasil, y la invasión portuguesa que fué el resultado de aquella política.

El público esperaba muy poco y nada provechoso de aquellos dos hombres, pero el público se equivocó, y Martín Rodríguez tuvo el éxito de su parte.

Un extenso plan de reformas administrativas, financieras, militares y religiosas restableció el equilibrio entre la sociedad y el gobierno. La campaña fué atendida y desarraigados los vicios que imperaban en ella. La frontera personalmente visitada por el gobernador, dejó de ser un peligro para los hacendados. La agricultura floreció de nuevo en los campos talados poco antes por los jinetes de la montonera. El comercio manifestó señales vigorosas de adelanto, y el crédito que es el barómetro

fijo de la confianza, atrajo finalmente á las arcas fiscales cinco millones de oro inglés destinados á obras públicas de conceptuada importancia.

El período de las instituciones quedaba inaugurado. La armonía contitucional fijada en el deslinde de las funciones legislativas, ejecutivas y judiciales, demostró luminosamente las apropiadas aptitudes del pueblo argentino para la democracia.

Cumplido el término de su gobierno el 3 de abril de 1824, Martín Rodríguez deja la provincia floreciente y despejado el camino, para intentar la reconquista de la Banda Oriental, y también las mejores relaciones con las provincias hermanas, empeñadas todas en volver á la antigua unión. El tratado con Inglaterra que se firmó en 1825 fué debido á trabajos iniciados durante su permanencia en el poder.

Las Heras, amigo y sucesor de Rodríguez en el gobierno, le confió el mando en jefe del ejército de observación sobre el Uruguay, formado en aquel año en precaución de las eventualidades de una guerra con el Brasil.

Reemplazado por Alvear tan pronto como se rompieron las hostilidades, y después de reiteradas renunciaciones se retiró á Buenos Aires, con la salud seriamente quebrantada.

En la lucha civil posterior, se unió á Lavalle acompañándolo en la jornada de Navarro, corriendo

en seguida de aquellos ingratos sucesos la suerte del partido de Rivadavia. Fué uno de los emigrados más distinguidos que pasaron á Montevideo durante el gobierno de Rosas. Falleció en dicha ciudad el 5 de marzo de 1845, querido y respetado de todos.



ANDRADE

BOCETO BIOGRAFICO

¡ Qué mezcla de niño y de gigante había en él! Todos conocen al titán, la potencia creadora de su genio, la luz intensa de su espíritu, la grandiosidad de sus concepciones, la pompa soberana de su estilo. Allí quedan sus versos inmortales vaciados en el molde de los Andes, el Amazonas y el Plata...

(Discurso del Presidente de la República sobre la tumba de Andrade).

I

Olegario Víctor Andrade era de la provincia de Entre-Ríos. Nació en la Concepción del Uruguay, en cuya iglesia parroquial se conserva su partida de bautismo.

Es punto averiguado que sus ascendientes por la línea materna fueron de Santa-Fe. Le ligaba parentesco cercano y de sangre con el célebre Dr. Vera y Pintado, una de las glorias de la Revolución del año diez, que hizo mucha figura en el ejército reconquistador de Chile, sirviendo de auditor de

guerra desde que San Martín subió con el ejército al Sur, en enero de 1818, hasta después de la victoria de Maipo.

Este Vera y Pintado, tío de Olegario Andrade, fué también autor del primer himno ó canción patria de Chile, título honroso que le franqueó el mayor acceso en la estimación de aquel pueblo, donde se estableció definitivamente.

Andrade había heredado del ilustre santafesino, no sólo el genio poético y demás dotes de su talento superior sino la mirada de sonámbulo y el aspecto de inspirado que tradicionalmente se recuerda como una singularidad del Dr. Vera, cuya cabeza blanca de albino y ojos temerosos de la luz llamaba la atención de sus contemporáneos.

El día que Andrade me manifestó su parentesco con el insigne prócer, le dije cordialmente:

— Lo lleva Vd. en la cara y especialmente en los ojos.

— ¿Por qué? me preguntó.

— Porque según mis estudios de ese personaje, fisiológicamente considerado, reunía tales caracteres, que yo lo encuentro á él en Vd., que no es más que albino incorrecto.

Nos extendimos hablando del albinismo, cuyas causas maravillosas yo no sabía explicarme.

— “Vea Vd., me dijo, respecto de los albinos he adoptado la misma teoría que respecto del admira-

do fenómeno de otras razas inferiores en la escala de los seres.

“ Se sabe por Ovidio, y otros autores, que las ovejas fueron completamente negras en su origen remoto, y que el color blanco es artificial.

“ Existe una tendencia en las razas fecundas, á reproducir el tipo de los abuelos, y se vé, con asombro, que en una majada donde no se encuentra un animal que no sea del todo blanco, nacen corderos negros como el azabache, y de un tipo exótico. En la familia humana, el albino que nace tanto de la unión de dos blancos de cabellera y ojos oscuros, como de dos negros, es para mí el mismo fenómeno del cordero: la simple reproducción de abolaria del tipo primitivo del hombre.

“ Observe sino, agregó, la forma de los hijos del Cáucaso y de las costas de la Noruega que conservan las líneas y coloridos de las razas más antiguas, para deducir que el hombre aborígen debió tener el cabello de armiño y los ojos vidriosos de las tribus del Norte, en los que la brillazón de la nieve herida por los rayos solares obliga á mantenerlos cerrados.”

De este modo, y por la ley del atavismo fisiológico, él se adjudicaba una remota ascendencia, y se creía, jovialmente dicho, un desprendimiento caprichoso de la naturaleza, á despecho del génesis mosaico y de otras hipótesis igualmente fantásticas.

Todas las aspiraciones de Andrade, desde joven, le presentan de acuerdo con sus teorías, tal vez extravagantes por lo extraordinarias, pero no imposibles, desde que en este punto la ciencia no ha dicho todavía su palabra de despedida.

Ya tendré ocasión de robustecer estas ideas que si bien expuestas en el tono jocoso de las confidencias amistosas, respondían á manifestaciones psicológicas perfectamente acentuadas en el espíritu insondable del poeta.

Todo en él era grandioso y se remontaba hacia el pasado, figurando epopeyas y poblando los espacios de armonías colosales y de pavoroso estruendo. No tenía ni la perseverancia del arqueólogo ni las sutilezas del filósofo para descender por la idea humana, ó por el hecho humano, hasta el origen de las cosas. Atravesaba los espacios, saltaba sin lógica y procedía sin concierto á escalar montañas, erguía mundos sobre mundos, razas sobre razas, como si un recuerdo ingénito estuviera en continua fermentación dentro de su cerebro original.

Quizá ha contribuido mucho á trazar en el espíritu de Andrade tan sorprendentes ideas, como la manera arrogante de darles forma, el propio teatro de su niñez.

La provincia de Entre-Ríos, ceñida por dos inmensas corrientes y poblada de selvas vírgenes fué el primer panorama que contemplaron sus ojos

infantiles. La historia de combates cuerpo á cuerpo entre los gauchos semibárbaros de Artigas que se agrupaban en torno de su bandera roja como las tribus del Atlas, y los montoneros vestidos de pieles, del caudillo Ramírez, montados en potros salvajes, armados de gajos de árboles, de largas tacuaras, y de bolas de piedra, debieron ejercer en el espíritu soñador y fantástico del bardo inconsciente, una influencia extraordinaria.

Cuando él pintaba con su lenguaje incorrecto pero muy expresivo, la batalla de las Tunas en 1820, entre Ramírez y Artigas, haciéndonos asistir á esas cargas de la caballería entrerriana tan célebres en la historia; las luchas á lanza, los combates singulares entre dos caudillos, la duración de estas escenas sangrientas prolongadas á veces hasta la noche; las emigraciones en masa de pueblos enteros cuyos hogares ardían á sus espaldas, parecíanos ver á Mario despedazando á los cimberos invencibles, ó á Yugurta seguida de sus jinetes valerosos defendiendo los aduares de la Numidia.

Todo ese colosal espectáculo que se revolvía en el turbión inmenso de sus recuerdos, debió contribuir poderosamente á dar el molde definitivo á sus concepciones, las más atrevidas y de vuelo más encumbrado que se han leído en español.

II

Para llenar dignamente los fines que se proponía el general Urquiza con el establecimiento del colegio del Uruguay, siendo gobernador de Entre-Ríos, dispuso que de cada uno de los departamentos en que se divide la provincia, hechos los exámenes de las escuelas públicas, se le designaran los cuatro niños más aventajados y que revelasen aptitudes para estudios superiores.

De las escuelas de Gualeguaychú fué Andrade uno de los señalados como distinguido, y en este concepto se le mandó ingresar en el colegio del Uruguay. El padre de Andrade reclamó de esta violencia apersonándose al general Urquiza, pero éste lo convenció de que era mejor hacer un hombre útil á su país de aquel *muñeco* que no un estanciero ó un comerciante, y que en cuanto á gastos corrían todos de su cuenta.

Con esta arenga el padre no tenía más remedio que dejar á Olegario en el colegio y regresar á Gualeguaychú, como lo hizo sin demora.

En 1856 cuando Andrade terminaba sus clases preparatorias, el general Urquiza presidente á la sazón de la República, trató de enviarlo á Europa para que siguiese allí sus estudios y como agregado á la Legación Argentina que en París y Londres

desempeñaba el Dr. Alberdi. Empero, Andrade tenía delante de sí otros horizontes que los del presidente y neutralizó sus buenas intenciones con un matrimonio realizado á los diez y ocho años de su edad.

Falto de aquella protección personal, ó mejor dicho política que el general Urquiza dispensaba á todas las inteligencias descollantes de su provincia, Andrade se encontró solo, con su genio, su esposa tan joven como él y un niño fruto de aquella unión.

La provincia de Entre-Ríos era en aquellos días el centro de una evolución social de la mayor trascendencia. Constituida la nación, no obstante las resistencias de Buenos-Aires, el gobierno general se había instalado en la ciudad del Paraná, y desde allí presidía el establecimiento definitivo de las instituciones federales.

Andrade, por su edad, no estaba en aptitud de prestar concurso eficaz á la administración política del país.

Tenía talento pero incipiente y desconocido por falta de prensa activa y circulante en el pueblo de Gualaguaychú, donde residía después de su salida del colegio.

En 1857, tenía entonces diez y nueve años, empezó á figurar como colaborador de *El Mercantil* que redactaba don Isidoro Demaría, publicando sus primeros versos: y desde el mes de agosto

se hizo cargo de la redacción principal del periódico.

Publicó por ese tiempo su *Canto al porvenir*, que, no obstante las dificultades con que tropezaban los papeles entrerrianos para llegar á Buenos-Aires, fué leído por la juventud inteligente, y despertó, como era natural, verdadera admiración por lo bello, por lo nuevo y por lo altivo de sus conceptos.

Medraban entonces por aquí en el juicio favorable de la opinión los jóvenes Carlos Encina, Juan Chassaing y Ricardo Gutiérrez, considerados como las más brillantes esperanzas, en el campo de la literatura poética de la nueva generación que aparecía reemplazando á los viejos cantores de la libertad, á cuyo frente descollaban José Mármol y Juan María Gutiérrez.

Se leyeron los versos de Andrade, y en la opinión de la mayoría ilustrada no hubo sino un voto para declarar que el bardo entrerriano había de un solo golpe conquistado el primer puesto.

Acaloradas y largas fueron las controversias que se siguieron á esta libre manifestación. El poeta sin escuela, como llamaban á Andrade, tuvo de su parte á todos los que sienten con vigor y comprenden las armonías de la naturaleza aun en sus manifestaciones más estupendas y formidables, porque las creaciones del genio no se elaboran con

los elementos ordinarios sino penetrando en los ámbitos de lo desconocido.

Sostenían á los otros poetas nombrados, especialmente á Encina y Gutiérrez, los artistas y retóricos de escuela, colocados siempre en las regiones externas del sentimiento, y amantes de las austeridades literarias, porque hallan clásico todo lo que responde á determinada y antigua forma, en vez de gustar del mosto espumante junto al viñedo.

Pronto llegaron nuevas poesías de Andrade á dar mayor brillo á su nombre desconocido. Pero todo esto no pasaba de los centros de la juventud, y la poesía no era un medio práctico de subsistencia, ni la base sólida de ese porvenir que tan virilmente había cantado el poeta en sus altivas estrofas.

Asediado por una situación precaria y sin esperanza de obtener en su provincia ocupaciones lucrativas, se resolvió pasar á Buenos-Aires en busca de un empleo para vivir con mayor desahogo.

Vino aquí recomendado á mi amigo D. Dario Irigoyen, quien me presentó á Andrade. Habítamos departamentos contiguos en los altos de Ocampo, frente al club del Progreso, y me pidió que lo tuviera conmigo durante los pocos días que iba á permanecer aquí, pues si llenaba el objeto de su viaje, regresaría á Gualeguaychú para volver con su familia.

El aspecto de Andrade me fué simpático, y lo acepté complacido como mi huésped, sin saber hasta más tarde, que aquel joven de tan modesto exterior como de bondadoso aspecto, era el poeta que tanto habíamos aplaudido.

Durante un mes partimos el pan de mi reducida mesa servida por M. Bertrand, fondista que ocupaba la casa donde existió *La Pampa*, y esto basta para probar que comíamos mal.

La amistad que entonces trabamos ha sobrevivido á todos los cambios de la vida, manteniéndose igualmente serena en ambos hasta su prematura muerte.

Andrade era un desconocido en Buenos-Aires, llegaba pobre y sólo preocupado de buscar una posición modesta en ocupaciones literarias que cuadraban con su índole y aptitudes.

En aquellos días la prensa porteña estaba dividida y puesta al servicio de dos ideas políticas contrarias.

De un lado los separatistas con Sarmiento y Mitre á la cabeza, predicando el aislamiento de la Provincia, y del otro los federales amigos de la Unión Nacional que tenían en Nicolás Calvo y en la *Reforma Pacífica* su defensor y su programa.

Por educación y por condiciones propias, Andrade no podía ser separatista con *La Tribuna* ó *El Nacional*. Su puesto, si alguno había de tomar,

estaba en el diario de sus amigos, á cuya bandera amplia y simpática se encontraban afiliadas las pocas personas con quienes se había puesto en contacto desde su arribo.

Fué recomendado al director de *La Reforma* para obtener la plaza de gacetillero, puesto que hoy ha desaparecido de los periódicos y sustituidose por el *reporter*, y con este motivo quiso poner en evidencia sus aptitudes para sátira festiva, y escribió varios artículos que se publicaron por enero de 1868 en aquel diario, con mejor resultado para su reputación futura de escritor y polemista.

Nada consiguió Andrade por este lado en cuanto á sus fines económicos y pecuniarios. *La Reforma* tenía su personal completo y aun exceso de empleados para sus estrechas columnas y limitadas exigencias de órgano exclusivamente político y de combate.

Esa decepción en sus esperanzas no quebrantó su espíritu, y convencido que por entonces toda la vida nacional afluía sobre el Paraná, donde el presidente Urquiza había organizado el gobierno, determinó su regreso á Entre-Ríos. De allí pasó á Santa-Fe, llamado por el coronel Fraga, su antiguo protector y ahora su amigo, que había sido electo gobernador de la provincia.

Durante las muchas horas que en nuestra vida semibohemia pasamos juntos en esa época, tuve

ocasión de apreciar el carácter bondadoso y la resignación admirable de este hombre; descubriendo también la profunda y noble aspiración de gloria que trabajaba su altivo pensamiento.

Leía poco Andrade, á pesar de que tenía á la mano muy buenos autores. No exagero si afirmo que sólo expresaba pasión por unos versos de Florentino Sanz titulados: *El genio de la poesía*. De esa composición magnífica declamaba con fastidiosa frecuencia, cuando estábamos solos, esta estrofa que no he olvidado.

¡Ámbito y luz! . . . ¡El velo soberano
Quiero admirar del águila arrogante
Yo, desde el polvo ruin, pobre gusano!
¡Quiero mi frente levantar, enano
Para barrer las huellas del gigante!

Ahí en esa estrofa se compendia la elevada aspiración del poeta, que más tarde debía ser la admiración de sus contemporáneos y la gloria de los argentinos.

Debo á este íntimo trato con aquel amigo de mi juventud, no pocas lecciones de buen gusto literario y no pocas reprimendas por los malos versos que yo hacía.

Queriendo darme prácticamente un ejemplo de versificación, escribió tres bellas estrofas á *Buenos-Aires*, que me apresuré á mandar á *La Reforma*, donde se publicaron sin que él supiera.

Pocos días después Andrade volvía á su provincia lleno de ideas tétricas de su porvenir incierto.

Su pasaje por Buenos-Aires había sido estéril, y apenas si dejaba en esta ciudad dos ó tres amigos que lo recordaron siempre con afecto.

Allí en mi casa se vieron con Nicolás Avellaneda, que recientemente llegado de su provincia y ocupando ya la plaza de cronista de *El Nacional*, me fué presentado por mi amigo Marco, su hermano, en circunstancias que Andrade contrariado por el mal éxito de su viaje se encontraba en la situación de ánimo más deplorable.

Esta casual entrevista revistió caracteres tan singulares, que no los he olvidado en los veinticinco años que han transcurrido, y si hoy la menciono es porque tanto el poeta como el orador, han llegado á pisar las eminencias de la vida social y son dos notabilidades de mi país.

Andrade se hallaba sentado sobre una gran caja verde de madera, propiedad quizá de algún inmigrante rico que allí la había dejado, pues era un mueble que revistaba entre mis bártulos sin pertenecerme, y leía un periódico cuando entraron los dos Avellaneda.

Marco me presentó su hermano Nicolás y ambos saludaron á Andrade con la mano y la cabeza. Este correspondió la atención y volvió á su lectura, en tanto que el futuro doctor, ministro y presiden-

te, en vez de tomar una silla á estilo correcto, se acostó literalmente en un catre de lona que allí había, mientras su acompañante conversaba conmigo de asuntos agradables.

III

Vuelto á Gualaguaychú, Andrade se detuvo poco tiempo. De allí se trasladó al Paraná y muy luego á Santa-Fé, llamado por el coronel Fraga, que, como ya he dicho, era gobernador de la provincia y antiguo protector del joven poeta.

Fundó en aquella capital de provincia *El Federalista*, y al mismo tiempo atendía á la redacción de otras publicaciones, como *El Comercio*, de que era propietario el coronel Pelliza, y que debido á una recomendación mía, y con la obligación que me impuse de ayudarlo con artículos desde Buenos-Aires, confió la dirección á Olegario.

Entre los hechos que dejo narrados en el precedente párrafo, y el momento actual de la redacción de *El Comercio*, habían ocurrido grandes sucesos en la República. Fué el de más bulto, entre aquellos acontecimientos, la batalla de Cepeda, en octubre de 1859, á que se siguió la incorporación de Buenos-Aires por el pacto de 11 de noviembre y la reforma de la constitución federal.

Por este tiempo, 1860, terminó la presidencia del

general Urquiza, y fué nombrado para sucederle el Dr. D. Santiago Derqui.

La nueva administración abría para el joven Andrade nuevos horizontes por la retirada del general Urquiza, que lo había desviado siempre de toda protección directa desde su salida del colegio.

Sus escritos llenos de novedades fomentando el progreso de las ideas federativas, lo habían hecho conocer ventajosamente de los hombres del Paraná y del interior.

Desgraciadamente, la guerra sobrevino muy luego entre la Confederación y Buenos-Aires.

El pacto de Noviembre que esta provincia había aceptado como una tregua se rompió por el rechazo de sus diputados al Congreso.

Aquel cuerpo no creyó que era compatible con la Constitución y los principios, la elección practicada y que no podían incorporarse á la Cámara diputados electos por otra ley que la nacional de elecciones que hacía un solo distrito electoral de cada provincia.

El presidente Derqui delegó el mando en consecuencia de la ley de 27 de mayo de 1861 que lo autorizaba para movilizar fuerzas y ponerse personalmente en campaña.

Durante todo aquel episodio que terminó en la batalla de Pavón, Andrade fué el secretario privado y jefe de la secretaría del presidente. Á este mo-

mentáneo brillo en su posición siempre difícil y precaria, sucedió muy pronto el aislamiento en que lo dejaba el naufragio político en que se hundía, poco después el gobierno del Paraná.

Esta caída lo arrojó por entero en la vida y política provincial.

Entre-Ríos volvió á encerrarse en las modestas proporciones que tenía antes de la organización que hizo de uno de sus departamentos la capital de la nación, y Andrade reconstruyendo su hogar sobre el Uruguay, volvió, en teatro reducido, á la perseverante lucha que durante su vida no debía concederle sino horas breves de tregua, cayendo al fin herido en la mitad de su jornada, rotas las carnes por el látigo de la sátira cruenta, empero su frente coronada por la mano piadosa de un pueblo que ha deshojado verdes laureles y moradas siempre vivas sobre su sepulcro.

IV

Ignoro hasta qué punto pudiera ser de interés en la biografía del poeta y del escritor, la reseña de accidentes poco importantes de su vida, durante los años que precedieron á su definitiva instalación en Buenos-Aires.

Si de algo puede servir, será para demostrar que todo lo que formaba sus medios de acción y su cen-

tro social, era lo menos aparente á su desenvolvimiento intelectual y á la robusta formación complementaria de su genio.

Empero, dones amplios é ingénitos en la naturaleza de Andrade, ocultos como el oro ó los diamantes en la roca, sólo requerían un poco de calor y una atmósfera apropiada para correr á la superficie y brillar con la viva luz de su talento.

Andrade no era orador. Carecía de timbre sonoro en su voz y de todo ejercicio ó costumbre de hablar en público. Acostumbrado desde joven á elaborar sus ideas en el quietismo del gabinete, sobresalía como escritor. Sus producciones atrevidas y nuevas en la forma y siempre llenas de sensatez en el fondo, lo señalaban destacándolo, por la pompa oriental y colorido espléndido de su lenguaje.

La grandilocuencia muerta con Doñoso Cortés y Chateaubriand, vivificada por la pluma ascética de Menéndez Pelayo en nuestros días, halló en el poeta argentino un verdadero artista que supo expresar sentimientos nobles y expansiones sublimes con ese estilo que siendo intolerable en las medianías lleva el sello clásico cuando sirve de molde á inteligencias descollantes.

Por mucho que los escritos de Andrade revelasen vastos conocimientos presentando como familiares á su erudición la historia, el derecho, las ciencias físicas y todo género de estudios, no era

esto más que el resultado de lecturas fugaces efectuadas en el tropel de las agitaciones del diarista; circunstancia que no amengua su mérito, porque de ese modo bajo líneas tersas y formas galanas, propagaba las producciones de los sabios, dando noticia y puntos de comparación que constituían su especialidad de escritor y oportunista.

Su reconocida pasión por la historia y su sistema de comparaciones entre el pasado y el presente; el exceso de citas con que á veces recargaba sus artículos, no eran peculiaridad de índole natural, sino más bien adquisición de escuela.

El Dr. Larroque, maestro distinguido de Andrade y de toda la juventud brillante que se formó en el colegio del Uruguay, daba gran importancia en el rol de estudios al de la historia antigua y en especial á los anales políticos de Roma, esmerándose en que sus discípulos la aprendiesen correctamente para hacer comparaciones con la historia moderna de los otros pueblos.

Un programa semejante dió los resultados consiguientes y contribuyó á preparar una generación intelectual, con sólidas bases de conocimientos históricos.

Andrade que había abandonado el colegio á lo mejor, completó solo y en la lucha diaria por la vida, su instrucción de periodista. Su aprendizaje fué largo, porque lo hacía sin maestros y sin modelos

pero esta misma falta debía á su vez contribuir, como contribuyó á formar su originalidad.

En 1867 cuando la candidatura del general Urquiza, con quien se había reconciliado, se oponía á la de Sarmiento para la segunda presidencia de la nación, Andrade vino á Buenos-Aires y fundó un diario político que primero denominó *El Pueblo Argentino* y poco después *La América*.

La política y las ideas que sostenía aquella hoja, eran exóticas en aquellos momentos.

El nombre de Urquiza que había sido una bandera antes de la reconstrucción nacional, que sostuvo con la espada victoriosa de Caseros, no tenía ya eco en las nuevas combinaciones del porvenir.

Así lo comprendió Andrade por el silencio de su partido, que no respondió al toque de clarines del vencedor de Rosas.

Las colectividades políticas enmudecen, cuando la vida pública de sus corifeos ó caudillos ha terminado completando su evolución en la historia.

Urquiza había cumplido su carrera con su presidencia, como Mitre con la suya, y más tarde Sarmiento, tres figuras que subieron al poder para cumplir sus respectivos programas de constitución, de organización y de gobierno, fracasando sólo el último que nos legó una guerra social, á que felizmente ha puesto término la política reparadora y prudente del general Roca.

Después de su estéril campaña periodística de 1867 y 68, Andrade se volvió á Entre-Ríos para continuar su propaganda de oposición á Sarmiento, electo presidente por el voto combinado de los electores.

Sarmiento que tanto había atacado á Urquiza con sus escritos incendiarios y de resistencia á la organización nacional, rindiendo homenaje ahora á la legítima importancia de aquel caudillo valeroso, trató de congraciarse con él, como un medio de facilitar su gobierno que carecía, tanto en Buenos-Aires como en el litoral y en el interior, de base legítima y consciente de opinión, y fué á visitarlo.

La visita oficial de Sarmiento á Urquiza desarmó á los escritores entrerrianos, y Andrade obtuvo poco después el empleo de administrador de la aduana de Concordia.

Complicado en algunas tentativas revolucionarias fué perseguido y encausado, atribuyéndose de una manera insidiosa desfalcos en las rentas, cuando sus faltas eran de un orden bien distinto, y si tenía responsabilidad moral por los actos de sus empleados subalternos, no la tenía personal, ni directa, ni solidaria, como sus enemigos, más que adversarios, lo propalaron con insistencia poco leal y generosa.

Las persecuciones de que fué objeto por parte de Sarmiento lo pusieron en contacto con el doctor

Avellaneda, á la sazón ministro de Justicia del mismo gobierno que lo perseguía.

Avellaneda, que ya se ocupaba de trabajos electorales á favor de su propia candidatura, protegió al perseguido periodista y administrador, y lo hizo poco después su amigo, llegando Andrade por las evoluciones y las inconsecuencias de nuestra política á ser, más tarde, uno de los sostenedores de su gobierno.

Comprada en 1878 por los amigos del general Roca una parte principal de *La Tribuna*, Andrade fué encargado de la redacción en jefe de aquel diario importante.

Este ha sido en la vida política del poeta el período más activo en que pudo, al fin, demostrar el brillo de su talento.

Colocado en el centro de todas las resistencias que se erguían contra la candidatura del general Roca, popular en el resto de la República Andrade aceptó la lucha en el terreno franco y leal donde pueden discutirse las grandes personalidades.

La campaña del Desierto y la ocupación del río Negro, presidida por el general Roca en su carácter de Ministro de la guerra, lo presentaron ante el país rodeado del más legítimo derecho para aspirar á distinciones que otros alcanzan sin presentar á la patria títulos tan grandes como el suyo.

Aquella evolución se completó, no sin dolorosos

sacudimientos, y después de haber corrido mucho peligro las instituciones, se serenaron los ánimos, y el primer magistrado pudo entregar el poder al general Roca con la República en paz.

Durante esta campaña en que la veleidad de los espíritus se reveló á cada momento ; en que los más convencidos desertaban ofuscados y temerosos, Andrade fué siempre el primero y el más fiel amigo durante la crisis, porque en junio de 1880 pasó la candidatura del presidente.

Esta amistad de que tan elocuente manifestación ha dado el general Roca sobre la tumba de Andrade se remontaba á la primera juventud y al colegio del Uruguay donde se conocieron y educaron.

Tales rasgos de consecuencia no son comunes, y es muy frecuente ver lo contrario del alto ejemplo que el pueblo conmovido ha visto.

V

Hablemos ahora del poeta.

No podré decir con exactitud cuál fuese la escuela literaria de Olegario Andrade.

Al hablar de escuela me refiero á esa generosa emulación que pone á una inteligencia incipiente sobre la estela de una inteligencia vigorosa para encumbrarse hasta ella y superarla por éxitos más ruidosos.

En este sentido no tenía modelo. No era tampoco clásico ni romántico bajo el punto en que esas denominaciones se refieran al estilo más que al fondo. Un asunto poético no es ni lo uno ni lo otro en absoluto ó en sí mismo, sino en la manera de presentarlo. Cuestión de ropaje, de pliegues, de vuelo, de formas, pero nunca de esencia.

De aquí que Andrade no tuviera más nociones, que las muy superficiales, sobre lo que constituyen las escuelas, y que, por ende, se apartase de ellas para presentarse con sólo su robusta inspiración, adoptando el lenguaje y el verso que mejor cuadraba á los vuelos centellantes de su genio.

“ Si los clásicos tienen que gobernarse por las reglas de Hermosilla ó Gil y Zárate, me decía hablando de estas cosas, yo no soy clásico, porque los detesto, y de los románticos encabezados por Góngora pienso lo mismo. Los primeros matan la inspiración con trabas absurdas, y los otros propagan el mal gusto con sus licencias ridículas.”

¡ La inspiración ! ¡ el buen gusto ! eran á su juicio las dos llaves que guardan el secreto de una poesía grandiosa é inmortal como él sentía hervir en su cerebro.

De los ingenios modernos, Andrade tenía grandes puntos de semejanza con Víctor Hugo, y en algunas de sus estrofas donde el poeta argentino vertió sus pensamientos más bellos, se revela su mal escon-

dida rivalidad, como en la siguiente pintura de San Martín parado en la cumbre de los Andes.

¿ En qué piensa el coloso de la historia
De pié sobre el coloso de la tierra ?
¿ Piensa en Dios, en la patria ó en la gloria ?

¿Qué comparación más atinada, más poética ni más grande podría hacerse, que la que encierran los dos primeros versos ni ¿qué interpretación más fiel de tres únicas ideas que podían ocupar el pensamiento de San Martín cuando llegado al límite de la estependa cordillera vió el país de Chile á sus piés y sólo á Dios sobre su cabeza?

La concentración en tres líneas de tan sublime cuadro, donde todo se vé hasta lo intangible del pensamiento, sólo se encuentra en los golpes de cincel de Víctor Hugo cuando ilumina con un relámpago de su genio al más tenebroso de sus héroes.

Andrade no imitaba á Víctor Hugo, porque no era la imitación su sistema; lo igualaba y quizá lo excedía algunas veces, por la sola fuerza espontánea de su numen.

No era esto una influencia del arte que no tenía Andrade sino en proporciones exiguas comparado con el poeta francés.

La grandeza de sus argumentos y el teatro abrupto y colosal de sus héroes, los Andes, el Cáucaso,

el mar, los vientos, la naturaleza, en todo lo que tiene de estupendo, era lo que hacía de Andrade un poeta extraordinario y sus poemas, imperfectos como son bajo el punto de vista meramente didáctico, considerados como manifestaciones poéticas ocuparán el puesto más distinguido en la literatura del Nuevo Mundo.

Andrade ha escapado con su buen gusto natural á todo subjetivismo, no mostrando nunca su personalidad en sus composiciones. Poesía alta y objetiva la suya, se desenvuelve en los círculos grandiosos de la epopeya humana, que cuando sube llega hasta Dios, y cuando desciende se pierde en el abismo.

Esta poesía no es de la que se juzga por el criterio de los gramáticos, sino aquella que se siente cuando el espíritu del hombre se cierne en las esferas más elevadas de la inteligencia.

Por las huellas de Andrade es muy difícil caminar. Su lira destrozada ha cerrado el sendero por donde él subió, como Prometeo, hasta la más alta cumbre del pensamiento y del ideal humano.

Desde allí su cuerpo envuelto en las sombras, y su cabeza bañada en luz, brillará como una estrella proyectando sus luces sobre los dos océanos que ciñen el mundo, del mismo modo que la mirada intelectual de su genio abarcó en los siglos las diversas evoluciones de su raza influente y poderosa.

VI.

La muerte del poeta, ocurrida en Buenos-Aires el 30 de octubre, fué un acontecimiento tan imprevisto como deplorado.

Hacia pocos meses que había perdido á su hija Lelia, que idolatraba.

Esta desgracia, superior á la resignación del padre, lo hundió en una tristeza que no le abandonó más. ¡Apenas le sobrevivió siete meses!

Con la muerte de Andrade se olvidaron todas las prevenciones que el hombre político había podido crearse en la lucha tenaz de intereses adversos y de partido.

La reacción fué tan súbita, que sus exéquias han tomado las grandes proporciones de la apoteosis. Su féretro regado con las lágrimas de todo un pueblo ha descendido cubierto de adelfas y de laureles, arrullado por la palabra de sus amigos y las melancólicas estrofas de los poetas.

Para él se han abierto las puertas de la gloria, y si hay olvido para los errores del hombre, habrá un recuerdo eterno para el genio.



SAN MARTÍN

En 1820

Tan pronto como la victoria de Maipo aseguró la independencia de Chile, el proyecto de llevar las armas de la revolución á la ciudad de los Reyes, entró en la órbita de los acontecimientos de actualidad. La mira de San Martín en su vasto plan de emancipación continental estaba en la capital del Perú. Desde que arribó á las playas de Buenos-Aires en 1812, esa idea lo había seducido, porque siendo ese virreinato el eje sobre que se movía todo el sistema colonial en Sud-América, era preciso romperlo, tanto para dar solidez á la revolución, como para extinguir el foco de las resistencias. Rota la base de operaciones, quedaba destruido el poder monárquico, y los esfuerzos de España serían

impotentes desde que la insurrección se apoderara de las posiciones oficiales proclamando la independencia.

Así es que al mismo tiempo que la escuadra chilena zarpaba de Valparaíso en octubre de 1818, con el objeto de hostilizar las naves españolas en el Pacífico, y propagar entre los habitantes del Perú las ideas de libertad, el señor don Antonio José de Irisarri, guatemalteco y hombre de Estado notable era nombrado ministro plenipotenciario cerca del gobierno argentino, para concluir un tratado que fijara las condiciones á la expedición á Lima. Como aquella expedición entraba en el desarrollo de un plan antiguo, el 5 de febrero de 1819 se ajustaba en Buenos-Aires el convenio suscrito por el diplomático de Chile y el doctor don Gregorio Tagle, comisionado por el director Pueyrredón para celebrarlo.

Las razones que tenían las dos potencias argentina y chilena, para llevar la guerra á la capital del Perú se expresaban así en el primer artículo del tratado: "Conviniendo ambas partes contratantes con los deseos manifestados por los habitantes del Perú y con especialidad por los de la capital de Lima de que se les auxilie con fuerza armada para arrojar de allí al gobierno español, y establecer el que sea más análogo á su constitución física y moral, se obligan dichas dos partes contratantes á

costear una expedición, que ya está preparada en Chile con este objeto."

Por parte de Buenos-Aires se había firmado con escasa prudencia ó con suma ligereza aquel compromiso destinado á cumplirse á tan enorme distancia, contra un poder que entonces no se hallaba en aptitud de dañar su existencia política, mientras que sobre su territorio, en la banda oriental del Plata, una invasión portuguesa dominaba á su albedrío; y las tres provincias bañadas por el Paraná, sometidas por caudillos ambiciosos, eran segregadas de hecho á su influencia y á su gobierno. El estado de guerra con el Portugal era inminente, y sólo la moderación ó la debilidad podían postergarlo; mas la turbulencia del caudillaje que no había cesado de hostilizar al gobierno central, dejaba sentir sus vibraciones en el recinto mismo de la capital.

La armonía política de las Provincias Unidas flaqueaba en aquellos instantes: los directores de su gobierno y constitución habían ya perdido el ideal democrático, y halagados por secretas ambiciones especulaban misteriosamente con la fundación de una monarquía en el Río de la Plata.

Estos desfallecimientos de la opinión no siempre pudieron ocultarse, y en la carpa de caudillos se comentaban de una manera trascendental aquellas aberraciones del poder público, calificando de cri-

men de lesa patria un procedimiento tan contrario á los intereses de la América.

Mientras este desnivel en las opiniones desarrollaba el germen de la disolución social, San Martín había venido hasta Buenos-Aires con el propósito de obtener recursos mediante su influencia con Pueyrredón, para realizar la campaña al Pacífico; pero eran tantas y tan positivas las dificultades con que marchaba el Directorio, que nada pudo conseguir fuera de lo que ya tenía, esto es, el ejército por él formado, del cual una parte se conservaba en Chile, y otra, á las órdenes del coronel Alvarado, se había restituido á las provincias de Cuyo para reponer las bajas ocasionadas por la deserción y la muerte.

Todo el año 19 se pasó sin fruto para la expedición, y quizá hubiera fracasado el proyecto, si San Martín, apresurándose á cumplir las órdenes del Directorio de Buenos-Aires, reúne las divisiones de Mendoza, San Juan y San Luis para marchar á la capital en defensa de aquella autoridad seriamente amenazada por los caudillos. Dar este destino á las tropas destinadas á la campaña del Pacífico era sacrificar el resultado de tres años de ingratas fatigas, en una lucha sin bandera, sin gloria y sin honor.

Resuelto á no comprometer en la guerra civil tan buenas tropas, de Mendoza pasó á Chile, esqui-

vando el compromiso de marchar á Buenos-Aires, por medio de una supuesta enfermedad; empero, las legiones acantonadas en las tres ciudades de Cuyo, fueron movidas por el elemento disolvente que transmitía el contagio á todos los espíritus. Un vasto plan de insurrección se desarrollaba á la vez que en los ejércitos del gobierno, en el campamento de la montonera. Los primeros acudiendo á la voz de los cabildos alarmados por la sanción de un Código nacional unitario se disolvían para concurrir en defensa de los municipios; y los segundos se agrupaban para combatir la tendencia monarquista del Congreso y Directorio.

Esta era la llamada general hacia la disolución política y reorganización social.

La fuerza iniciadora de la revolución se había gastado en el seno de victorias clásicas y de agitaciones populares en que las masas campesinas carecían de representación. Ahora venían armadas á la arena reclamando su parte en el festín de la libertad.

Con el primer albor del año veinte la nueva entidad se presentaba en la contienda pidiendo el acatamiento á sus opiniones, y el desorden empezó en los primeros días de enero. El ejército de Belgrano se sublevó en Arequito, y una parte del de los Andes en la ciudad de San Juan. Los caudillos Ramírez y López derrotaron las milicias de Buenos-

Aires en la cañada de Cepeda el 1º de febrero, y ante el desastre de los ejércitos nacionales, el Congreso se disolvió y el Directorio fué incapaz de afrontar el empuje de los gauchos.

La atracción de la vorágine llevaba á la anarquía todos los elementos orgánicos, y un período de descomposición y reacción simultáneas se iniciaba en las Provincias Unidas, por medio de fenómenos tan inesperados como extraordinarios.

Felizmente la discreta previsión de San Martín se había anticipado á este cataclismo, y el coronel Alvarado, bajo las instrucciones más terminantes, debía poner en salvo la parte del ejército que se mantenía en su obediencia. Así fué que considerándose impotente para someter los cazadores de los Andes amotinados en San Juan, llamó los granaderos a caballo que estaban en San Luis, y poniéndose en marcha con el regimiento de caballería que conservaba en Mendoza, repasó la cordillera llegó á Rancagua con mil cien hombres de caballería, y se reunió á Las Heras que se encontraba en ese punto con la infantería y artillería argentina.

La noticia de la caída del Directorio y disolución del gobierno argentino, puso á San Martín en las mayores dificultades para continuar al frente del ejército reunido en Rancagua.

Él creyó que su mando caducaba con la autoridad que lo había instituido general en jefe, y en este

concepto creía de su deber renunciar un empleo que de derecho no le pertenecía más.

Una nueva dificultad surgía á su vez delante de aquella resolución.

¿Ante quién iba á dimitir el mando, no existiendo ya en el país ninguna autoridad constituida con carácter nacional?

Es probable que en esta emergencia consultase con su amigo O'Higgins, lo que á su decoro y á los intereses de la causa convenía; porque en negocio tan árduo, cualquier ligereza podía ser de fatales resultados.

No pudiendo continuar al frente del ejército sin hacer alguna declaración á los jefes, que justificase esta conducta, y como por otra parte, no existía una superior autoridad ante quien deponer su cargo, se decidió por un temperamento que obviase estos inconvenientes, dejando la suerte de aquellos veteranos, entregada á su propia decisión.

Así resuelto, dirigió á su estado mayor, desde Santiago de Chile, el 26 de Marzo de 1820, la renuncia de general en jefe, fundándose, en que el Congreso y el Director supremo de las Provincias Unidas no existían, y como de aquellas autoridades emanaba la suya de general en jefe del ejército de los Andes, creía de su deber y obligación manifestarlo al cuerpo de oficiales del ejército, para que ellos por sí y bajo su espontánea voluntad

nombrasen al general, para mandarlos y dirigirlos, á fin de salvar por este medio los riesgos que amenazaban la libertad americana.

Con el objeto de que esta nota no fuese explotada en sentido de torcer las opiniones con un propósito cualquiera, y que sin ninguna premeditación ni plan, los oficiales pudieran opinar libremente, en el sobre del oficio se expresaba: *Que no se abriese hasta no estar reunida toda la oficialidad.*

En seis artículos traía indicado dicho documento, las fórmulas con que debía procederse á la elección del sucesor, con otras muy discretas observaciones, para dar validez y circunspección á ese acto tan excepcional.

La renuncia llegó á Rancagua el 2 de Abril, é inmediatamente se llamó á los jefes, el capitán y un teniente de cada compañía, á la casa del estado mayor, para efectuar la *rotura de la nema* en su presencia.

Concurrieron como jefes de la artillería, Manuel Herrera y Francisco Díaz; de granaderos á caballo, Nicasio Ramallo y Juan O'Brien; del número 7 de infantería, Pedro Conde y Cirilo Correa; del número 8, Enrique Martínez; del número 11, Román Antonio Deheza; de cazadores á caballo, Mariano Necochea y Rufino Guido, y además el estado mayor compuesto de Las Heras, Paz, del Castillo, Rudecindo Alvarado, Juan José Quezada y Luciano Cuenca

Tomada en consideración la nota del general en jefe, y después de un cambio de ideas en que se adujeron diversos argumentos sobre lo fundamental de la renuncia, se decidió por unanimidad: que la autoridad que había recibido el señor general para hacer la guerra á los españoles y adelantar la felicidad del país, no había caducado, ni podía caducar, porque su origen, que era la felicidad del pueblo, era inmutable; estableciendo en resumen; que sólo en el caso de enfermedad ó muerte sería sustituido por el que ocupase su segundo lugar en el ejército.

Firmada esta acta y cumplidos los deseos del general en jefe, se le remitió copia de todo á la capital de Chile, donde esperaba la respuesta á su comunicación del 26 de Marzo.

Esta prueba de adhesión en circunstancias que una palabra indiscreta, una insinuación la más insignificante hacia el desorden, podía disolver en una hora aquel ejército, le demostró á San Martín que el amor á la independencia se mantenía incólume en el corazón de sus viejos compañeros de gloria.

Pensó que con aquel grupo de bravos podía ir hasta Lima para consolidar la libertad en la América del Sud. Mas, para esto érale preciso mantener aquel espíritu patriótico en constante agitación, no dejándolo adormecerse y menos contami-

narse con el virus de anarquía que asolaba las provincias argentinas.

En presencia de aquel resultado contestó al ejército que aceptaba la honrosa distinción de mandarlo, y que á su frente cumpliría los votos del pueblo argentino, al mismo tiempo que ordenaba á Las Heras, aprontase los diversos cuerpos que constituían aquella división, para revistarlos á su llegada y entregarse nuevamente del mando.

Á mediados de abril de 1820 tuvo lugar esta ceremonia militar que ha inmortalizado el pincel de Juan Manuel Blanes en un lienzo que lleva por título: *La Revista de Rancagua*.

Tiene este acontecimiento grande y trascendental significado en la independencia del Perú. De la confirmación de San Martín, en el mando dependió la expedición á Lima; y es seguro que sin éste paso decisivo del ejército de los Andes, Chile no habría tenido elementos para dar cima á la empresa más gloriosa que registran los fastos de la revolución americana.

Desde que San Martín pudo contar con el ardiente apoyo de aquellos soldados, nada le pareció difícil, y con esa perseverancia que en la tenacidad de su carácter, equivalía á la febril actividad de los que todo lo improvisan, se puso á remover los obstáculos para lanzarse cuanto antes á las arenosas playas del Pacífico. Allí le esperaba la gloria y la fortuna.



EL COMLOT DE LOS FUSILES

Si hay un sentimiento que honra al corazón humano, es la veneración y el respeto que inspiran las grandes acciones.

Correr peligro de la vida y sacrificar la fortuna en servicio de la independencia de la patria, son títulos que enaltecen á los hombres. Ejercitadas por la mujer esas mismas acciones deben considerarse aún más dignas de admiración y aplauso.

El 29 de mayo de 1812 se congregaban las más ilustres damas de BuenosA-ires, en casa de la señora doña Tomasa Quintana de Escalada.

Tenía por objeto aquella reunión el fin más noble y patriótico para la causa de la independencia.

El erario estaba exhausto y las armas faltaban á cada paso, para armar á los voluntarios que par-

tían entusiastas á defender la causa de los pueblos.

Los ciudadanos más distinguidos habían tomado á su cargo el costo de una partida de fusiles, para aliviar al gobierno.

Este era un rasgo muy natural: entraba en la esfera del patriotismo el sacrificio bajo toda sus formas: pero llegó nueva remesa de fusiles, y los ingleses, nuestros buenos amigos de aquella época, no sabían vender á plazo, ni les convenía abrir créditos á gobiernos tal vez de un día y pueblos sin rentas públicas.

Para recibir los fusiles era preciso entregar el dinero contante, y el dinero faltaba.

Belgrano pedía nuevas bayonetas para armar las poblaciones que se levantaban en masa contra el español. El vocal Sarratea las reclamaba á su vez para Montevideo, cuya plaza debía poner en estrecho sitio.

La reunión de aquella noche en casa de la señora de Escalada tendía, pues, á salvar tan afligente situación.

Cuando estuvieron reunidas las principales complotadas, la señora doña Tomasa les habló así:

—Las he mandado llamar, para si están resueltas compremos los fusiles, haciendo una suscripción. El gobierno no puede pagarlos, y es preciso que los enemigos no se aperciban de nuestra pobreza,

—Perfectamente, amiga mía, dijo doña Carmen Quintanilla de Alvear.

—¿Y cómo haremos eso; será preciso prevenir á nuestros esposos? agregó Maria Costa.

—No, nada digamos á ellos; los vuestros aceptarían, pero el mio que es español y nada amigo de los patriotas, lo descubriría todo, replicó Elena P.

—¡Pobre Elena! ¡qué desgracia la tuya, casarte con un godo acérrimo; debes sufrir mucho!

—¡Oh! no tanto como mi marido; él sufre por mí y por nuestro pequeño Juan, que es americano. Por esto yo no puedo dar mi nombre, si el donativo se ha de hacer por escrito.

—Pero, ¿pagarás tu arma?

—Eso sí.

—Bien, dame una onza de oro, y yo tomo dos fusiles por mi cuenta, repuso Petrona Cárdenas.

—Un fusil es poco, agregó Elena, entregando la onza á su amiga.

—Si es poco, dale otra onza á Carmen Quintanilla para que te lleve otro.

—Bueno, así está bien. ¡Cuándo mi hijo podrá sostener una espada! ¡Felices ustedes que pueden dar su nombre al mundo para que las admire! Yo tengo que sacrificarme á la paz doméstica.

—¿Y qué le diremos al gobierno? preguntó Isabel Calvimontes.

—Le diremos la verdad.

—Y, ¿qué es la verdad en este caso?

—Decirle sencillamente que donamos esos fusiles para el Estado.

—¡ Oh ! eso es muy frío, exclamó María Sánchez de Thompson, yo tengo redactada una nota que voy á leerles ; dámela, Remedios, continuó dirigiéndose á la joven novia de San Martín. Pongan atención y corrijan lo que no les parezca bien.

María Sánchez levantó el escrito á la altura de la luz, leyó. . .

Sus cómplices escucharon en silencio.

—Está bien, muy bien, dijeron todos cuando hubo concluido : firmemos ; y tomó la pluma la esposa de Alvear, diciéndole al oído á María Sánchez :

—Esto te lo ha escrito Montecagudo.

—No lo repitas Carmen.

—¿ Por qué ? ¿ qué hay de malo ?

—Hay de malo que no es verdad.

—¿ Y cómo me probarías que no es verdad ?

—Así, dijo María Sánchez, acercando á la bujía el oficio y quemándolo.

—¡ Qué has hecho ! gritaron todas.

—Nada ; castigar á esta calumniadora. Siéntate, Carmen, y escribe : voy á probarte que yo no necesito secretario.

La de Alvear se sentó maquinalmente.

—Ponga usted ahí : *Excelentísimo Señor*.

— ¿En abreviatura?

— Sí, en abreviatura.

— Ya está.

— Ahora, un poco más abajo :

“La causa de la humanidad, con que está tan íntimamente enlazada la gloria de la patria y la felicidad de las generaciones, debe forzosamente interesar con una vehemencia apasionada á las madres, hijas y esposas que suscriben. Destinadas por la naturaleza y por las leyes á llevar una vida retirada y sedentaria, no pueden desplegar su patriotismo con el esplendor que los héroes en el campo de batalla. Saben apreciar bien el honor de su sexo, á quien confía la sociedad el alimento y educación de sus jefes y magistrados, la economía y el orden doméstico, base eterna de la prosperidad pública; pero tan dulces y sublimes encargos las consuelan apenas en el sentimiento de no poder contar sus nombres entre los defensores de la libertad patria. En la actividad de sus descos han encontrado un recurso, que siendo análogo á su constitución, desahoga de algún modo su patriotismo.

“Las suscriptoras tienen el honor de presentar á V. E. la suma de . . . pesos que destinan al pago de . . . fusiles, y que podrán ayudar al Estado en la erogación que va á hacer por el armamento que acaba de arribar felizmente : ellas las sustraen gustosas á las pequeñas pero sensibles necesidades de

su sexo, por consagrarla á un objeto el más grande que la patria conoce en las presentes circunstancias. Cuando el alborozo público lleve hasta el seno de las familias la nueva de una victoria, podrán decir en la exaltación de su entusiasmo:—“Yo armé el brazo de ese valiente que aseguró su gloria y nuestra libertad”.

“Dominadas de esta ambición honrosa, las suscriptoras suplican á V. E. se sirva mandar se graben sus nombres en los fusiles que costean. Si el amor á la patria deja algún vacío en el corazón de los guerreros, la consideración al sexo será un nuevo estímulo que les obligue á sostener en su arma una prenda del afecto de sus compatriotas, cuyo honor y cuya libertad defienden. Entonces tendrán un derecho para reconvenir al cobarde, que con las armas abandonó su nombre sobre el campo enemigo; y coronarán con sus manos al joven que, presentando ante ellas el instrumento de la victoria, dé una prueba de su gloriosa valentía.

“Las suscriptoras esperan que aceptando V. E. este pequeño donativo, se sirva aprobar su solicitud como un testimonio de su decidido interés por la felicidad de la patria.”

Tal fué la nota con que las ilustres porteñas presentaron su valioso donativo el 30 de mayo de 1812.

La orgullosa Quintanilla quedó vencida por la inteligente María Sánchez.

Al despedirse abrazándola, le dijo:

— María, si quieres una plaza de gramática, te ofrezco por discípulo á Carlos mi esposo.

— Te lo agradezco sin aceptarlo; déjalo que pase á la historia con su mala ortografía; esa será una bella sombra para su reputación.

Y se dieron un beso de cariño.

Eran las doce de la noche cuando se disolvió aquel famoso club con faldas.

Algunos días después, la *Gaceta Ministerial* publicaba en sus columnas aquella gloriosa nota, destinada á ser en la posteridad la corona cívica de nuestras abuelas.



LA CIFRA DE HIERRO

Caminando pocos días ha por la calle de Córdoba, ví una antigua ventana de reja con un rosetón al centro que á la distancia parecía un simple dibujo.

Me llamó la atención y detuve el paso.

Aquello no era vulgar.

Pasaba por mi lado una anciana que levantó los ojos al ver la insistencia con que miraba la reja, y como respondiendo á mi curiosidad que bullía por descubrir algo en esa antigualla del plutonismo argentino, dijo en tono claro y como asaltada de un recuerdo lejano : ¡ LA CIFRA DE HIERRO ! y pasó adelante llevando colgada al brazo su canastita de provisiones.

Atravesé la calle.

Entonces vi claramente que el rosetón lo formaban letras y números que dicen así :

VIVA LA PATRIA, 1817

¿De quién había sido aquella casa en el año marcado por el ciclope bonaerense ?

Indudablemente debió vivir aquí un patriota, me decía yo. Poner semejante lema era darse patente de insurgentísimo y rebeldía, y este delito tenía pena de horca en los códigos del rey.

Aquella era una sentencia de muerte rubricada por un reo convicto y confeso de patriotismo.

Tanto denuedo me asombraba, y resolví rastrear los hechos pasados, para darlos al público si valía la pena.

Saqué la cartera y escribí las palabras de la anciana, como única guía para averiguar el origen de la leyenda ; porque á falta de historia, tradición debía existir detrás de aquella ventana.

Un sentimiento forjado en el yunque, una pasión modelada á martillazos no podía menos que tener hondas raíces en el corazón; y como el patriotismo es árbol que no crece solo, yo veía en aquella cifra no un sentimiento individual y transitorio, sino el resumen de una manifestación pública y solemne; la palabra de una época, el eco de los grandes días, un símbolo, una fe.

Y en esos hierros viejos, transformados por una ilusión, creí distinguir una boca, la boca del pueblo de Mayo, que en 1817, al día siguiente de dar la libertad al ingrato Chile, gritaba con labio de hierro: ¡VIVA LA PATRIA!

Bajando á otro orden de ideas, me imaginaba que aquello debió ser ideado por una mujer.

Y así era la verdad.

*
* *

Al día siguiente, á la misma hora, ya estaba yo parado frente de la reja.

La anciana no tardó en llegar.

Al acercarse la saludé, y la dirigí la palabra:

— Mi buena señora, ¿es usted antigua de este barrio?

— Sí, señor, porque aquí me he criado y vivo todavía.

— ¿Sabrá usted, por casualidad de quién ha sido esta casa? y señalé la que tenía al frente.

Si sé, me contestó, sin dejar de andar, pero si usted tiene interés en saberlo, véngase conmigo y se lo diré en casa — ¡qué patriota era aquella!

— ¿Quién? ¿la que mandó hacer esa reja?

— Sí, señor.

— ¿Y usted la conoció?

— ¡Cómo no! si era la que reunía en su casa todas las niñas de aquel tiempo.

— ¡ Las reunía ! ¿ y para qué las reunía ?

— Eso es lo que le contaré adentro; ya hemos llegado: entre usted á la salita, que yo voy á dejar esto y ver los *chiquilines* de mi hija. Pronto vuelvo para contarle la historia que tanto desea.

Penetré conmovido en aquel modesto albergue, donde iba á escuchar una palabra del pasado, reproducida por los labios fieles de una anciana. La sencillez y el aseo de nuestras abuelas brillaba en el humilde ajuar de aquella casa.

Todo era allí verdad.

El aparato, esa metáfora de la miseria, no había penetrado en su recinto.

Apenas habían cruzado estas ideas por mi mente cuando estuvo de regreso la anciana.

— Señora, usted ha de perdonar esta molestia, le dije, pero estoy empeñado en sacar á luz todos los actos del patriotismo realizados por mujeres argentinas, y en este sentido quiero las noticias que usted pueda referirme sobre el letrero de la reja, que según parece se hizo en 1817.

— Fué en ese año precisamente, después de la batalla de Chacabuco, donde murió mi padre; me acuerdo como si ahora fuera; yo estaba de luto, pero el 25 de mayo tuve que salir de blanco lo mismo que todas las niñas, porque misia Jerónima vino á ver á mi madre para decirle que era bien dichosa en haber perdido á su esposo por la patria,

que me dejara ir á la plaza á cantar el Himno Nacional, pues ese era el deber de las madres argentinas. Mi pobre madre cedió llorando, y yo me fui contenta á los ensayos.

—¿Quién era esa señora?

La dueña de la casa, Jerónima San Martín, la mujer más patriota que he conocido. Siempre andaba en traje azul y blanco como la bandera nacional. Ella fué quien sacó la moda de los gorritos de la libertad que se usaron tanto en ese tiempo.

—¿Ella sacó la moda?

—Ella misma, y fué en el año 18.

“Nos presentamos en la plaza vestidas de blanco banda azul terciada sobre el pecho, gorrito punzó en la cabeza y el pelo suelto á la espalda.

“Me acuerdo que ese día la San Martín llevaba zapato de raso celeste y media de seda blanca; vestido corto de sarga azul y rebozo blanco de espumilla; el cabello partido á la patriota con raya á la izquierda y separado en dos trenzas, gorro de la libertad, y en la mano una bandera con lanza de plata. ¡Me parece que la estoy viendo!

“Al salir el sol, acompañada de la música del Fuerte, entonamos la canción patria. Todo el pueblo estaba en la plaza; á cada estrofa éramos interrumpidas por los vivas y los aplausos.

“¡Qué entusiasmo! Perdóne usted si me conmuevo al recordarlo; misia Jerónima lloraba de

gozo y se accidentó al dar un *viva la patria* y fué preciso conducirla en una caleza.

“El señor Pueyrredón, que era el Director, vino á visitarla acompañada del mismo Terrada, y ya la encontraron repuesta haciendo los preparativos de un baile para esa noche.

“—Señora, le dijo el Director, ¿piensa usted dar un baile y hace quitar la reja de la ventana?

“—Si señor, contestó misia Jerónima, pero eso será por pocas horas; á la noche estará colocada.

“—Entonces, no comprendo por qué la saca usted.

“—Si V. E. se digna honrar esta casa, lo sabrá á la noche.

“A las diez empezó el baile. Allí estábamos las cantoras de la mañana.

“¡Qué fiestas aquellas tan hermosas! ¡Cuánto entusiasmo por la patria y la libertad!

“Serían las once cuando entró el señor Pueyrredón. Lo primero que hizo fué mirar la ventana: ya estaba repuesta la reja y cubierta de luminarias, y en el rosetón del centro se leía en letras blancas sobre fondo azul: *VIVA LA PATRIA, 1817.*

“El Director volviéndose á la dueña de casa, le dijo con la más exquisita cortesía:

“—Señora, la felicito á usted por tan patriótico pensamiento.

“¡Ay, Exmo señor! esta mañana tuve la des-

gracia de accidentarme al vivir la patria ; pues bien he querido que ese grito del alma que no pudo resistir mi naturaleza, resuene en la posteridad, y espero que el hierro no me hará traición extinguiéndose como mi voz...”

Aquí llegaba la anciana en su relato, que yo escuchaba conmovido, cuando vinieron á llamarla : creí una impertinencia detenerme, y me despedí.

Ahora le envío mi recuerdo en estas líneas ; no digo su nombre porque no estoy autorizado para divulgarlo.

Por lo que respecta á la cifra de hierro y la ventana que la contenía, han sido cambiadas por una puerta donde existe un negocio, calle de Córdoba entre San Martín y Florida. La reja andará probablemente arrumbada por los patios. ¡ Así es todo en la vida !



LA HORA DE LA PRUEBA

El ejército independiente de argentinos y chilenos había sido atacado y deshecho por los españoles en la proximidad de la ciudad de Talca, la noche del 19 de marzo de 1818.

Lleva en la historia esta sorpresa, el triste nombre de *Cancha-Rayada*.

Cancha-Rayada es una página luctuosa de la revolución, el negro fondo sobre cuyas tintas se destacaron más tarde los resplandores gloriosos de Maipo.

La luz disipó la sombra, como la victoria hizo olvidar el desastre.

Después de luchar con bravura y perder quinientos soldados, la artillería y bagajes, el ejército de la patria huyó disperso y en derrota. Únicamen-

te el general Las Heras pudo salvar la división de su mando que ocupaba la derecha.

San Martín envuelto en el desorden era arrastrado lejos del campo, y obligado á seguir la línea caprichosa que le trazaba la incertidumbre de su situación.

Marchaba seguido de dos ayudantes y el trompa de órdenes, tétrico, sombrío pero enhiesto sobre su caballo de pelea, como un jinete de bronce.

Sus botas cubiertas de polvo se apretaban recias sobre los anchos estribos de su montura.

La musculatura del bruto fatigado se contraía por la acción regular, casi automática de un trote de muchas horas.

Cuando los dispersos que en la sombra no se conocían, pudieron distinguir al general, y los más próximos avisaron á los más distantes cuál era el rumbo que llevaba, una especie de atracción magnética hizo converger hacia su persona aquella desordenada falanje.

San Martín, frío, sin acción sobre su caballo, marchaba por la huella carretera, y allí llegó hasta la hacienda de Quechereguas, en cuyo extenso patio existía una cancha de bochas. Todo dormía en aquel edificio: era la hora del amanecer, y las primeras claridades de la aurora bañaban los campos.

El caballo sin ser aguijoneado por la espuela

salvó el débil repecho de un madero que cerraba la entrada de la cancha, y allí se detuvo. San Martín desmontó, y sin mirar á ningún lado, sin decir una palabra, caminó unos ocho ó diez pasos, se detuvo y arqueando rápidamente sus piernas, se echó de bruces contra el suelo, y cruzando los brazos reposó en ellos su cabeza.

¿Qué tormentos no sentiría rugir en su cerebro aquel hombre agobiado por tan inmenso desplome!

Allí estaba el cóndor tendido y desfalleciente, invocando al genio de la América esclavisada para que lo iluminase en la hora suprema.

Caído, sin ejército, solitario, se veía allí donde dos días antes circulaban en torno de su tienda nueve mil combatientes intrépidos, con los que tenía segura la victoria.

¿Qué pensaba aquel nuevo Anteo postrado sobre la madre fecunda, que debía vigorizar el temple de su espíritu?

¿Qué pensaba el héroe?

Pensaba en su patria cuya bandera veía enlutada; pensaba en Chile, cuya independencia zozobraba á sus espaldas; pensaba en el Perú cuya libertad había jurado sobre su espada.

Triste, meditabundo, con las armas rotas, el paladín soberbio se debatía en la hora amarga de la prueba; quebrantado, impotente, sin hombres, sin cañones, sin oro; sin opinión acaso, porque la opi-

nión es la compañera inseparable del éxito, y á él le seguiría sólo la burla y el sarcasmo de la suerte.

En esa actitud permaneció algunos minutos, sin hacer el más leve movimiento. Los ayudantes sin desmontar de sus caballos velaban su aparente sueño, mientras que el guerrero impassible y mudo, discutía el problema de su destino.

Entre tanto, la gente dispersa empezaba á reunirse en torno de aquella cancha de bochas, donde con la rigidez de la muerte se veía tendido al general en jefe.

De repente, el sol, dominando majestuosamente la cumbre de los Andes, vertió sus resplandores oblicuos sobre la tierra de Chile, y un rayo de su luz hirió como una flecha de fuego la negra y empolvada cabeza del soldado.

Á su contacto, San Martín alzó la frente, y ágil, rápido como un atleta se puso de pie.

Aquella ingrata noche había pasado.

Sobre la manga de su traje se veía una mancha lustrosa que parecía reciente. Era la lágrima de fuego con que el hombre pagaba su tributo de flaqueza al infortunio.

Miró á todos lados, y á todos lados vió á sus compañeros sombríos, opacos, taciturnos, como si sobre todas aquellas cabezas hubiera escrito un cartel de ignominia. El polvo de la derrota era

arena calcinada por el oprobio, y les quemaba la faz.

Comprendió que un rugido de fiera estaba contenido en cada uno de aquellos pechos varoniles. Que todos en silencio le demandaban venganza.

En estos momentos un jinete rompiendo aquella masa de hombres á caballo y á pie, con armas unos y desarmados otros, muchos estropeados, se precipita hacia el general y le entrega una tira de papel. Era un alferez de granaderos á caballo.

— Capitán, le dijo San Martín, mirando la gorra del jinete, ¿es cierto que el general Las Heras ha librado toda su división y los cañones de Chile ?

— Es cierto, señor general.

— Bien, capitán, póngase al frente de esos grupos y diríjalos hacia Rancagua. ¡Chile se ha salvado!

Montó en su caballo, llamó á sus ayudantes, y dando orden al trompa que lo acompañaba de obedecer al joven capitán, se puso en marcha otra vez, adusto, impenetrable, sin hablar una sola palabra hasta encontrarse con el bravo Las Heras, que en esa noche había sido la providencia de la patria. Allí le esperaba con la base de un nuevo ejército.

Maipo fué la revancha gloriosa de aquella sorpresa.

Las armas españolas que representaban la tiranía y las tinieblas feudales, vencieron en las sombras. El ejército de la patria que simboliza la liber-

tad, fué acariciado por la victoria á la luz espléndida del día.

El guerrero caído en Talca por la sorpresa, fundió en Maipo, con el bronce de los cañones del rey, la columna indestructible de su gloria.



EL BAUTISMO DE LA CABALLERÍA ARGENTINA

1806

El episodio que vamos á narrar es indudablemente una de las más bellas páginas, á la vez que la primera en el tiempo de los famosos jinetes del Río de la Plata. Allí se mostraron con su audacia y valor natural, los que adiestrados más tarde por Alvear ó por Belgrano, llevaron la espada y la bandera de la independencia hasta el círculo máximo del Ecuador, donde hicieron flamear victoriosos los colores argentinos.

Tomada por sorpresa la ciudad de Buenos-Aires, ausente el cobarde virrey, la bandera inglesa tremolaba en el Fuerte y las armas británicas eran señoras de nuestro río y de nuestros hogares. Empero, la idea de sacudir el yugo echando los ingleses á

viva fuerza, se dejaba sentir entre los hijos del país y algunos españoles, y trabajaban con sigilo en este propósito lo mismo en Buenos-Aires que en Montevideo. Viéndose vijilados en la ciudad los reaccionarios plantaron su misteriosa logia en unos caseríos llamados de Perdriel, cuatro leguas al noroeste de la capital. Allí habían levantado un simulacro de defensa con algunos viejos cañones de mar, unos pocos fusiles y otras armas destinadas á la caballería. Daba consistencia á estos proyectos la esperanza de una próxima expedición que, mandada por el capitán de navío D. Santiago Liniers, debía llegar desde la Colonia, y además tenían el inmediato apoyo del regimiento de Blandengues mandado por el coronel Echevarría. Entre los que más decididamente trabajaban por obtener la reconquista, hacíase notar el joven porteño D. Juan Martín de Pueyrredón, tipo varonil y hermoso que apenas frisaba en los treinta años. Tan alentado sujeto, rico de fortuna y muy querido de sus paisanos, había conseguido levantar un escuadrón voluntario de caballería que, mal armado, pero con excelentes caballos, lo acompañaba en el reducto de Perdriel, esperando la hora de señalarse con un rasgo digno de pasar á la historia. Habiendo llegado á noticia del jefe inglés, coronel Berresford, el proyecto que se tramaba y el sitio donde tenían sus recursos los defensores de la cautiva Buenos-Aires,

se resolvió á concluir rápidamente con aquellos elementos contrarios. En la madrugada del 1º de agosto, antes de rayar el alba de un día frío y nebuloso, emprendió su marcha al frente del regimiento número 71, ocho piezas de artillería y una veintena de jinetes. Á las seis de la mañana estaban los intrépidos ingleses sobre la meseta de Perdriel, hermosa colina que supera el extinguido arroyo de la Merced tributario del Lujan, y que volcaba sus raudales á la altura del vado de Carupá. La presencia inesperada de los enemigos sorprendió á los revolucionarios, y el primero en darse á una retirada que tenía todo el carácter de fuga, fué el jefe de los Blandengues, cuya tropa le siguió al centro de la campaña, sin temor de ser perseguida, porque los ingleses no llevaban bastante caballería. Mal servida y peor montada la artillería no pudo ni supo resistir á los infantes del 71, y todo quedó perdido en poco más de una hora. Lleno de ira y de vergüenza el noble Pueyrredón invita á los soldados de su reducido plantel para dar una carga á los enemigos que ya se aprestaban para celebrar el triunfo, y encontrando acogida generosa á su proyecto, se pone á su frente y da la primera y más brillante carga sobre las compañías inglesas; rompen las filas, llegan hasta el carro de las municiones y lo arrebatan del centro mismo de los enemigos asombrados de tanto valor. Corren con la

presa, pero, antes de ponerse en salvo, una bala de cañón certeramente dirigida destroza el caballo del arrogante caudillo, quien queda milagrosamente de pie y con la espada centellante en la mano. Los ingleses se precipitan, lo rodean y creen ya cierta su captura, cuando volviendo riendas uno de los más audaces compañeros de Pueyrredón, clava las espuelas á su caballo, atropella y destroza cuanto se opone á su paso, alcanza hasta donde está su jefe, hace girar sobre los garretes al brioso animal y le presenta el anca, gritándole — *¡ suba pronto! —* Pueyrredón, sereno, no se detiene, y de un salto como sólo puede darlo un ágil gaucho, toma la grupa, y parten como una saeta dejando pasmados á los bravos ingleses. Estos célebres jinetes que rompían las líneas del heroico 71, fueron los *húsares de Pueyrredón*, que once días más tarde dividieron los laureles de la reconquista con el valiente escuadrón venido desde la Colonia á las órdenes del capitán don Benito Chain. Así nació la caballería argentina, y así se bautizó en el fuego y en la gloria.



SANTO Y SEÑA

CON DÍAS — Y OLLAS — VENCEREMOS

En una de las noches próximas á la retirada de La Serna, se había comunicado el siguiente “santo y seña” en el cuartel general de los patriotas: *Con días—y ollas—venceremos*. Los jefes y oficiales de San Martín, no obstante hallarse acostumbrados á las *extravagancias* de su general, extravagancias que siempre refluían en algún acontecimiento inesperado, recibieron esta vez aquel *embolismo* con una marcada ironía, pues que clasificaron de disparate tal ocurrencia; escasísima de chiste y despojada de toda alusión á las cosas del ejército, no como acostumbraba hacerlo el general. Y mayor fué la crítica por cuanto las interpretaciones que le dieron algunos oficiales en reserva, tendían á que se comprendiesen como un reproche del general en jefe,

porque el ejército deseaba venir á las manos con el enemigo, en tanto que San Martín quería ganar á Lima sin gasto de hombres ni de pólvora; pues á la verdad, no eran aquellos ni muy abundantes, ni ésta suficiente para quemarla sin urgencia y sin peligro. Pasó la noche y pasaron los días sin que nadie entendiera racionalmente el significado de tales palabras, y fué después de estar el ejército patriota en posesión de la capital, cuando San Martín en una de esas expansiones que, si no eran frecuentes, eran sinceras, refirió á sus íntimos amigos, en la tertulia de palacio, el secreto de las *ollas* que á la verdad era la incógnita de aquel problema.

Descubiertos constantemente sus emisarios por los espías de La Serna, pues entre los que se daban por patriotas algunos no lo eran, según pruebas que doña Rosa Campuzano, favorita del virrey, le había remitido desde la ciudad con grave compromiso de su parte; — iba ya siendo imposible comunicarse de una manera segura con sus agentes de Lima. El tiempo urgía y le era preciso tener al corriente de los negocios á sus amigos que rodeaban al virrey, para que estos á su tiempo, le comunicaran lo que pasaba en las regiones oficiales. Como no quería que nadie penetrara su secreto antes que el éxito lo abroquelase contra la sátira y la burla de los enemigos, un día que con sus ayudantes iba de Huaura á Supe vió venir á un indio alfarero carga-

do con sus cacharros, y adelantándose hasta encontrarse solo con él detuvo el caballo, le dijo quién era, y le ordenó que al día siguiente se presentara en el cuartel general.

No faltó el indio, y habiéndole preguntado San Martín si le sería fácil fabricarle unas ollas de barro, allí en su presencia, la respuesta del viejo alfarero fué afirmativa. Volvió al día inmediato, amasó su barro, y sin más testigo que aquel singular genio y carácter se puso á modelar sus ollas. Estando ya una formada, le preguntó San Martín: de qué modo podría ponerse un papelito, en el fondo de la olla, que al ponerse ésta al fuego no se quemase ni destruyera. Le dijo el indio lo que era necesario hacer, y ensayó su procedimiento con el mejor suceso, pues, rota la olla, el papelito resultó intacto. Contento San Martín por tan no sospechado sistema de sobres para girar correspondencia revolucionaria, se acercó cariñoso al indio alfarero y poniéndole una mano sobre el hombro, le habló así:

— Mi viejo *curaca*, si tú me pones una docena de ollas como esta en poder del canónigo Luna Pizarro, que está dentro de la ciudad, ¡tú y todos tus hermanos serán libres para siempre! ¡Te lo juro por ese sol de tus padres!

El viejo indio miró al sol, miró á San Martín, en seguida bajó los ojos hacia la olla: se arrodilló de-

lante del libertador de su patria y terminando su mímica, sólo dijo:

—Sí, prometo.

Sellado así aquel pacto que ahorraba la sangre y los estragos de una batalla para tomar á Lima, el indio se puso á su tarea, y San Martín introdujo cuidadosamente doce cartas en otras tantas ollas, que tuvo el cuidado de numerar ó señalar con un signo cuya explicación corría en la esquila del canónigo. El trabajo salió á su satisfacción, y era ya noche cuando se dió fin al cocido de las ollas. Instruyó bien San Martín al indio, y en la primera hora de la mañana siguiente lo ponía en el camino de la capital, cargado y vendiendo su acostumbrada mercancía. Las guerrillas patriotas que circulaban en la ciudad con el título de montoneras, lo dejaron pasar, y las avanzadas de La Serna que no vieron en aquel viejo indio otra cosa que lo que representaba, ni siquiera se dieron el trabajo de interrogarlo y detenerlo; así pasó fácilmente, llegando sin tropiezo á su destino. El canónigo se hacía cruces, cuando al ofrecerle en venta una ollita el indio, cayó ésta al suelo y entre los despojos apareció una carta con su nombre escrito por letra ya para él muy conocida. Miró al indio y lo encontró con el dedo índice atravesado sobre los labios como diciéndole: “¡Silencio!” En seguida le pidió que le comprase todas las ollitas.

- ¡Bien tatita! ¿cuánto quiere por todas?
—Dame, señor, un cortado de cuatro reales.
—¿Nada más?
—Nada más, eso es lo que valen.

Dióle el canónigo la moneda que el indio quería y voló con ella á Supe donde lo esperaba ansioso San Martín.

Un *cuatro cortado* era la contraseña, y San Martín vió que el indio, que de paso diremos se llamaba Díaz, había cumplido, y que toda su correspondencia quedaba entregada á sus amigos, porque el canónigo don Francisco Javier de Luna Pizarro era el eje sobre que giraba la parte principal de sus maquinaciones en Lima. Cuadrando la casualidad del regreso del indio victorioso, con el momento de darse *santo* para esa noche, y satisfecho por el resultado de su invención, se le ocurrió consignar el suceso de la manera que lo hizo, escribiendo como una profecía, en el libro del estado mayor: *con dias—y ollas—venceremos*, para que circulase como *santo* del ejército patriota en esa noche. Increíble parece que aquel hombre tan célebre en el gabinete como grande en el combate; tan fuerte en la hora adversa, como humilde en los días que la victoria rodeaba su sien de resplandores, se allanase á procedimientos ostensiblemente pueriles, para conseguir frutos, relativamente pequeños, en vez de proceder como militar buscando la solución de la

guerra en los campos de batalla. Pero él todo lo fiaba á la intriga en esa campaña, desde que le era preciso fecundar la idea de la emancipación, y porque no tenía á sus órdenes un ejército ni tan numeroso ni tan bien armado como el de los realistas, para aventurar el éxito de su expedición en una batalla campal, estéril á su juicio, porque allí todo iba á depender del patriotismo de los peruanos.



COSAS DE ANTAÑO

EL OMBÚ DE LA ESPERANZA

¡Qué tiempos aquellos! Ya todas las páginas caseras de los héroes, de los políticos, de los caudillos, se pierden y borran bajo el abigarramiento de la civilización que nos invade de ultramar. Nuestros padres tenían el recuerdo, nosotros la sombra del recuerdo, pero nuestros hijos ya no tendrán nada; y no tendrán nada porque la historia que se escribe no recorre y escudriña la alcoba, ni la cocina, ni el huerto, y se contenta con visitar el salón. Se queda en la puerta, examina el frontis, pero no nos muestra el interior. Los personajes que exhibe vienen todos vestidos de gala, de guante, de tricorno, de bastón, transfigurados: son seres postizos é ilusorios.

Nos da la mente del ministro, el valor del general, la magnanimidad del magistrado, pero nos calla todas sus flaquezas; no vemos al hombre con sus hábitos, con sus gustos, con sus achaques, y con sus manías. ¡No sabemos sobre qué tela frágil se borda muchas veces una epopeya!

Cuántas veces el pensamiento del ministro es un plagio; su obra maestra una copia; su gran decreto, un decreto del país vecino; y cuántas veces el general aclamado vencedor sobre el campo de batalla que él no gana, pero que pierde el enemigo, ha necesitado de su esposa para ceñirse la espada, porque su mano trémula no acertaba con la hebilla, ó con el dorado broche donde el cincel del hábil artista había esculpido las armas de la nación. Secretos son estos que no revela la historia.

Yo me he sentado muchas veces en el poyo de ladrillo pegado al muro, que bajo el alero de la antigua casa Marzano, existía en la calle real de San Isidro; y allí en ese mismo banco rústico y feo, se habían sentado muchas veces el general San Martín y su amigo el después general don Tomás Guido.

Allí en la extremidad del pueblito, que uno de mis antepasados fundó con su propiedad y con su dinero, teniendo el río á su derecha y la risueña aldea de Punta Chica con su ancho camino al fren-

te, aquellos dos patriotas se sentaban á discutir los grandes negocios de la independendia, en tanto que el negro ordenanza de San Martín clavaba en las junturas del enladrillado un asador de hierro con la mitad, todavía humeante, de un costillar de vaca, que los dos patricios comían sin otro acompañamiento sólido que un panbaso de á cuartillo, trabajado por doña *Petrona*, la única que en el pago sabía amasar con levadura, y sin otra bebida que agua, traída por el negro en un botijo larguirucho, desde el pequeño *puerto de doña María Eusebia*.

Y, yo no lo he visto, pero me ha contado quien lo sabe y lo recuerda, que después de almorzar así campechanamente, San Martín y Guido tomaban por la calle real unas veces, otras por el camino al pie de las barrancas, y proyectando, discutiendo sobre la libertad de América se iban paso á paso hasta la hermosa quinta del director Pueyrredón, sobre la barranca donde el soberbio magnate rodeado de lujosa servidumbre, con repostero de París y cocina propia de un rey, se hacía servir en la sola comida que cada veinte y cuatro horas hacía, los platos y manjares más delicados; sin que sus amigos San Martín y Guido lo acompañasen á otra cosa que á beber el exquisito café de Yungas, traído á lomo de mula desde los valles del Perú, como si se tratase del te que se cosecha en el imperio chino para la sola y dorada jicara de su em-

perador, el hijo del cielo. El soldado y el ilustre cortésano, también soldado valiente, pero aristocrático en su salón, en su mesa y hasta en su baño de ámbar, se tocaban y confundían en su grande y desinteresado amor por la patria. Después del café se levantaban los tres personajes: San Martín, calzado de botas herradas, vestido de azul con su corbatín histórico y la gorra de cuartel; Guido, de zapatos de hebilla, media negra de seda, casaca verde botella y sombrero de fieltro de gusto inglés; Pueyrredón, con la clásica sencillez de un plantador, usaba allí una ropa casi talar, de seda anteada, calzado de cordobán amarillo y un sombrero de jipi-japa de tan grandes alas que parecía un inmenso paraguas.

Guido tomaba un libro de la estantería, Pueyrredón una escopeta morisca cincelada, y San Martín una cartera con papeles y pinturas; y así se ponían en marcha seguidos de un negrilla que llevaba, sobre su traje blanco, el morral y los útiles de caza de su amo.

Se encaminaban por la calle de los nogales hacia el ombú de la Esperanza, hermosa y gigantesco árbol que se eleva todavía solitario cerca del camino real, y dentro de la chacra que fué del mismo Pueyrredón.

Ellos le bautizaron así, porque sentados en su enorme tronco, juraron consumir la obra de la in-

dependencia. Guido leía un rato, San Martín dibujaba y Pueyrredón hacía algunos tiros al vuelo, cuyas víctimas eran recogidas por el criado y llevadas á la cocina del gastrónomo sibarita para su comida del día siguiente.

Tenía especial gusto en comer las aves muertas de su mano, y prefería una gaviota volteada por su escopeta á la más rica de las aves de corral. Tan cultivados tenía Pueyrredón los placeres del estómago; tan medotizada la sucesión de su comida para no fatigarse, que se puede afirmar que los 365 días del año tenía una mesa distinta.

Para satisfacer estas exigencias gastronómicas sin agotar los recursos de su cocina, hizo traer de Europa, entre muchas cosas aquí desconocidas, los caracoles que propagó después en sus jardines.

Los pescados se conducían vivos á los estanques para comerlos por su orden.

Allí se beneficiaba el cerdo; había palomares y cuantas aves domésticas se conocen en el mundo, no faltando liebres ni conejos.

Trancurrían dos ó tres horas en estos ejercicios de lectura, pintura y caza; se comentaba la página leída por Guido; se aplaudía ó se criticaba la viñeta dibujada y colorida por San Martín, ó se festejaban los certeros y siempre felices disparos de la segura y relumbrosa escopeta del dueño de la casa. Nada ó muy poco se hablaba, en esas horas, de po-

litica ni de guerra: se vivía y se gozaba de la existencia, olvidando sus preocupaciones en el seno cariñoso de una confianza recíproca. De vuelta de la caza, tomaba Pueyrredón una llave de su armario, y dejando el gran sombrero en una percha fija en la pared, poníase un gorro, que por su color y hechura, revelaba algún parentesco con el bonete de la libertad; dirigía á sus amigos por una escalera y los tres se encerraban en el pequeño saloncito que constituía el mirador coronado exteriormente por cuatro perillas de barro colorado. Allí trataban de política y fumaban, sin testigos.

Los viejos aún lo recuerdan, y yo mismo cuando niño, he corrido y jugado por las desiertas habitaciones del arruinado palacio, porque tenía aquel hogar solitario el atractivo de los membrillos y de las peras del *Bosque alegre*.

¶¶ Allí encerrados discutían las más graves cuestiones de Estado y en una de esas pocas entrevistas de 1817, se resolvió la marcha de Guido á Chile como diputado de las Provincias Unidas.

Esto sucedía poco después de la gloriosa batalla de Chacabuco.

Dos de aquellos tres hombres eran ya ilustres en la historia de América.

El otro se ilustraba, y debía también rendir á su patria servicios eminentes. Pueyrredón lucía

sobre su brazo el escudo de la Reconquista, y lo cubría la gloria homérica de la campaña del Desplado en 1811. San Martín llevaba sobre sus sienes la corona de los Andes.



LAS DOS ESTATUAS

PAZ Y LAVALLE

Comparar los grandes hombres, dijo Plutarco, no es medirlos sino elevarlos acompañados á la región de la inmortalidad.

¿Quién podrá decir hoy cuál fué más fuerte ó más abnegado de los dos héroes á que los pueblos reconocidos tributan el homenaje de erigirles estatuas como páginas escritas en alto relieve sobre el suelo de la patria? Sólo cabe la admiración cuando el espíritu se reconcentra y evoca el pasado para contemplar esas figuras grandiosas de la epopeya argentina.

Ni el mármol de la una ni el bronce de la otra serán tan duraderos como el sentimiento y el aplauso que reverdece en la posteridad.

César y Pompeyo tuvieron estatuas que ha de-

vorado el tiempo, pero no se ha olvidado la gloria de sus nombres.

Lavalle y Paz son dos guerreros de la Independencia. Después de haber combatido con gloria en las batallas de la emancipación, contribuyeron ambos á la reconquista de la Provincia Oriental, ocupada desde 1816 por los portugueses. En las luchas civiles de su país pelearon siempre bajo la misma bandera, y los mismos principios los tuvieron por adalides en su larga vida de combates y sacrificios.

El general Paz era hijo de la ciudad de Córdoba y Lavalle de la de Buenos-Aires; pudiendo decirse, que los monumentos á su memoria se alzan al lado de sus cunas. En la carrera de las armas que adoptaron desde los primeros días de la Revolución, no se parecen las distintas escuelas en que formaron su inteligencia de la guerra. Los dos ingresan en la caballería: Paz en las milicias de Córdoba, organizadas por Pueyrredón á fines de 1810, y Lavalle en el Regimiento de Granaderos á caballo, disciplinados por San Martín en 1812.

Luego de acompañar á Pueyrredón en las campañas del Alto Perú, el joven Paz queda bajo las órdenes del general Belgrano; á su lado se hace artillero y forma su espíritu y costumbres militares, siendo actor en las brillantes jornadas de Tucumán y Salta.

Lavalle, discípulo de San Martín, se funde en el molde marcial y estético del insigne capitán y combate á su lado en Chacabuco y Maipo.

Esta diferente escuela establece un marcado contraste entre ambos caracteres. En el ejército de San Martín era obligatorio el duelo y al oficial que rehusara batirse se le expulsaba por indigno.

En los cuerpos organizados por Belgrano estaban severamente prohibidos los lances de honor y los duelistas salían desterrados de las filas.

La moral de los oficiales del primero tenía su base en la ordenanza militar; los de Belgrano en el sentimiento de la patria y en la religión.

Partiendo de tan distintas enseñanzas, Lavalle se distinguía por la franqueza y la audacia, mientras que en Paz predominaba la prudencia y el valor pasivo. Bravos los dos, Lavalle era temerario y Paz sereno. El caudal intelectual de Paz aventajaba mucho al de Lavalle. Este último ciñó la espada de granadero sin haber estudiado, pues apenas contaba catorce años cuando ingresó en el regimiento; Paz era casi un teólogo de la Universidad de Córdoba, al abandonar las aulas para ingresar en las milicias de su provincia.

La vida de uno y otro en las campañas de la Independencia refleja el honor. En las acciones donde figuró Lavalle hay más gloria; Río Bamba y Pichincha lo levantan en alas de la fama y bas-

tarían para su celebridad. En las de Paz, hay más virtud republicana; Vilcapujio y Ayouma son dos desastres de los patriotas entre las serranías de los Andes alto-peruanos; allí se acrisola Paz; allí se hace fuerte y sabe lo que puede un general que no se doblega ante el infortunio; allí adquiere ese temple de acero y esa pericia en las maniobras militares que lo destacaron más tarde del cuadro brillante de sus compañeros de armas.

Paz y Lavalle tienen cada uno su pecado. En momentos que la montonera bravía salida de los bosques de la Mesopotamia argentina amenazaba la existencia del gobierno, acaudillada por Ramírez y López; cuando la única esperanza de salvación era el ejército del Norte donde se había formado, Paz se plega irreflexivo al movimiento revolucionario de Arequito y ayuda al general Bustos en la obra de disolver el ejército y retirarse á Córdoba. Esta defección ha sido un cargo formulado contra Paz y del cual quedó bien exonerado por su noble conducta posterior. Él y Lavalle, ambos en el grado de coronel se encuentran en la gran jornada de Ituzaingó á las órdenes del general Alvear. El primer hecho glorioso del porteño en esa campaña fué el combate de Bacacay donde destrozó completamente la división brasilera de Bentos Manuel, jefe de caballería del Imperio y una lanza digna del héroe de Riobamba. El parte de la bata-

lla dada el 20 de febrero le consagró estas palabras: "Las cargas de la caballería fueron rápidas, bien sostenidas y con alternados sucesos, distinguiéndose el coronel Lavalle que con sus escuadrones había arrollado por la izquierda toda la caballería que se hallaba á su frente, sableándola y arrojándola á legua y media del campo de batalla". Empero la acción no estaba decidida y la victoria se mantenía dudosa. En tales circunstancias se destacaron Paz y Brandzen de la reserva y cargaron al enemigo. Brandzen cayó gloriosamente al frente de los suyos y el coronel Paz á la cabeza de su división, después de prestar servicios distinguidos, dió la última carga á la caballería enemiga que se mostraba en el campo y obligó al ejército imperial á precipitar su retirada.

Ambos coroneles fueron proclamados generales en el campo de batalla y desde aquella hora vincularon sólidamente sus destinos por una amistad que sólo extinguiría la muerte.

Ahora vamos á decir algo de la falta de Lavalle; error tremendo que ha maculado su vida de mártir y su gloria de héroe.

Firmada la convención de paz con el Brasil en 1828, el primer cuerpo del ejército argentino á sus órdenes se trasladó desde Cerro-Largo á Buenos-Aires. Gobernaba entonces la Provincia el coronel Dorrego, encargado de las relaciones exteriores de

la República. Un motín preparado entre los diversos regimientos el 1º de diciembre bajo la dirección del general Lavalle, y doce días después el Gobernador y capitán general depuesto por la sedición, era fusilado, sin juicio, en los campos de Navarro por la sola orden del vencedor.

Esta violencia, que no le pertenece del todo, la aceptó pública y oficialmente como un sacrificio impuesto por las circunstancias. Bien pronto se arrepintió de su condescendencia para con los instigadores de aquel hecho sin precedentes en las tradiciones argentinas.

El caudillo Rosas de quien había dicho Dorrego, que *mientras él viviera aquel gaucho picaro no clavaría su asador en el Fuerte*, apareció súbitamente como vengador de la víctima, convocando los pueblos á la lucha.

Después de estériles sacrificios, Lavalle dejaba en sus manos la Provincia de Buenos-Aires y salía desterrado de su patria.

Durante el gobierno revolucionario, el general Paz había llegado á Buenos-Aires con la segunda división del ejército, y autorizado por Lavalle se dirigió á las provincias del interior para deponer los caudillos que las gobernaban, pero la fatalidad que perseguía á estos dos hombres quiso que Paz cayese prisionero de Estanislao López en 1831, cuando ejercía las funciones de Gobernador de

Córdoba, no sin antes haber quebrado el terrible poder del general Quiroga en las sangrientas batallas de la Tablada y Oncativo. Hecho prisionero de una manera casual, sufrió ocho años de cárcel en Santa-Fe y Buenos-Aires, siendo Rosas su carcelero.

Lavalle, después de haber acompañado al general Rivera en la guerra contra Oribe, se había retirado á un establecimiento de campo en la Banda Oriental, esperando el momento de alzarse contra Rosas. La tiranía de éste había conculcado las leyes de que cínicamente se llamaba *el Restaurador*, y los derechos del pueblo solo era una farsa. Su despotismo sangriento se basaba en el terror y nada contenía la ferocidad de las turbas armadas que perseguían á los hombres decentes con el cuchillo, y á las familias de los emigrados políticos con el rebenque.

Para combatir este sistema brutal de opresión habíase formado en Montevideo un campo de propaganda dirigido por los principales emigrados del partido de Rivadavia y no pocos amigos del coronel Dorrego.

Allí se trasladó también el general Paz en 1840, así que pudo burlar la vigilancia de su carcelero, que le había dado por cárcel la ciudad de Buenos-Aires.

Lavalle se encontraba en Entre-Ríos comba-

tiendo contra los generales de Rosas y con el propósito de pasar á Buenos-Aires para derrocar la dictadura.

El general Paz fué invitado por el Presidente Rivera para ponerse á su servicio y no concurrir á la campaña que meditaba Lavalle. Paz escuchó indignado tal proposición, y uniéndose á los libertadores, aceptaba poco después los ofrecimientos de Corrientes para formar un ejército de reserva, que diese apoyo moral, cuando menos, á la nueva agresi3n del general Lavalle.

Así se ligaron las aspiraciones de estos dos hombres resueltos á vencer la tiranía de Rosas, devolviendo á los pueblos la libertad ó perecer en la empresa.

Lavalle, más intrépido, teniendo á su lado millares de jóvenes porteños que alientan é inflaman su espíritu caballeresco, invade con un puñado de hombres la Provincia de Buenos-Aires donde el poder de Rosas era omnimodo, pero no produciéndose las adhesiones de algunos regimientos del ejército del tirano con que había contado, y temiendo las resultas de un encuentro en tales condiciones, manda dar media vuelta después de haber visto blanquear en el horizonte los campanarios de la ciudad donde había nacido y que entonces gemía encadenada.

Esta retirada fué desastrosa para Lavalle y su

noble bandera. Sobre sus pasos despachó Rosas al general Oribe, encontrándose ambos ejércitos en los campos del Quebracho Herrado, donde se dió la batalla.

Las tropas de Lavalle escasas y mal armadas tuvieron que ceder el campo y desbandarse, después de luchar con el mayor heroísmo.

Desde entonces empieza el martirio de aquel hombre enérgico y de fortaleza de león.

El hambre y la sed lo asaltan por todas partes. Con un grupo de jinetes cruza de provincia en provincia, perseguido siempre por los enemigos.

Caminando por los campos de Jujuy próximo á las fronteras de Bolivia, una mañana es sorprendido por una partida de soldados, y al asomarse á la puerta para reconocer la gente que rodeaba la casa, la bala de una carabina disparada á la casualidad hiere de muerte al general Lavalle.

Así termina su existencia el héroe de cien combates; así cae luchando por la libertad y se vindica soberbio ante la historia del inútil fusilamiento de Navarro, legando su nombre purificado por el sacrificio al cariño y al respeto de los hombres libres. Sus restos salvados por los compañeros de gloria y sacrificios, envueltos en los colores de mayo, fueron conducidos hasta la hospitalaria tierra de Bolivia donde esperaron el día de la libertad para volver á la patria.

Sigamos al general Paz en la lucha que emprendió contra la tiranía. En 1842 había regresado de Corrientes á Montevideo, en momentos que vencido el Presidente Rivera en el Arroyo Grande, la situación de aquella plaza desesperaba. El sanguinario general Oribe vencedor, entraría en ella para ejercer las más terribles venganzas. En este trance angustioso el pueblo oriental y los emigrados argentinos impusieron al Presidente la designación del general Paz para organizar la defensa. Rivera cedió, no obstante sus antipatías por los argentinos, siguiendo en esto la tradición de Artigas en que se había educado.

Paz se mostró tan hábil como prudente general. Improvisó un ejército de ciudadanos y organizó la defensa transformando, en pocos días, la ciudad inerme en el baluarte que por nueve años detuvo ante sus murallas los soldados de Oribe.

Las pretensiones de Rosas que había facilitado á Oribe los elementos para dominar la República Oriental, fueron anuladas por los cañones del general Paz, mostrando en la defensa de la plaza lo que puede el genio y el valor militar.

Empero la política de aquel gobierno original por sí mismo y extraordinario por las circunstancias, no permitió al general Paz dirigir la defensa hasta la conclusión de la guerra.

En julio de 1844 se embarcaba para el Brasil mu-

nido de un credencial diplomático cerca del gobierno paraguayo, y con el plan reservado de pasar por tierra hasta la provincia de Corrientes para formar un nuevo ejército contra Rosas. Este paso produjo la alianza del Paraguay con aquella provincia bajo la dirección militar de Paz, pero la campaña emprendida resultó infructuosa por la invasión á Corrientes del Gobernador de Entre Ríos, y todos los esfuerzos de la coalición no bastaron á vencer los poderosos elementos del tirano.

Desalentado Paz por la inutilidad de sus repetidas empresas para destruir el gobierno despótico de Rosas, se retiró al Brasil, fijando su residencia en Santa-Catalina ó en Rio alternativamente.

Vencido Rosas en la batalla de Caseros y abierto el país á todos los emigrados, el general Paz se dirige á Buenos-Aires, á donde llega después de la revolución de septiembre, encontrando á la ciudad sitiada por el coronel Lagos, y el país envuelto en la guerra civil más ilógica é incomprensible. Inmediatamente de llegar se puso al servicio del gobierno de la provincia como jefe de la defensa. Nombrado luego ministro de la Guerra, desempeñó este puesto hasta octubre de 1853, en que renunció. Murió en el año siguiente, en Buenos-Aires, retirado de la política pero legando un nombre puro y la reputación militar más distinguida entre sus contemporáneos. Paz y Lavalle, honrados

por los pueblos y los gobiernos con monumentos que transmitan á la posteridad el recuerdo de sus hechos, son dignos de la admiración y del respeto que impone el bronce y abrillanta el mármol.

M. A. PELLIZA.





ÍNDICE

Juicio crítico, por el doctor D. Andrés Lamas.....	vii
La batalla de Salta. — Sus antecedentes y sus consecuencias.....	1
Batalla de Chacabuco.....	16
— Maipo.....	26
— Ituzaingó.....	40
San Martín y Alvear.....	49
Rivadavia y Dorrego.....	56
San Martín y Rivadavia.....	66
La Pluma y la Espada.....	70
Vicente López y Planes.....	76
José Mármol.....	86
Juan Martín de Pueyrredón.....	97
San Martín. — Apoteosis.....	109
El coronel Dorrego.....	119
El general Paz.....	131
Martín Rodríguez.....	143
Andrade.....	153
San Martín en 1820.....	179
El complot de los fusiles.....	189

La cifra de hierro.	196
La hora de la prueba.	203
El bautismo de la caballería argentina.	209
Santo y seña. — Con días — y ollas — venceremos.	211
Cosas de antaño.	219
Las dos estatuas. — Paz y Lavalle.	226

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



FELIX LAJOUANE, librero-editor, Perú, 79-89

EN LA MISMA LIBRERIA

Se hallan los libros siguientes

QUE REALIZAN LOS ÚLTIMOS PROGRESOS HECHOS EN LA CIENCIA
DE LA EDUCACION

Primeras lecturas para los niños de seis á ocho años, seguidas de lecciones segun el método FROEBEL, por DUPUIS, obra adornada con viñetas.

Primeras lecciones de cosas usuales, libro de lectura corriente para los niños de siete á nueve años, por DUPUIS, obra adornada con viñetas.

Las Primeras lecturas infantiles, cuentecitos morales. — lecciones de cosas, — nociones elementales de gramática, aritmética, etc., — pequeñas poesías, por ROCHEROLLES, obra adornada con 125 viñetas.

Las Segundas lecturas infantiles, cuentecitos morales. — lecciones de cosas, nociones elementales de gramática, de aritmética, de geografía. — Poesías, por ROCHEROLLES, obra adornada con 128 viñetas.

Las Terceras lecturas infantiles, historias morales, lecciones de cosas, etc.

Nociones de Moral, segun los autores más modernos, arregladas al nuevo programa, por E. LAMADRID, profesor normal, para el 3º y 4º grado de enseñanza.

Historia General, segun E. LAVISSE, traducida, arreglada y adaptada al nuevo programa, por TUPRÓ, profesor normal, para el 5º y 6º grado de la enseñanza primaria.

Elementos de Ciencias Naturales, Zoología, segun PAUL BERT, arregladas y adaptadas al nuevo programa, por PABLO A. PIZZURNO, profesor normal, para el 3º grado de enseñanza.

Elementos de Ciencias Naturales. — Botánica, Mineralogía y Geología, segun PAUL BERT, arregladas y adaptadas al nuevo programa, por PABLO A. PIZZURNO, profesor normal, para el 4º grado de enseñanza.

Elementos de Aritmética, segun LEYSSENNE, arreglada al nuevo programa por EGBERTO SOTOMAYOR, para el 3º y 4º grado de enseñanza.

Buenos Aires. — Imp. de P. E. Coni é hijos, Perú, 680.